Robin S. Sharma

AUTOR DEL BEST SELLER
EL MONJE QUE
VENDIÓ SU FERRARI

EL SANTO EL SURFISTA Y EL EJECUTIVO

Lectulandia

El inesperado regalo de un moribundo lleva al protagonista de esta historia a emprender una aventura que cambiará su vida: viajará a Roma, Hawai y Nueva York en busca de la sabiduría de tres maestros que le guiarán a través de una transformación espiritual.

El mundo posee un diseño ordenado. Si comprendemos las leyes naturales que lo gobiernan y las aplicamos a nuestra vida nos convertiremos en una fuerza de la naturaleza y llegaremos a ser todo lo que una vez soñamos.

Una bella fábula que nos enseña a reconectarnos con nuestros dones interiores para vivir una vida más feliz, más sana y más bella.

Cada tanto aparece un libro cuyo poder y sabiduría apelan a lo mejor de nosotros mismos e impulsan a nuestro ser más elevado a crear la vida con la que siempre hemos soñado. Para Cal Valentin, el personaje que brinda al protagonista la oportunidad de emprender una especie de viaje iniciático, las únicas tres preguntas que importan son «¿He vivido sabiamente?», «¿He amado bien?» y «¿He sido de gran utilidad?» Prepararnos para responderlas satisfactoriamente requiere reconectarnos con nuestros dones interiores, lo que nos permitirá encontrar la armonía en nuestra vida exterior. Con brillante sencillez y profundidad, a la vez, Sharma describe un proceso que revolucionará nuestras relaciones y llenará de amor nuestra vida.

A través de este relato, el autor nos enseña a:

- reconectar con nuestro niño interior
- vencer el estrés y sentirnos bien con nosotros mismos
- restablecer la aventura, la sencillez y la prosperidad en nuestras vidas
- guiarnos por principios poderosos para alcanzar el mayor éxito en el trabajo
- crear una magnífica visión sobre el futuro y hacerla realidad.

Robin Sharma

El santo, el surfista y el ejecutivo

ePub r1.0
XcUiDi 19-04-2023

Título original: *The Saint, the Surfer, and the CEO*
Robin Sharma, 2004
Traducción: Óscar Luis Molina

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1

A Jill Hewlett.

Te agradezco el magnífico crecimiento que me has inspirado y permitido experimentar, y las cosas maravillosas que me has enseñado.
Te doy las gracias por apoyarme en mi misión para marcar una diferencia en el mundo y por todo tu amor.
Me has hecho feliz.

«Cada hombre sólo tenía una vocación genuina, hallar su propio camino… Su tarea era descubrir su propio destino, no uno arbitrario, y vivirlo completo y resueltamente dentro de sí mismo. Cualquier otra cosa sólo era una existencia posible, un intento de evasión, una huida hacia los ideales de las masas, la conformidad y el miedo a su propia interioridad.»

de Demián, de Hermann Hesse

«Quizás el amor es el proceso por el que te conduzco suavemente de vuelta a ti mismo. No a lo que deseo que seas, sino a lo que eres.»

Antoine de Saint-Exupéry

Agradecimientos

Ha sido una bendición haber contado con el apoyo de un equipo extraordinario de amigos, familiares y colegas que me han ayudado en cada paso del viaje personal que llamo la vida. Estas personas me merecen un profundo agradecimiento y un verdadero cariño. Así que manifiesto toda mi gratitud a cada una de ellas por ayudarme mientras avanzo por el sendero de mi misión personal.

Doy infinitas gracias a mi equipo de Sharma Leadership International. Siento un gran aprecio por Ann Green, mi amable y atenta asistente ejecutiva y Directora Internacional de Relaciones con los Clientes, que durante años me ha apoyado y alentado: eres maravillosa. También van las gracias a Marnie Ballane, nuestra Vicepresidenta de Servicios de Conferencias y Herramientas de Aprendizaje, quien es un modelo de tranquila eficacia y contagiosa eficiencia: valoro tanto lo que has dado a nuestra empresa. Y a Al Moscardelli, nuestro Vicepresidente y Gerente General: eres brillante en lo tuyo y nos has ayudado a marcar una diferencia en un nivel enteramente nuevo. Todos sois seres humanos asombrosos y me encanta trabajar con vosotros.

Agradezco a las empresas de todo el mundo por invitarme a sus organizaciones como conferenciante sobre liderazgo, entrenador y consultor. Agradezco la oportunidad de poder ayudar y contribuir a crear valor. Gracias también a los particulares que he tenido el privilegio de entrenar: su coraje y la entrega a explorar las fronteras de una vida mejor me han inspirado. Y a los clientes que son miembros de mi círculo íntimo llamado *El entrenador mensual*, gracias por ver que el valor en lo que creo es un vehículo verdaderamente espléndido para transformar una vida. Su éxito es mi éxito.

Y a mi agente, Ken Browning, eres un superestrella, amigo mío. Gracias por captar tan velozmente mi visión y ver lo que tengo que

ofrecer y hacer que se concretara. Agradezco el apoyo maravilloso y el trabajo del equipo completo de Hay House en California. Me siento un privilegiado por ser uno de vuestros autores. Tengo que agradecer especialmente a Jill Kramer, mi editora, por estar siempre a mi disposición; a Christy Salinas por el gran diseño de la cubierta de la edición original; al equipo de relaciones públicas por promocionarme; a Reid Tracy, por creer en mí, y a Danny Levin, por su aliento continuo, excelente consejo y genuina amistad. Este libro es el reflejo de un esfuerzo de equipo. Sólo he sido quien ha escrito las palabras.

También debo agradecer a nuestros socios estratégicos de todo el mundo, que me están ayudando a progresar en mi misión de ayudar a las personas a descubrir quiénes son verdaderamente y de transformar empleados en líderes. Gracias especiales a Tony Britt, de Britt Sales Corporation de New Jersey, a Orit Valency, de Israel, y a las demás empresas afiliadas.

Gracias a Diane Bliss y a su gran equipo de PBS, Detroit, por dedicarme un especial televisivo y por ayudarme a difundir mi mensaje de liderazgo en la vida. Has marcado la diferencia.

Agradezco también la contribución de Jonathan Creaghan, que me ayudó a comprender mejor «vivir en las posibilidades»; y también la ayuda de Neill Parfitt, talentoso compositor musical y la de Lyndsey Parfitt, siempre animada colaboradora.

Agradezco a mis colegas John Gray, Mark Victor Hansen, Nido Qubein, Denis Waitley y Wayne Dyer su amabilidad y generosidad. Agradezco a todos los promotores de seminarios en Estados Unidos y Canadá que me han patrocinado. Agradezco especialmente a Salim Khoja y al excepcional equipo de 4 Walls de Toronto, a Mike Walsh de High Performers International de Portland, a Jeff Liesener de High Achievers Network de Phoenix, y a toda la banda de Peak Performers de Minneapolis.

No sería quien soy sin mis amigos, que me han ayudado a formular mi pensamiento y apoyado en mi camino. Gracias especiales a Richard Carlson, un hombre cuyo mensaje llega a millones de vidas y hace del mundo un lugar mejor. Gracias a mi genial socio, Jeffrey Feldberg (un líder brillante), a Wayne Stark (un visionario sin miedo), a Azim Jamal (un hombre sabio), a Ernie Pavan (un guía talentoso), a Kevin Higgins (un soberbio pensador),

a Darren y Lipi Bagshaw (misioneros del cambio genuinamente entregados), a Malcolm McKillop (un confidente maravilloso) y a Jerry Weiner (un mentor muy valioso). Cada uno ha hecho un aporte significativo a mi vida. Gracias.

Y a mi tan dotado hermano, el doctor Sanjay Sharma —una máquina de ideas, creatividad y amor incondicional—, no sabes cuánto te respeto. Tú y Susan, tu admirable y talentosa mujer, sois mis modelos en tantas cosas. Me apoyasteis en tiempos de suma necesidad y por ello os estaré agradecido eternamente. Gracias también a mi sobrino, Neel, por ser tan divertido y alegre.

Quiero expresar mi respeto, amor y gratitud a mi madre, Shashi, y a mi padre, Shiv. Os debo tanto a cada uno. Agradezco el don de vuestra guía, bondad y apoyo. Sabed que reconozco lo que habéis hecho por mí. Se ha dicho que escogemos a nuestros padres. Uno de mis mayores regalos ha sido escogeros a vosotros…

Gracias especiales a ti, Jill Hewlett por tu extraordinario apoyo, sabiduría y amor. Y a mis verdaderamente asombrosos hijos, Colby y Bianca (que me llenan de interminable alegría y felicidad), gracias de corazón por todos los dones que me aportáis y por llenar mi vida de un amor que no conoce límites.

Introducción

Esta es una obra de ficción. Es la historia de un hombre llamado Jack Valentine, cuyo sendero en la vida ha sido en muchos sentidos muy parecido al mío. Se sentía muy incompleto como ser humano y decidió partir en busca de sabiduría para vivir una vida más feliz, más saludable y más bella. Gracias a una serie de encuentros con tres admirables maestros, Jack descubrió una poderosa filosofía para rehacer su realidad y acceder a su destino. Las lecciones que Jack aprendió en su extraordinaria aventura le llevarán a usted a crear maravillosos cambios en su propia vida. ¿Por qué lo sé? Porque son las lecciones que transformaron *mi* vida.

He experimentado muchos retrocesos en el curso de mi viaje por la vida. Y sin embargo cada tropiezo se ha convertido en un trampolín para tomar impulso y me ha acercado a la verdad de mi corazón y a mi vida mejor.

Hace algunos años era abogado y luchaba por el éxito y todas las trampas que conlleva; creía que ése era el modo de conseguir una plenitud duradera. Pero cuanto más duro trabajaba y más obtenía, caí en la cuenta de que verdaderamente nada había cambiado. No importaba cuántas posesiones materiales reuniera. El hombre que veía cada mañana en el espejo del baño era el mismo. No era ni más feliz ni me sentía mejor. Mientras más reflexionaba sobre mi vida, empecé a advertir un vacío en mi corazón. Empecé a prestar atención a los susurros silenciosos de mi corazón: me indicaban que debía dejar mi profesión y empezar una seria indagación de mí mismo. Empecé a pensar por qué estaba aquí, en el planeta y cuál sería mi verdadera misión. Me preguntaba por qué no estaba funcionando mi vida y qué cambios profundos necesitaba para ponerme de verdad en marcha. Observé las creencias más arraigadas, los supuestos y filtros a través de los cuales veía el mundo y decidí eliminar los que me parecían menos saludables.

En esa época de intensa transformación, leí libros de autoayuda, sobre liderazgo personal, de filosofía y espiritualidad. Seguí diversos cursos de desarrollo personal. Cambié de dieta, de modo de pensar y de conducta. Finalmente mi evolución personal me convirtió en una persona más auténtica, armoniosa y sabia que la que era.

Soy el primero en confesar que en muchos sentidos todavía soy un principiante en esta jornada de descubrimiento personal. La cima de una montaña es la base de otra y mi exploración humana es un proceso interminable. Incluso ahora, mientras escribo estas palabras, estoy atravesando un período de gran transformación personal y reconsiderando mis valores más fundamentales y la manera como veo el mundo. Pero intento ser amable conmigo mismo. Recuerdo que debo ser paciente y no «empujar el río». Cada día trae mayor claridad, más certidumbre y nuevas bendiciones. Y de esto se trata, para mí, todo este hermoso despliegue de la vida.

Espero que *El santo, el surfista y el ejecutivo* le conmueva profundamente. Si de verdad quiere «apropiarse» de este material, es muy importante que lo enseñe. Le sugiero que 24 horas después de terminar la lectura de este libro se siente con alguien que estima y comparta con esa persona la filosofía que ha aprendido. Esto le aclarará la comprensión y le ayudará a integrar estas lecciones en su vida.

También espero que se divierta al vivir el conocimiento de este libro. Aportar la sensación de maravilla y pasión de un niño a lo que descubra en las páginas que siguen es una de las mejores maneras de crecer hasta llegar a ser la persona que usted está destinada a ser. Gracias por concederme el privilegio de compartir esta obra con usted. Le deseo una vida rica de posibilidades, alegría y paz. Y abrigo la esperanza de que colaborará en la construcción de un mundo nuevo.

Robin Sharma

1

Un nuevo comienzo

> *«A todos nosotros, seamos o no guerreros, se nos presenta un centímetro cúbico de suerte ante los ojos de vez en cuando. La diferencia entre una persona corriente y un guerrero es que el guerrero advierte esto y se mantiene alerta, deliberadamente a la espera, de forma que aprovecha ese centímetro cúbico en cuanto se presenta.»*
>
> Carlos Castañeda

Nunca había sufrido tanto dolor en la vida. Me temblaba la mano derecha de manera incontrolable y la sangre me manchaba la camisa blanca. Era lunes por la mañana y no podía dejar de pensar que no era un buen día para morir.

Inmóvil en el interior de mi automóvil me impresionaba el silencio a mi alrededor. Nadie se movía en el camión que se acababa de estrellar contra mi coche. Los mirones que habían acudido a la escena del accidente parecían horrorizados. El tránsito se había detenido completamente. Sólo escuchaba el roce de las hojas de los árboles junto a la carretera.

Dos personas se acercaron y me dijeron que una ambulancia venía de camino y que no me moviera. Una me cogió la mano y empezó a rezar: «Dios, ayuda a este hombre. Por favor, protégelo». Al cabo de pocos minutos, una cabalgata de ambulancias, coches de bomberos y de la policía estaban en la escena del accidente; las sirenas ululaban. Todo parecía marchar a un ritmo más lento y me embargó una extraña sensación de paz mientras el equipo de rescate hacía su trabajo metódicamente, ejemplo brillante de eficacia en circunstancias de vida o muerte. Me sentía como un testigo, casi como si estuviera contemplando desplegarse la escena

desde una posición ventajosa en un sitio en alto.

Lo siguiente que puedo recordar es despertar en un cuarto de hospital que olía a limones frescos y a lejía. Nunca olvidaré ese olor. Tenía el cuerpo envuelto en vendajes y enyesadas las dos piernas. Y ambos brazos magullados.

Una enfermera, joven y guapa, me saludó.

—¡Señor Valentine! ¡No puedo creer que se haya despertado! Llamaré al doctor — dijo, mientras marcaba rápidamente un número en el interfono que había junto a la cama. Apenas dejó el interfono balbucí:

—Me puedes llamar Jack.

Intentaba parecer despreocupado en una situación que sabía que era grave. —¿Dónde estoy?

—Jack, está en el Hospital General de Lakeview. En la unidad de cuidados intensivos. Tuvo un tremendo accidente la semana pasada. Honestamente, tiene mucha suerte de seguir con vida.

—¿De veras? —pregunté, con timidez.

—Sí —respondió la enfermera, esforzándose por sonreír, mientras miraba los cuadros del historial clínico fijados al pie de la cama—. Estuvo en coma después de que un camión se estrellara contra su coche. Los paramédicos que le trajeron no podían creer que hubiera sobrevivido. En todo caso, ahora sólo falta que se le curen esas feas heridas que tiene y las dos piernas rotas. Va a quedar muy bien. Tiene una suerte increíble.

Suerte no es una palabra que habría relacionado nunca conmigo, pero, en esas circunstancias, estaba de acuerdo con ella. Seguir vivo *era* una bendición. —¿Por qué estoy solo en esta habitación? —pregunté en voz alta, mirando a mi alrededor—. No me molestaría que alguien me acompañara.

—Hace sólo unos minutos que está despierto, Jack. Relájese. Quédese quieto. El doctor llegará pronto. Estaba sumamente preocupado.

Conforme pasaban las horas y una batería de médicos y enfermeras me examinaban y me alentaban, empecé a comprender la seriedad de mi accidente. El conductor del camión había muerto instantáneamente y mi médico me dijo que llegó a creer que yo nunca recuperaría la conciencia.

—Nunca había visto un caso como éste —afirmó, como si tal cosa.

Pero en mi fuero interno sabía que lo que me había ocurrido había sido por alguna razón. *Todo* sucede por alguna razón y no hay accidentes en la vida. Sé que han escuchado decir eso. Pero he descubierto que este impresionante universo nuestro no sólo opera de una manera asombrosamente inteligente; también es un lugar muy amistoso. Este mundo desea que vivamos de forma estupenda. Quiere que seamos felices. Y quiere que triunfemos.

Una silenciosa voz interior (que surgió por primera vez en la habitación del hospital, pero que continuaría apoyándome en los tiempos más difíciles y vulnerables) me informó que algo grande estaba a punto de suceder y que lo que iba a experimentar en los próximos días y semanas no sólo me revolucionaría la vida sino que afectaría la de muchas otras personas. Me dijo que aún estaban por llegar mis mejores días.

Tengo la impresión de que muchos de nosotros no prestamos atención a esta voz interior silenciosa pero sabia. En el fondo de cada corazón hay un lugar que conoce todas las respuestas a nuestras mayores preguntas. Cada uno conoce su verdad y lo que necesita hacer para crearse una vida extraordinaria. La mayoría de personas sencillamente ha perdido la conexión con esta fuente natural de pura sabiduría, porque demasiado estrépito y ruido domina nuestros días. Pero he descubierto que si uno reserva tiempo para el silencio, la tranquilidad y la soledad, empieza a hablar la voz de la verdad. Y cuanto más he confiado en su consejo, más se ha enriquecido mi vida.

Eran cerca de las nueve y media de la noche cuando un enfermero abrió la puerta y entró en la habitación con un paciente en una camilla. Agradecí la compañía y enseguida alcé la cabeza para alcanzar a ver a mi nuevo compañero. Era un hombre mayor, de unos setenta y cinco años. Tenía el pelo canoso, abundante, y peinado con elegancia hacia atrás; en el rostro tenía manchas marrones, producto quizá de muchos años de exposición al sol. Por su aspecto frágil y por la forma labiosa como respiraba, deduje que estaba gravemente enfermo. También advertí que sufría. Mantenía los ojos cerrados y gemía suavemente mientras el enfermero lo colocaba en su nueva cama.

Al cabo de unos diez minutos, el recién llegado abrió lentamente los ojos. Me sobrecogió. Sus ojos eran de un azul deslumbrante y mostraban una claridad y brillo que me hicieron estremecer. De inmediato sentí que ese hombre poseía una profunda sabiduría, escasa en este mundo de arreglos rápidos y vidas aceleradas. Sentí que estaba en presencia de un maestro.

—Buenas noches —susurró suavemente, con voz mesurada—, parece que estaremos aquí un tiempo.

—Sí, y no es el mejor lugar para pasar la noche de un viernes, ¿no cree? —contesté, sonriendo cálidamente—. Me llamo Jack —dije y alcé la mano a modo de saludo—, Jack Valentine. Hace una semana tuve un accidente de coche, bastante serio, y el veredicto ha sido que estaré en esta cama durante un tiempo. Me he sentido muy solo, así que me alegra conocerle señor.

—Encantado de conocerte, Jack. Soy Cal. Durante los últimos siete meses he estado en este hospital en diferentes pabellones. Me han examinado, tratado y medicado más de lo que nunca podía imaginar. Creo que tal como van las cosas ya no voy a salir de aquí —dijo en voz baja, con los ojos clavados en el techo; hizo una pausa —. Ingresé con un dolor de estómago que creía provocado por algo que había comido. Seis días después me daban quimioterapia.

—¿Cáncer? —pregunté, con el mayor tacto que me fue posible.

—Sí, y cuando los médicos me lo detectaron ya se me había extendido por todo el cuerpo. Lo tengo en los pulmones, en el intestino y ahora me está llegando a la cabeza —me dijo y se pasó una mano temblorosa por la melena—. En cualquier caso —continuó, en tono reflexivo—, he vivido una vida bella en relación con la mayoría de la gente. Crecí en la pobreza, me crió solamente mi madre. Y qué mujer más noble era.

—Igual que la mía —le interrumpí.

—Pienso en mi madre todos los días —dijo Cal—. Era sensible, alegre y fuerte como acero recién forjado. Creía en mí como ninguna otra persona que haya conocido después y me alentó a ponerme grandes metas y a tener grandes sueños. Me amaba de manera verdaderamente incondicional, y ése es el único amor verdadero, Jack. Me hace recordar algo que escribió Víctor Hugo: «La felicidad suprema de la vida es la convicción de que somos amados». Y te puedo asegurar que de verdad me sentí amado por

esa mujer extraordinaria. ¿Verdad que puedo compartir contigo esta historia?

—Por supuesto —contesté—. En realidad me interesa mucho.

—Bien. Bueno, mi infancia fue sencilla pero divertida. Pasaba los veranos bañándome desnudo en el remanso de un río y los inviernos ante una chimenea escuchando cuentos y leyendo libros extraordinarios. Mi madre me enseñó a amar los libros.

—Yo también amo los libros —dije—. En realidad, no me gustaba mucho la escuela, pero apreciaba mis libros.

—A mí también me pasó algo parecido. Como observó con sabiduría el gran pensador Judah ibn-Tibbon: «Haz de tus libros tus compañeros. Deja que tus estanterías sean tus campos de juegos y tus jardines».

—Hermosas palabras, Cal.

—La escuela me aburría —continuó—, pero los libros me proporcionaban un gran estímulo. Nunca olvidaré que mi madre me dijo que una idea que leyera en un libro tenía el potencial para cambiarme la vida. En realidad, decía, no sabemos qué libro contiene esa idea que nos conducirá a despertar… Mi deber, me decía con evidente amor, era continuar buscando ese libro, y una vez que lo encontrara debía tener el valor personal de actuar según esa idea para que los resultados llegaran a mi vida. Y Jack, como también te gusta leer, voy a compartir contigo otra cita breve acerca del poder de la lectura.

—Por supuesto.

—«Comprar más libros de los que podemos leer es ni más ni menos que el alma en busca del infinito, y esta pasión es lo único que nos coloca por encima de las bestias.» Es de A. Edward Norton, tuve que aprenderla en la escuela —precisó Cal mientras se acomodaba en la cama.

—Cuando tenía edad para ello, ingresé a una escuela militar para continuar mi educación. Mamá no quería que me marchara, pero obtuve una beca y verdaderamente era la única manera de salir de la pobreza en que me había criado. Después fui a la universidad y allí, durante mi primer día en el campus, me enamoré de una chica deliciosa de dieciocho años, rubia y de piel marfileña. La conocí en clase de historia y fue un amor a primera vista. Sabía que íbamos a estar juntos para siempre. Dios mío, amaba a Grace,

era tan inocente y amable. No podía imaginar una persona más espléndida para mi viaje por la vida.

—Mi madre también se llamaba Grace —observé.

—Un bello nombre, ¿verdad, Jack?

—Sí, así es.

—Me casé con Grace y tuvimos un hijo, un niño. Quería tanto a ese niño. Fue un tiempo muy especial para nosotros. Nos divertíamos, nos amábamos, nos reíamos, la vida nos había colmado de felicidad. En esa época también quise probar fortuna en los negocios y adquirí un aserradero que abastecía a diversas grandes empresas. Era un tiempo de prosperidad económica y nos ayudó el crecimiento del sector de la construcción. Al cabo de unos años había ganado dinero a espuertas, millones de dólares, y la vida que llevábamos Grace, yo y el niño era como sacada de un cuento. Pura fantasía, debería agregar —dijo Cal, moviendo la cabeza como si no pudiera creerlo.

»Pero conforme ganaba más dinero, más tiempo dedicaba al trabajo. Descuidé la familia. Se ha dicho que en el curso de la vida tenemos que hacer malabarismos con diferentes bolas. Algunas, como la que representa la carrera, están hechas de caucho. Si las dejamos caer pueden rebotar. Pero otras son de vidrio y de ese material es la de la familia. Si dejas caer esa bola, no rebota. Se hace añicos. Esa fue mi equivocación. El dinero me complicó las cosas y me indujo a seguir el camino equivocado. Perdí de vista mis valores más profundos y mis verdaderas prioridades. Me distancié de la familia. La persona más rica del mundo, descubrí, no es la que tiene más sino la que necesita menos. Me costó mucho tiempo aprender esta lección. Y, muchacho, pagué un alto precio por ello.

Escuchaba atentamente, atraído por la historia de este hombre que estaba compartiendo conmigo las experiencias de su vida. También había crecido sin padre, así que me fascinaba escuchar la opinión de Cal acerca de la importancia de una fuerte vida familiar. Anhelaba una relación con el padre que verdaderamente nunca conocí y siempre he sentido que una gran parte de mi vida me faltaba. También sentía alguna tristeza, porque, si bien aún era muy joven, no había conocido una mujer con la cual sintiera que podía compartir la vida y fundar una familia. Era un anhelo que no había sentido hasta entonces.

—Para seguir con la historia —continuó Cal, entusiasmado—, tiempos difíciles se cernieron sobre el sector maderero y perdí hasta el último centavo de mi fortuna. No estoy diciendo que perdí *algo* del dinero y *algo* de mis pertenencias, Jack. Estoy diciendo que lo perdimos todo en unas semanas. Grace se lo tomó muy mal y se quejaba continuamente de nuestras dificultades. Pero éramos personas fuertes, e hicimos lo posible por salir del agujero.

»El negocio disminuyó considerablemente, y Grace y yo adoptamos un estilo de vida mucho más sencillo. Fue también una época de gran reflexión interior para ambos. El fracaso suele provocar eso en la gente. Nos despierta a lo que verdaderamente somos y a lo que realmente deseamos, nos sacude y nos aparta de toda complacencia. Y aunque no estábamos satisfechos desde el punto de vista económico y nuestra relación aún enfrentaba desafíos, crecí enormemente como ser humano. De hecho, el dolor de ese período me puso en un camino de descubrimiento de mí mismo y de crecimiento personal, un camino que todavía recorro todos los días. Me cambió la vida por completo.

—¿Y qué sucedió después, Cal? —le pregunté con genuino interés, sin preocuparme porque fuera tarde y ya habían apagado las luces del hospital.

—Me hice filósofo —contestó en el acto.

—¿Filósofo? ¿Y tu empresa? ¿Y Grace y tu hijo?

—La filosofía significa «amor a la sabiduría». Te estoy diciendo Jack, que llegué a amar la sabiduría tanto como amo la vida. He pasado días enteros pensando en el significado de la vida y meditando sobre sus grandes temas. Empezaron a parecerme triviales las cosas en que me concentraba antes. Es triste, pero Grace y yo empezamos a distanciarnos y finalmente nos separamos. Hay quienes creen que las relaciones nos llegan como encargos. Algunas duran semanas, algunas toda la vida, pero todas nos enseñan grandes lecciones destinadas a impulsar nuestro crecimiento como personas. Todo lo que sé es que aprendí mucho del tiempo que pasamos juntos. Desgraciadamente, se llevó al niño consigo y jamás les he vuelto a ver. Esto me aplastó —dijo Cal con voz temblorosa —. Una parte de mí mismo murió cuando sucedió esto. Todavía me cuesta perdonarme por lo que hice para destruir mi vida familiar. Y, Dios mío, cómo echo de menos a mi hijo.

»Lo último que supe fue que Grace iba de un sitio a otro y trataba de criar a nuestro hijo con los limitados recursos que tenía. Intenté mantenerme en contacto con ella y ayudarla, pero sabía que le había roto el corazón y como era orgullosa no quería saber nada de mí. Verdaderamente ha sido el peor error de mi vida, haber perdido a mi familia. Mi mujer y mi hijo me aportaron momentos de tan extraordinaria felicidad, que no supe apreciar hasta que era demasiado tarde. Pero nuestros grandes errores también conllevan las mayores lecciones. Hoy soy más sabio. Me parece que, en la vida, el gran secreto es transformar la retrospección en previsión que revele un conocimiento.

—Una hermosa manera de decirlo, Cal. Pero lo que verdaderamente estás diciendo es que lo importante en la vida es poner el pasado a nuestro servicio, ¿verdad? —Muy bien dicho. Eso es, exactamente. Nada hay de malo en cometer un error, es así como crecen los seres humanos. Estamos diseñados para cometer errores, porque los errores conllevan crecimiento. Sólo que no deberíamos repetir el mismo error. Hay que convertir una herida en sabiduría o, como tú dices, que tu pasado te sirva. »En todo caso, después que Grace se marchó con nuestro hijo, me encerré aún más en mí mismo, me aparté por entero del mundo durante años y me entregué profundamente a un examen de mí mismo y a un escrutinio interior. Mi pasión era mi búsqueda de quién era como ser humano y por qué mi vida se había desarrollado así. Vivía interiormente en un mundo donde la mayoría de personas vive fuera. Le salía al paso a mis temores en un mundo donde la mayoría huye de ellos. Y fue increíble lo que vi en lo más profundo de mí mismo.

—¿Puedes compartir lo que viste dentro de ti mismo? —pregunté ansiosamente, pendiente de cada palabra de Cal.

—Dejaré que lo averigües por ti mismo, hijo mío —contestó, ahondando aún más mi sensación de curiosidad—. Sabes, cada uno tiene que hacer su propio trabajo interior. Es nuestra mayor responsabilidad. Examinarte y conseguir conocer tu verdadero tú, tu verdadero ti mismo, y qué eres como ser humano, es la principal finalidad de la vida. El viaje decisivo es saber más de ti mismo para que puedas *ser* más para el mundo. El éxito genuino en la vida es una tarea interior.

—Lo entiendo muy bien.

He descubierto que los mejores tesoros que una persona podrá descubrir son los que tiene ocultos en el corazón. Los mayores dones de la vida son los dones interiores que sólo se revelan a quienes tienen el valor de mirar más allá de la superficie de su vida. Pensé un momento en lo que me había dicho.

—Desgraciadamente, Cal, nunca me ha interesado el desarrollo personal. Trabajo para una agencia de publicidad y paso mis días en el mundo empresarial, donde sólo se trata de ganar dinero y tener buen aspecto. No me enorgullezco de la manera como funciona mi mundo, pero he aprendido a jugar el juego. Y lo hago bastante bien. Soy propietario de un coche de lujo, o por lo menos lo era. Tengo un apartamento elegante y buenos amigos. Pero no me siento feliz al terminar el día. Algo me falta. De verdad comprendo lo que me dices sobre que el éxito es una tarea interior. Si me sintiera bien conmigo mismo, sé que me sentiría mucho mejor en la vida. ¿Dónde puedo empezar ese «trabajo interior» que dices?

—Puedes empezarlo asumiendo tu propia mortalidad, Jack. Pensar en la muerte te afirma mucho en la vida.

—¿De veras?

—Seguro. Sólo cuando asumimos profunda y emocionalmente el hecho de que nuestra vida es breve y limitadas nuestras horas puedes vivir plenamente y dedicar cada fragmento de ti mismo a tus instantes de vigilia. Si sólo te quedara un año de vida, apuesto a que vivirías de un modo muy distinto que ahora. Te asegurarías de vivir sin remordimientos, te arriesgarías a abrir el corazón al amor, y vivirías apasionadamente y concentrado en lo que vale la pena.

—¿Qué quieres decir con eso de «concentrado en lo que vale la pena»? —pregunté. Cal se incorporó con lentitud y cogió el lápiz que había en la mesa a su lado. —Vive como este lápiz y tendrás una hermosa vida —me dijo en tono de confidencia

—. Muchas personas vivimos la vida con la punta roma. Necesitamos sacarle punta a la vida, como este lápiz. Así diseñas y luego construyes una experiencia extraordinaria de vida para ti mismo. Michel de Montaigne lo expresó de la siguiente forma: «La mayor y más gloriosa obra maestra de los seres humanos es vivir a fondo. Todas las otras cosas en el mejor de los casos sólo son disposiciones y apéndices». Verás, Jack, la mayoría vivimos la vida

como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo. Nos negamos las pasiones y postergamos los sueños. Pero la vida en realidad es un don muy frágil y hay que vivirla ahora mismo. Nadie sabe con cuántas mañanas cuenta. Por favor, confía en mí en este punto.

—Así lo haré —dije con sinceridad, percibiendo cuán importante era esta lección para mi nuevo amigo.

—Concéntrate en las cosas que verdaderamente importan en la vida. Ahora que soy más viejo y más sabio, he descubierto que las cosas que una vez creí que eran las grandes cosas de la vida en realidad son las pequeñas, y que todas las cosas que creía pequeñas, insignificantes, han resultado ser las grandes, las que verdaderamente importan más.

—¿Y cómo hago para asumir mi propia mortalidad?

—Plantéate las Preguntas Definitivas —fue la clara respuesta.

—¿Las Preguntas Definitivas? Las desconozco, Cal. ¿Dé qué me estás hablando? Me senté en la cama, impresionado por lo que estaba diciendo ese hombre extraordinario y algo misterioso.

—Cuando yaces en tu lecho de muerte a punto de exhalar el último suspiro sólo tienes presente tres preguntas. Son las que llamo las Preguntas Definitivas de una persona. Y como serán las consideraciones más importantes al final de tu vida, ¿por qué no te armas de valor y las conviertes en tus consideraciones más importantes hoy mismo?

—¿Y cuáles son esas preguntas? —pregunté, a sabiendas de que estaba a punto de escuchar algo que quizá me cambiaría la vida.

—Son sencillas: ¿He vivido sabiamente? ¿He amado bien? ¿He sido de gran utilidad?

—¿Me las podrías explicar? —pregunté, ansiosamente—. Sé que es tarde, pero esa información puede cambiar todo para mí.

—Jack, aunque necesito dormir un poco, aprecio tu entusiasmo. No me cabe la menor duda de que tú y yo nos hemos encontrado por alguna razón. Así funciona el mundo. Todas las personas que entran en tu vida lo hacen precisamente en el momento en que más necesitas aprender la lección que han venido a enseñarte.

—Lo creo.

—Nuestro mundo es un lugar muy sabio y nuestra vida se desarrolla conforme a una serie de leyes naturales que son brillantes. Los seres humanos creemos que nuestra vida está

gobernada por acontecimientos debidos al azar y que la gente que entra y sale de ella sólo lo hace por casualidad. Nada puede estar más lejos de la verdad. No hay caos en nuestro mundo, sólo hay orden. No hay coincidencias, *nunca*. Nuestra vida no está gobernada por buena o mala suerte, sino por un proceso inteligente, diseñado para que evolucionemos hacia lo mejor de nuestro ser.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo lo sé. Y tú también lo sabrás —afirmó Cal, con seguridad.

—Interesante —respondí, sumido en mis pensamientos.

—Naciste para ofrecer tus dones al mundo. Pero las cosas están dispuestas para que antes de que puedas resplandecer como persona —y digo resplandecer de verdad— efectúes ese trabajo interior de que te hablé. Tienes que llegar a conocerte; debes observar las creencias que te limitan y recrearlas. Y debes analizar los falsos supuestos que tienes acerca de lo que puedes ser, tener y hacer como persona y entonces disponerte a corregirlos. Necesitas cobrar conciencia de tus pautas históricas de reacción en los diferentes escenarios de tu vida y recrearlas. Y debes encarar tus temores y superarlos. Entonces puedes abrir el corazón y preocuparte más de la felicidad de otras personas que de la felicidad de ti mismo. Y una vez que lo has hecho, irónicamente, serás feliz.

—Así que todo está dispuesto metódicamente —dije, resumiendo lo que acababa de aprender—. El mundo posee un gran diseño ordenado. ¿Supongo que lo primero que debo hacer es comprender las leyes naturales que lo gobiernan?

—Sí, hijo mío —respondió Cal, complacido por mi apertura a su filosofía de la vida —. Una vez que esas leyes rijan tu vida, tendrás acceso a tu auténtico poder. Te convertirás en una fuerza de la naturaleza y tu vida dejará de ser un lugar de lucha y se convertirá en uno de facilidad y fluidez. Serás todo lo que alguna vez soñaste. Llevarás sin esfuerzo a tu vida todo lo que tu corazón ha deseado. Y tu vida empezará a funcionar casi como si estuviera guiada por magia.

Permanecí absorto por un momento y luego dije:

—Me pregunto por dónde podría empezar exactamente. Confieso que estos son tiempos de genuina lucha para mí. Ya no sé verdaderamente quién soy y estoy ansioso por mejorar mi vida. Hace poco terminé mi relación con una chica. No soporto mi

trabajo. Nunca tengo mucho dinero a fin de mes, aunque mi salario es bueno. Y tengo una especie de dolor profundo, que no me abandona.

—Confía en ese dolor, hijo mío.

—¿Qué? —pregunté, dudando realmente de haberle escuchado bien. —Confía en ese dolor —repitió Cal—. He aprendido de mis maestros que hallaremos nuestras grandes respuestas sólo cuando nos entregamos a los sentimientos y anhelos que solemos evitar. Nuestros sentimientos nos ofrecen una inmensa sabiduría y llevan en sí el conocimiento de nuestra mente subconsciente. Y el subconsciente es nuestro vínculo con la sabiduría del universo. Nuestro pensamiento consciente es muy limitado, pero nuestro pensamiento subconsciente es infinito.

»Ya sabes que la mayoría de las personas niegan sus sentimientos. La sociedad les ha enseñado a hacerlo. Desde muy jóvenes nos divorciamos de lo que sentimos. Se nos dice que no lloremos, que no riamos muy fuerte y que está mal estar tristes e incluso manifestar cólera. Pero nuestros sentimientos no son ni buenos ni malos, son sencillamente nuestros sentimientos y una parte esencial de la experiencia humana. Si los niegas empiezas a clausurar partes de ti mismo. Sigue haciéndolo y perderás la conexión con quien verdaderamente eres. Empezarás a vivir únicamente con la cabeza y dejarás de sentir.

Cal se interrumpió un momento y me miró a los ojos.

—Estoy dispuesto a apostar, Jack, que te pasas el día entero pensando, pensando y pensando. Tu mente es una máquina que no cesa de hacer ruido y no tienes paz interior. Has dejado de vivir en el presente y de *sentir* lo que significa estar plenamente vivo, estás demasiado ocupado viviendo en el pasado o en el futuro. ¿Sabías que la mente vive muy poco en el momento presente? Siempre se está preocupando del pasado o pensando en el futuro. Pero eso no es real. Lo único real es el momento que tienes ante ti. No pierdas ese momento, porque allí está tu vida.

—Es tan cierto lo que dices —observé, suspirando profundamente. Las palabras de este hombre reflejaban la verdad que sentía en el cuerpo—. Todo empieza a tener perfecto sentido —continué—. Ojalá más personas escucharan la sabiduría que estás compartiendo conmigo y abrieran los ojos. El mundo sería un lugar

mejor. —Obtendrán esa sabiduría cuando estén listos para obtenerla. Como dice un viejo proverbio: «Cuando los estudiantes están listos, aparece el profesor». No puedes empujar el río, ya lo sabes.

—Me parece que hay demasiado cinismo en el mundo contemporáneo —respondí—. Dejamos de creer en los grandes sueños que tuvimos de niños. No creemos tener el poder para crear la vida que queremos. Verdaderamente no creemos que podamos dejar una huella con las cosas que hacemos.

Cal asintió.

—Y exactamente por eso muchos de nosotros estamos atascados. Tenemos un poder fenomenal en nuestro interior; pero hemos perdido la conexión con él. Parte de la razón es el miedo. Las posibilidades disponibles son en verdad milagrosas. Las maravillas que podemos crear en nuestra vida, si nos alineamos con la fuerza de la naturaleza, son asombrosas, verdaderamente lo son. Pero todo ese potencial conlleva ciertas responsabilidades… y esto nos atemoriza. Así que no creemos en nosotros mismos. Negamos nuestro poder y erigimos barreras que nos impiden alcanzar la vida extraordinaria que nos corresponde.

—Casi como si nos saboteáramos. Huimos de lo que más deseamos. —Es exactamente lo que hacemos. Fingimos que no nos importa y actuamos como si no fuéramos especiales. No queremos ver cómo opera verdaderamente el mundo y no confiamos en las leyes naturales que lo gobiernan. Y esas leyes cobran vida en tu existencia sólo cuando inviertes en ellas absolutamente toda la confianza que tienes como ser humano. *No funcionan si no crees que van a funcionar.* Para acceder a una vida mejor, cada uno de nosotros debe efectuar algunos desplazamientos mentales fundamentales. Y quizá más importante: debemos efectuar ciertos desplazamientos fundamentales en el corazón. Y esto empieza por la confianza en las leyes de la naturaleza de que te he estado hablando.

—Así que primero debería *confiar* en que esas leyes funcionan… ¿Y entonces lo harán?

—Correcto. Todo empieza de manera análoga a una chimenea. Primero tienes que poner leña si quieres obtener calor. Si te sientas ante un hogar sin leña no te va a calentar. La mayoría de la gente

no confía, no tiene fe en el brillo del universo ni en su papel en él. Por eso no hay magia en su vida. No consiguen comprender cómo funciona el mundo y por lo mismo han dejado de ser líderes.

La observación me desconcertó.

—¿Qué quieres decir?

—El punto de partida de la iluminación, una meta que todas las personas deberían fijarse, es el liderazgo interior, una meta por la cual debe luchar toda persona. El liderazgo es mucho más que algo que los hombres de negocios hacen en su trabajo. El liderazgo consiste en responsabilidad personal, descubrimiento de uno mismo y creación de valor en el mundo por la persona que llegamos a ser. Demasiada gente pasa el tiempo culpando a otros por todo lo que no funciona en su vida. Culpamos a nuestra esposa por nuestra triste vida en el hogar; culpamos a nuestros jefes por nuestras desgracias en el trabajo; culpamos a extraños en la carretera porque nos hacen enfadar; culpamos a nuestros padres por no habernos permitido crecer. Culpar, culpar, culpar y culpar. Pero culpar a los demás no es más que disculparse a uno mismo. Culpar a los demás por la calidad de nuestra vida es una triste manera de vivir. Si lo haces, sólo estás jugando a ser la víctima.

—¿De veras?

—Sin duda. Porque, viviendo así, esencialmente estás diciendo que eres incapaz de dirigir tu vida. Estás diciendo que para que cambie tu vida debe cambiar tu mujer o debe cambiar tu jefe o deben cambiar los extraños con que te cruzas en la carretera. Es una manera muy impotente de vivir. ¿Dónde está el liderazgo en esa manera de vivir? —dijo Cal, alzando la voz a medida que aumentaba su apasionamiento—. El único modo de elevar tu vida al nivel siguiente es actuar como líder y asumir un auténtico liderazgo en la vida. Cuando te miras al espejo y te dices desde lo más hondo de ti mismo: «para que cambie mi vida debo cambiar *yo*», en ese momento habrás crecido y atravesarás la puerta que conduce a tu mejor modo de vida.

—¿Y por qué es así?

—Porque, Jack, entonces habrás empuñado la vida con tus propias manos —dijo Cal, apasionadamente, y alzó las suyas con un ademán dramático—. Habrás asumido la responsabilidad del destino que se te presenta. Dejarás de ofrecer *resistencia a* tu vida y

la aceptarás tal cual es. Estarás en sintonía con esas leyes inmutables de la naturaleza que estoy compartiendo contigo, leyes que siempre han gobernado la manera como funciona la vida, desde el principio de los tiempos. *Habrás recuperado tu poder.*

Cal se interrumpió y me miró directamente a los ojos.

—Apúntame con el índice —dijo.

—¿Qué?

—Hazlo —repitió en tono firme.

Alcé la mano y apunté a mi excéntrico compañero de habitación.

—¿No notas nada? —preguntó,

—Parece que la piel se me está desprendiendo —respondí, con franqueza. —No, hijo mío. Piensa más profundamente, que es lo que todos necesitamos hacer más en nuestro viaje por la vida. Sabes que la reflexión es la madre de la sabiduría. De acuerdo, me estás apuntando con un dedo, pero ¿hacia dónde apuntan los demás dedos? Me impresionó la sencilla y eficaz demostración de Cal. Su intención era clara: cuando apuntamos a otras personas con un dedo, otros tres dedos nos apuntan a nosotros. Compartí con él lo que había descubierto.

—¡Ya estás comprendiendo! —exclamó alegremente—. Deja de culpar a los demás por cualquier cosa que te moleste en la vida. Mira el espejo y recupera una parte de responsabilidad sobre tu vida. Así empiezan el cambio personal y el liderazgo en la vida. Sonreí.

—De acuerdo, ya veo adonde quieres llegar.

Hice una pausa para asimilar la sabiduría y las lecciones de Cal.

—No piensas como la mayoría de la gente —le dije.

—Lo sé. Por eso veo más que la mayoría. Y no es porque sea mejor que nadie, es porque los mejores me han enseñado —respondió Cal, humildemente. —¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, me recuerda lo que dijo el padre de la física clásica, Newton: «He visto más lejos que otros, y es así porque me he apoyado sobre los hombros de gigantes». He sido bendecido con tener a mi disposición algunos guías extraordinarios. No es mía la sabiduría que estoy compartiendo contigo.

—¿No lo es?

—No, en realidad no. La aprendí de mis tres maestros, tres extraordinarios seres humanos que me transformaron la vida. Les

debo todo.

—¿Los puedo conocer?

—Por supuesto que sí, y antes de lo que piensas. Serán quienes te van a explicar el significado de las Preguntas Definitivas a que aludí antes. Te darán verdaderamente las respuestas que estás buscando. Son los mejores recursos que conozco sobre lo que significa ser un verdadero líder en la vida y vivir de acuerdo con las leyes naturales del mundo. Ellos *son* los maestros. Yo soy sólo un estudiante.

Cal empezó a toser entonces. Suavemente al principio, pero con fuerza al cabo de un momento. Enrojeció y le brotó sudor en la frente.

—¡Dios mío, Cal! ¿Llamo a la enfermera? —pregunté, preocupado. —No, estaré bien —contestó entre silbidos, mortalmente pálido—. Creo que ahora sí que necesito dormir un poco. Te prometo que mañana será un gran día para ti, quizá sea el día más grande hasta ahora. Incluso puede que sea tu nuevo comienzo —agregó y sus ojos azules brillaron como estrellas en una fría noche de invierno.

»Ha sido muy bueno conocerte, Jack —continuó Cal—. Como decía, esta hermosa conexión entre nosotros *tenía que ser*. Por alguna razón ingresamos esta noche cada uno en la vida del otro. *Así funciona el mundo* —dijo, tumbándose de costado y tapándose los hombros con la manta; parecía sonreír—. Así funciona el mundo —repitió—. La vida es verdaderamente bella.

La habitación quedó un momento en silencio.

—Y, por cierto, hijo mío —agregó suavemente—, te amo.

2

En camino

«Vivir en corazones que dejamos atrás no es morir.»

Thomas Campbell

La mañana siguiente desperté con un rayo de sol en la cara. Me sentía mucho mejor y aunque sabía que me faltaba bastante para una recuperación completa, tenía una nueva sensación de esperanza. Me di cuenta de que me pondría bien pasara lo que pasara.

La conversación que había tenido la noche anterior con Cal —un hombre extraordinario y fascinante— me había provocado una alegría que hacía años que no experimentaba. Su sabiduría y filosofía acerca del modo cómo se despliegan nuestras vidas eran admirables. Y anhelaba el momento de que me presentara a los tres maestros que le habían transformado su vida.

Aunque me había parecido curioso que me dijera que me amaba poco antes de quedarse dormido, suponía que era sencillamente otra de sus prácticas para vivir una vida rica y mostrar un liderazgo auténtico. Tenía que continuar el diálogo y aprender más de este hombre, a quien ya respetaba profundamente.

—Buenos días, Cal —dije, con entusiasmo, mientras me estiraba como un gato en mi cama—. Este será un gran día para los dos, amigo.

Cal miraba hacia el otro lado y no respondió.

—Eh, Cal, ya son las diez, hora de despertar. No me hagas levantarme y despertarte —dije, en broma.

Pero Cal no se movía. Se me hizo un nudo en la garganta, la cabeza me empezó a girar, temí lo peor.

—¡Enfermera! —grité—. ¡Por favor, necesito ayuda!

Tres enfermeras entraron al cuarto.

—¡Creo que le pasa algo a Cal! Anoche estaba muy bien. Pero empezó a toser. Me dijo que se sentía bien, pero ahora parece que está mal.

Cal permanecía inmóvil mientras las enfermeras le examinaban.

—Ojalá esté bien —dije, muy inquieto.

—Cal está muerto —dijo la enfermera de más edad—. Lo siento —agregó, algo más amable.

—Hace mucho que Cal estaba muy enfermo, Jack —dijo otra de las enfermeras—. El cáncer se le había extendido por todo el cuerpo y ya nada podíamos hacer por él. Anoche nos pidió especialmente que le trajéramos aquí. Nadie sabe por qué. Fue su última petición. Y nos alegró mucho poder cumplirla.

—Sólo nos dijo que le conocía hace mucho tiempo y quería reunirse con usted —dijo la mayor—. Cal fue siempre un hombre bastante misterioso.

—Lo sé —dije—.

Sentía una verdadera tristeza en el corazón por la pérdida de una persona que había llegado a mi vida como una especie de ángel y me había guiado en una dirección nueva, ofreciéndome el nuevo comienzo que tanto anhelaba.

—Cal era un hombre asombroso —dije, respetuosamente—. No puedo creer que haya muerto. En un lapso tan breve me ha cambiado de un modo del que aún no soy del todo consciente.

—Así funciona el mundo —dijeron al unísono las tres enfermeras, utilizando una de las frases favoritas de mi efímero compañero de cuarto. Intercambiaron sonrisas entre ellas.

—Queríamos mucho a Cal —dijo una de las enfermeras—. Y, por cierto —agregó mientras las otras cubrían el rostro de Cal con una sábana y se lo llevaron de la habitación—, dejó un paquete para usted. Nos dijo que debíamos entregárselo esta mañana. Como si hubiera sabido que moriría anoche —dijo suavemente, con los ojos llenos de lágrimas—. Iré a buscarlo.

A los pocos minutos la enfermera estaba de vuelta. Me entregó el paquete, estaba envuelto en un papel con dibujos de niños nadando y jugando en la playa. Las imágenes habían sido dibujadas a mano y coloreadas con lápices. Eran realmente fantásticas.

—¿Le importa si lo abro solo? —pregunté a la enfermera— Me parece que éste es un momento privado, sólo para mí, y me gustaría

vivirlo solo. Será mi manera de honrar a Cal.

—Por supuesto, ningún problema —contestó—. Todas estamos muy tristes por lo de Cal, pero háganos saber si podemos hacer algo por usted. Estaremos al final del pasillo, en el cuarto de las enfermeras.

—Gracias.

Desenvolví cuidadosamente el paquete. Tuve que quitar varios papeles de seda antes de llegar al regalo que contenía. Y quedé atónito por lo que vi.

Perfectamente ordenados uno encima del otro había tres billetes de avión. Miré con atención y vi que eran tres pasajes de primera clase a tres de los más admirables lugares del mundo: Roma, Hawai y Nueva York.

Junto a los billetes había un mapa de cada destino con direcciones escritas con tinta roja y una «x» dentro de un círculo en lo que supuse serían los lugares adonde debía ir. El último elemento del regalo era una nota escrita a mano por Cal. Leí:

Querido Jack,

Siento dejarte tan rápido. Sabía que debía marcharme pronto. Eres un buen joven, con gran potencial, y sé que estás destinado a una vida honrosa, llena de alegría y hermoso crecimiento. No te dejo sintiéndome triste, sino inmensamente feliz y satisfecho. He vivido una gran vida y gozado de una parte más que suficiente de celebraciones bajo las estrellas y de momentos especiales bajo el sol.

He recorrido los valles de la vida y experimentado profunda pena. Y también he alcanzado lo alto de las cumbres y sentido más felicidad que la que merecía. Sí, he cometido más de un error. Pero, hijo, soy un hombre práctico y siempre he sido así. Por eso he aprendido que es mejor arriesgarse y fracasar que no arriesgarse.

Sé que hoy estás en una encrucijada. Puede parecer un tiempo difícil mientras buscas respuesta a tus mayores preguntas. Pero sabes que también es un tiempo maravilloso. Los seres humanos están más vivos cuando viven en lo desconocido, porque en ese lugar todo es posible. Te estás abriendo al mundo y el mundo empezará

a abrirse para ti.

No te puedo enseñar todo lo que necesitas aprender. Si bien me he ido convirtiendo en más sabio en el curso de mi vida, hay otros maestros a cuyos pies necesitas sentarte y cuya poderosa sabiduría necesitas aprender: tres especialmente. Y te pido que les visites apenas te recuperes. Son personas honorables y generosas. Cada una ha descubierto cómo crear una vida extraordinaria. Y están de acuerdo en ser tus guías.

Te he dejado tres billetes de avión. Primero ve a Roma. Sigue las indicaciones del mapa y conoce a tu primer maestro. Todo está arreglado. Una vez allí, sabrás acerca de la primera de las Preguntas Definitivas: ¿He vivido sabiamente? Descubrirás cómo conducir tu vida para que puedas vivir de un modo noble y espiritual. De este primer maestro aprenderás la importancia de descubrir los dones de tu vida interior para que puedas vivir con inmensa paz exterior. Descubrirás cómo adquirir profundidad como persona.

Después viaja a Hawai. El guía que conocerás allí es todo un personaje. Pero no te engañes por su aspecto sencillo y comportamiento juguetón. Ese guía es un genuino maestro. Te explicará una espléndida filosofía relacionada con la segunda Pregunta Definitiva: ¿He amado bien? Con él aprenderás a amar la vida misma y cada uno de los momentos que en ella ocurren. Te inspirará para experimentar tu gozo, para vivir con una maravillosa sensación de aventura y para abrir el corazón a una realidad enteramente nueva.

Y después, para completar tu transformación personal, viajarás a Nueva York. Allí conocerás a un ser humano verdaderamente excepcional que te guiará por la tercera Pregunta Definitiva: ¿He sido de gran utilidad? Con este maestro, aprenderás cómo ser un líder en el planeta no sólo en términos de tu carrera sino también en términos de tu vida.

El proceso completo tardará tres meses, pero te prometo que cambiarás fundamentalmente. ¿Cómo lo sé? Porque

cambié radicalmente como resultado de lo que me enseñaron. Por favor, no permitas que el crítico interno que ya puede estar empezando a despertar en tu mente se apodere de ti. Este enano siempre empieza a parlotear cuando se nos presenta una oportunidad de crecer como personas. Sólo es la voz del miedo. Y no es tu verdad que te está hablando. No eres tú. Confía sencillamente en el proceso que te estoy ofreciendo con amor. Aparta toda inquietud que te inspire el camino que estás por recorrer y empréndelo con la curiosidad de un niño, a sabiendas de que emergerás en el otro extremo como una persona nueva, o para ser más preciso, que estarás mucho más cerca de la persona que verdaderamente eres y has sido creada para ser.

Ojalá te pudiera guiar en todo este proceso, pero éste es un viaje solitario que debes emprender por tu cuenta. Así que te deseo lo mejor, hijo. Te bendigo. Rezo por tu éxito. Y te doy todo mi amor.

Tu padre,
Cal Valentine

La carta me dejó atónito, especialmente por la forma como acababa. ¿Era Cal realmente el padre que nunca había conocido? Muchas preguntas seguían sin respuesta mientras una andanada de pensamientos me pasaban por la cabeza. *¿Dónde había estado todos estos años? ¿Por qué no había intentado encontrarme? ¿Por qué no me dijo quién era en sus últimos momentos? ¿Debía sentir amor por él o estar furioso porque me había abandonado a mí y también a mi madre hacía tantos años?* Estaba completamente desconcertado. Y sentía que las viejas heridas se me volvían a abrir. Volví a mirar el paquete, y me pregunté si esos billetes de avión serían verdaderos y si podría confiar en las indicaciones de Cal. ¿Era seguro el viaje que me recomendaba?

Pero entonces algo empezó a cambiar en mí. Cal había sido tan amable conmigo durante el breve tiempo que compartimos. Tuve la sensación de que sólo había deseado ayudarme, guiarme y enseñarme en las últimas horas que pasó en la Tierra. Sentí su amor y supe que había sido verdadero. Deseaba que hiciera esos viajes y

me sentí obligado a hacerlos. Lucharía con mis viejas heridas, pero sabía que todo iría bien.

Sentado en la cama del hospital, una palabra dominaba todos mis pensamientos: *confía*. Eso hice. No tenía por qué entenderlo todo en ese mismo momento. La vida me estaba ofreciendo una oportunidad y disfrutaría del viaje. Antes había pasado demasiado tiempo proyectando, planificando, pensando y preocupándome. El mundo me ofrecía una magnífica oportunidad y me sentía con libertad para aprovecharla. Me dije que si proyectar las cosas en la cabeza era la manera de hallar las respuestas necesarias para crear la vida extraordinaria que siembre había deseado, entonces ya tendría que contar con las respuestas.

Pero una voz interior me decía: «Hay otra manera de vivir, Jack. Y es una forma mucho más poderosa de actuar. No tiene nada que ver con proyectar cosas en la cabeza y sí mucho con escuchar los susurros del corazón. Deja de ocuparte tanto en *hacer* y empieza dedicar más tiempo a *ser*. Proponte alinear tu vida con el poder natural que dirige el mundo. Allí están tus respuestas».

Una vez leí una cita del famoso psicólogo Abraham Maslow y nunca la he olvidado. Esas palabras eran sumamente apropiadas para el viaje en que estaba por embarcarme. Quiero compartirlas con ustedes:

> *«Tememos a nuestras mayores posibilidades… Solemos temer convertirnos en lo que alcanzamos a entrever en nuestros momentos más perfectos, en las condiciones más perfectas, en tiempos que exigen mucho valor. Nos regocijamos y hasta nos estremecemos con las posibilidades que vemos en nosotros mismos en esos momentos culminantes y sin embargo, simultáneamente, temblamos de debilidad, recelo y miedo ante esas mismas posibilidades.»*

Mientras cerraba los ojos sentía la luz del sol en el rostro y los latidos de mi corazón. En lo más recóndito de mí mismo ya sabía que la vida —mi mejor vida— venía a mi encuentro. Sentía que mi destino venía a buscarme.

EL SANTO

3

Apertura al mundo tal como funciona

> *«Los que viven noblemente, aunque vivan en la oscuridad, no tienen que temer haber vivido en vano. Algo irradia desde su vida, cierta luz que señala el camino a los amigos, a los vecinos, quizás hasta edades lejanas en el futuro.»*
>
> Bertrand Russell

> *«Recuerda quién eres, dijo. Eres un maestro.»*
>
> Aniesa Thames

Era primavera y estaba en Roma; un tiempo hermoso para estar vivo. Me había recuperado por completo del accidente y nunca me había sentido mejor. Disfrutaba de tres meses de vacaciones de mi trabajo en la agencia de publicidad y había alquilado mi piso a una compañera de universidad que no cabía en sí de contenta por su buena fortuna. Había terminado mi relación con la joven con la que salía y me alegra decir que nos separamos como buenos amigos. Me sentía bien con mi vida por primera vez en varios años. Y estaba preparado para una aventura.

En mi mente siempre estaba presente la experiencia que había tenido con Cal. Desde ese encuentro mágico no pasaba un día sin que pensara en él y en su sabiduría por lo menos unos instantes. Su sabiduría se había abierto camino hasta lo más profundo de mi ser y cada día aumentaba mi comprensión de su peculiar perspectiva de las cosas. Y descubrí que Cal era digno de mi más absoluta confianza. El billete de primera clase a Roma era válido y, tal como me había prometido, el viaje estaba muy bien organizado. Era

evidente que Cal había pensado mucho en mi transformación personal y había cuidado con mimo todos los detalles de este viaje singular. En ese mismo momento podía sentir su amor.

No me lo puedo creer, pero aquí estoy, en Roma, con todo el tiempo del mundo y sólo una mochila a la espalda con un mínimo de ropa y sin tener que preocuparme de nada. Eso pensaba mientras paseaba por las estrechas calles adoquinadas de la parte vieja de la ciudad. En el aire flotaba un olor dulzón que me hacía sonreír y relajarme en ese nuevo ambiente. Sentía como si estuviera destinado a estar en ese lugar increíble donde debía de empezar el viaje de descubrimiento de mí mismo; como si los hados hubieran llevado a Cal a mi vida y el destino me condujera hasta donde estaba ahora. Sólo podía mantenerme alerta en el presente y abrirme a lo que fuera a desplegarse. Esto era un modus operandi completamente distinto al que estaba acostumbrado, muy distante del estilo de vida rígido y planificado que había caracterizado mis días hasta aquel accidente de automóvil.

Y, sin embargo, una parte de mí sabía que esta nueva manera de ser era mucho más poderosa que la anterior. La vida parecía ahora conducirme y estaba listo para gozar de sus dones y saborear sus sorpresas. Para ser más preciso, era como si un conjunto de manos ocultas o una fuerza invisible me guiaran en dirección a mi vida más elevada y más auténtica. Me resulta verdaderamente difícil explicar lo que sentía en ese momento de mi vida. Pero puedo decir que me sentía a mis anchas y profundamente en paz.

Desde entonces he comprendido que esta fuerza, este poder invisible, es la fuerza de la naturaleza. Es el mismo poder que ha creado las estrellas y engendrado el crepúsculo. Late en todos los seres vivientes y está al alcance de quien esté alerta para detectarlo y alinearse con él.

Todo comienza con la decisión de quitarse las anteojeras que condicionan nuestra visión del mundo y buscar la verdad. Y la verdad se me volvió más clara a medida que me internaba en mí mismo. Creo que en esto consiste el verdadero liderazgo que podemos conseguir como seres humanos. No es más que una búsqueda individual de la verdad, la verdad acerca de lo que hemos experimentado en el pasado y acerca de qué podemos ser en el futuro, la verdad acerca de por qué estamos aquí y cómo hemos

llegado adonde estamos. Descubrir la verdad y actuar en la vida según sus presupuestos nos hace libres.

Gracias a mis experiencias y a las lecciones personales en el curso del camino he aprendido que liderar mi vida es también prescindir del férreo control que mantenía sobre mi realidad. Todos debemos prescindir de esa adicción tan común a saber con antelación cómo se va a desarrollar nuestra vida. El hecho es que desarrollamos lo más poderoso de nuestro ser (o por lo menos empezamos el proceso de conseguirlo) apenas abandonamos los controles a que con tanto temor nos aferramos y nos abrimos a todas las posibilidades que nos presenta este glorioso universo. Se trata de un gran acto de humildad, pues requiere que abandonemos la creencia de que *sabemos* lo que es mejor para nosotros. Requiere que aceptemos que lo que creemos necesitar para ser felices puede perfectamente no ser lo que necesitamos. Y digo que esta pérdida de control es un gran acto de humildad porque verdaderamente supone que nos entreguemos a la inteligencia mucho más poderosa del mundo en que vivimos. Sé que no será fácil en un principio, que puede atemorizar, pero he descubierto que al otro lado de nuestros mayores miedos reside nuestra mayor fortuna.

Me parece que se trata, en suma, de tener fe en que incluso si nuestra vida no se despliega conforme a nuestros mejores planes, estos de todas maneras resultarán bien. Es, resumiendo, creer en un éxito más elevado que trasciende el alcance de lo que habitualmente podemos ver. Arthur Shopenhauer viene a decir casi lo mismo: «Todo hombre cree que los límites de su propio campo de visión son los límites del mundo». Pero hay algunos que no creen eso. Únete a ellos.

Seguí las instrucciones de Cal casi durante una hora hasta que llegué cerca del lugar marcado con una «x» en el mapa. «Encuentra el vitral y verás el mundo a través de nuevas lentes» —había escrito crípticamente Cal. Continué avanzando por la calle en busca del edificio señalado en el mapa hasta que vi algo que me dejó sin aliento.

Tenía enfrente una catedral increíblemente hermosa, con las puertas abiertas y ramos de rosas depositados en los peldaños de la escalinata. Música barroca fluía del interior y los espléndidos

sonidos se propagaban por la calle. Sobre las enormes columnas del portal, alto y orgulloso en el centro, había el vitral más espectacular que jamás había visto.

Permanecí allí inmóvil, asombrado, escuchando la música e impregnándome de la majestuosidad del momento. Se me empezaron a formar lágrimas en los ojos, se me aceleró el pulso y las manos me empezaron a sudar. Nuestra vida, comprendí, sólo es una serie de instantes; si pierdes los instantes, pierdes la vida. Afortunadamente tuve la sabiduría de disfrutar de ese momento especial, un momento que de algún modo me conectaba con algo que me trascendía. La sensación me recordó que no estaba solo y que nunca lo había estado en la vida. Me recordó las famosas «Huellas», un relato de Margaret Fishback Powers donde un hombre sueña que se ve caminando en la playa junto a Dios. En el cielo se muestran varias escenas de la vida del hombre y con cada escena el hombre ve dos pares de huellas en la arena. Un par era de él y el otro pertenecía a Dios.

De pronto el hombre advierte algo fascinante mientras contempla todas las escenas de su existencia. En ciertos momentos sólo había un par de huellas en la arena. Y ese par único de huellas sólo aparecía en los momentos más difíciles y dolorosos del viaje de su vida. El hombre, entonces, confronta a Dios con esta observación y le manifiesta su decepción por haber estado solo cuando necesitaba ayuda. Dios le explica amablemente que en esos tiempos dolorosos era Él quien *cargaba* al hombre.

Estaba pensando en este sueño tan especial que cambió la visión del mundo de ese hombre, cuando una voz poderosa me llamó desde la catedral:

—¡Jack, lo lograste! ¡Me alegro de verte aquí!

Un sacerdote acudió corriendo a saludarme. Vestía el atuendo tradicional, llevaba un rosario en una mano y en la otra un libro atado con una cinta roja brillante. Bajó a saltos la escalinata y se detuvo ante mí, sonriendo.

—Es para ti, Jack —dijo, y me entregó el libro—. Cal me dijo que vendrías. Lo hemos preparado todo para tu estancia. Espero que te guste este regalo. Es un diario para que escribas tus impresiones. Llevar un diario es una poderosa práctica de cambio personal y sé que tendrás muchas observaciones que anotar durante tu estancia.

—¿Mi estancia?

—Sí, amigo. Estarás conmigo en la catedral cuatro semanas. Seré tu entrenador en la vida. Te ayudaré a tener acceso a tu más elevada y mejor persona. Te enseñaré acerca de cosas como destino, autenticidad e integridad. Te mostraré cómo acceder a tu verdadero poder y te acercaré a tu propio espíritu. ¡Lo pasaremos muy bien! —exclamó animado.

—Gracias, pero con toda honestidad, no soy una persona religiosa —le confesé con franqueza.

—Lo que tengo que enseñarte no tiene nada que ver con la religión. Ser un verdadero ser humano espiritual es ser un *auténtico* ser humano. Es vivir según tus más nobles valores personales, guiar tu vida según la verdad y ver el mundo de un modo más evolucionado y lúcido.

—Bien, estoy de acuerdo, sin duda, en eso —respondí, dejando la mochila en el suelo y bebiendo un sorbo de agua—. No puedo estar más dispuesto para cambiar. —Perfecto. Cal me pidió que lo arreglara todo y acepté con gusto. Te voy a enseñar cuál es el significado de la vida. Te explicaré exactamente cómo despertar tus talentos más elevados, cómo acceder a tu sabiduría más honda y cómo dejar un legado. Fundamentalmente, te mostraré cómo vivir con sabiduría, cómo vivir sabiamente. —La primera de las Preguntas Definitivas —observé, recordando las tres preguntas importantes de la vida que Cal me había explicado esa noche inolvidable en el hospital. —Sí. Me ocuparé de que cuando llegue finalmente el momento que te preguntes «¿He vivido sabiamente?» tu respuesta sea «¡Por supuesto!» Deseo que vivas tan sabiamente que mueras feliz. ¡Bienvenido a Roma! —gritó con toda la emoción y entusiasmo de un cantante de ópera—. Perdona por no presentarme. Soy el padre Miguel Antonio Di Franco. Todos los amigos me llaman Mike —dijo, con un guiño. —Un placer conocerle, padre Mike. Le agradezco la bienvenida —le dije, sinceramente, sintiéndome muy cómodo en compañía de este hombre de baja estatura, cara redonda y peinado hacia atrás—. ¿Conocía a Cal?

—Por supuesto. Tu padre era un gran hombre, Jack. Un ser humano muy especial en tantos sentidos. Me habló de ti. Aunque ya eres un hombre todavía te pareces mucho al niño de la fotografía

que Cal solía llevar consigo. Por eso me resultó tan fácil reconocerte.

—Todavía me parece increíble que Cal sea mi padre. ¿Sabe por qué nos abandonó a mi madre y a mí? Si era mi padre, ¿no cree que debió tratar de encontrarme? —dije, y la ira se me iba acumulando —. Los padres no olvidan a sus hijos.

—No conozco mucho las razones por las cuales se separaron tus padres. Sólo me dijo que él y tu madre se fueron distanciando después de que su negocio se derrumbara. Tengo la sensación de que tu padre empezó a ensimismarse después que perdió su fortuna y que le empezó a cambiar el modo como veía el mundo. Creo que llegó un momento en que ambos advirtieron que se estaban moviendo, como personas, en direcciones diferentes. Cal me dijo que seguía queriendo a tu madre, pero creo que decidieron separarse, sencillamente separarse. No puedo imaginar lo doloroso que eso tiene que haber sido para ti, Jack. Pero deberías saber que tu padre era un hombre muy cariñoso. Se preocupaba enormemente por la gente y sobre todo por ti.

—Gracias por decírmelo —dije en voz baja—. De niño pasé tantas noches pensando en mi padre. Se perdió mis conciertos de Navidad, mis obras de teatro en la escuela, mis partidos de fútbol… Me alivia un poco saber que verdaderamente me quería.

—Tu padre me apodó «El santo», porque he dedicado mi vida a vivir de una manera noble, sabia y auténtica. Acudió a mí hace varios años para aprender las lecciones que descubrirás muy pronto. Cal era un filósofo en el sentido más auténtico de la palabra. Le gustaba aprender y se dedicaba a profundizar el conocimiento de sí mismo. Y, a mi entender, eso es lo mejor que puede hacer un ser humano. ¿Sabías que realizó el mismo viaje que estás a punto de empezar? De tal palo tal astilla —bromeó—. En fin, estoy feliz porque finalmente estás aquí.

—De verdad me entusiasma estar aquí, padre Mike. Pero, para ser sincero, no estoy muy seguro de todo esto. En realidad, le confieso que ya estoy un poco nervioso. Es mucho lo que ha ocurrido en poco tiempo.

—Te entiendo, Jack. Te entiendo muy bien. Estás a punto de conocer algo nuevo y es natural que tus temores se manifiesten en forma de incertidumbre y nerviosismo. Pero debes tener confianza.

Después de todo, ¿no es la confianza lo que está en juego? Confía en que Cal apareció cuando más necesitabas conocerle. Confía en que tú y yo nos hemos encontrado por alguna razón especial. Confía en que no hay mejor lugar donde puedas estar que el lugar que ocupas ahora. Y confía en que las próximas cuatro semanas conmigo te mostrarán una manera distinta de pensar y ser. Sabes que podemos cambiar en un instante el modo como vemos el mundo. Un solo desplazamiento en un segundo puede bastar para situarte en una nueva realidad.

—¿Así que usted es uno de los grandes maestros de que hablaba mi padre? — pregunté mientras me ponía el brazo sobre los hombros y me conducía por la escalinata de piedra de la catedral.

—Sí, así es. Tu padre era verdaderamente un hombre maravilloso. Sé que cometió errores en la vida, como abandonarte y no mostrarte su amor, pero aún no conozco a un hombre perfecto. La condición misma del ser humano es la imperfección, pero he llegado a comprender que somos perfectos en nuestra imperfección. Si no tuviéramos debilidades no tendríamos nada en que trabajar durante el viaje de la vida. Como han dicho los místicos: «el sendero no tiene valor cuando has llegado». Nuestros rasgos son en realidad tesoros preciosos que ofrecen vías de acceso a versiones más elevadas de la persona que habitualmente somos.

El último punto me dejó intrigado. ¿Podía tener razón el padre Mike? Pensé en mi propio viaje por la vida, en los desafíos que había enfrentado en la infancia y en los tropiezos en el camino, en la cadena de relaciones fracasadas y en el hecho de que por más duro que lo intentaba, no conseguía averiguar qué trabajo era adecuado para la persona que yo era. Quizá toda esta imperfección de mi vida *era* perfecta, quizá todo se había desarrollado exactamente como debía y sólo había un plan más amplio que yo no alcanzaba a ver. Y quizá todas mis imperfecciones humanas eran oportunidades para crecer. Estas ideas me relajaron y me dieron una sensación inmediata de alivio.

—Nuestras imperfecciones dan sentido a nuestra vida — continuó el padre Mike—. Nos dan una misión central: retroceder a la persona original e ideal que fuimos al nacer y recuperar la persona que verdaderamente somos. Si no fuera por nuestros defectos no tendríamos mucho trabajo interior que hacer. Y este

trabajo interior nos vuelve a conectar con nuestra magnificencia personal. Verás, Jack, para tener más de lo que deseas en la vida, primero debes *ser* más lo que verdaderamente eres. Tener éxito en realidad no es hacer más, sino *ser* más.

—Estoy completamente de acuerdo. Ya estoy bastante cansado de eso, por más que haga y más juguetes que consiga nunca basta.

El padre Mike no parecía muy sorprendido por mis sentimientos.

—No te gusta tu vida anterior, ¿verdad?

—No, en realidad no —contesté—. En realidad no la soporto. Ya no me divierte nada. Todo se ha vuelto tan serio y rutinario. Por Dios, nunca creí que la vida sería tan dura, honestamente.

—Bueno, entonces, para contar con una vida nueva, primero debes pensar, sentir y actuar como una persona nueva. En la vida no logramos en última instancia lo que deseamos, logramos lo que *somos*. Para tener nuevas cosas en la vida, como una nueva relación, nuevos niveles de alegría y nuevas experiencias, tienes que empezar por hacer cosas nuevas.

—¿Por ejemplo?

—Empezar de verdad a conocer tus debilidades. Es un muy buen principio; de hecho, por ahí empecé yo mismo. Establecer tus debilidades es una de las razones principales por las que estamos aquí. El propósito de nuestra vida, en muchos sentidos, es hacer las paces con nuestra oscuridad para poder vivir en nuestra luz. Todos tenemos puntos ciegos. Tenemos que reconocerlos y llevarlos a la luz de la conciencia, donde se curarán. Y tenemos que reconfigurar nuestras creencias falsas y trabajar nuestras emociones bloqueadas. Es irónico, pero avanzar es esencialmente retroceder, volver a las criaturas bellas y perfectas que éramos al nacer.

El padre Mike contempló un momento la catedral y después sonrió. —Solía ser bastante miserable —confesó—. De joven, en realidad, no me importaba nadie aparte de mí mismo. Sólo me fijaba en mis relaciones con los demás, en lo que *no* estaba obteniendo. Entonces un día, mientras estudiaba en Francia, recibí una llamada telefónica y me informaron que mi hermano menor había muerto en una pelea en un club nocturno. Ese suceso me afectó profundamente y me cambió todo. Empecé a rezar pidiendo valor para poder atravesar ese período de mi vida. Estuve tan mal que algunas veces hasta pensé en quitarme la vida. Pero a medida

que rezaba iba empezando a ver que mi vida tenía sentido y que me necesitaban en el mundo. Comencé a estudiar teología y soy sacerdote en este lugar. Y ahora, en mis relaciones, no pienso en lo que puedo obtener de otra persona. Sólo me importa lo que puedo dar. Y esto, amigo mío, me ha hecho muy feliz.

Hizo una pausa y una vez más gritó:

—¡Bienvenido a Roma!

No pude menos que reír ante su excéntrica conducta.

—Jack, te voy a decir algo. Lo que no posees en ti mismo te posee a ti —continuó el padre Mike mientras entrábamos en la catedral.

—No había reparado en eso.

—Es verdad. Si no eres dueño de esa parte oscura de ti mismo que es egoísta, por ejemplo, ella te poseerá. Si no eres dueño de esa parte tuya que siente que nunca serás bastante bueno, por citar otro ejemplo común, ella te poseerá. Si no eres dueño de esa parte oscura que desconfía de los otros seres humanos, ella te poseerá de varias maneras y después te arruinará la vida. Sólo cuando, de joven, me adueñé de mi egoísmo, empecé a cambiar.

—Tiene sentido. Me pregunto por qué nunca aprendí este asunto. Creo que estaba tan ocupado con las cosas triviales de la vida que perdí de vista el cuadro general —dije, con aire pensativo.

—Suele suceder. Mucha gente en este mundo está dormida en esta vida y ante esta sabiduría, pero tú estás listo ahora para el paso siguiente. Antes no estabas preparado para este paso, así que no tenías por qué verlo. Pero ahora ha llegado el momento de acceder a tu propia grandeza y de ponerte a la altura de tu vida mejor. La vida no te habría traído hasta aquí si no estuvieras preparado para algo así.

—Comprendo.

—De acuerdo. En cualquier caso, la mayoría de la gente se niega a sí misma y evita conectarse con su persona en la sombra, con la persona que no acepta. Los sabios conocen estas partes incluso mejor que las que presentan al mundo. Sólo si comprendes este principio esencial serás capaz de hallar la paz interior y la alegría exterior que mereces. Porque sólo si conoces y luego aceptas *todo* lo que hay en ti podrás verdaderamente amarte. Y sin amor a uno mismo no hay paz y sin paz no hay alegría. No obstante, y

paradójicamente, mientras más descubres tu luz como ser humano y mientras más la dejas brillar en el mundo, más empiezan a revelarse las partes que te has ocultado.

—Es muy cierto —respondí—. Lo he visto suceder en mis relaciones íntimas. Por ejemplo, me enamoré y me abrí como nunca lo había hecho. Fui más cariñoso y apasionado que nunca, pero entonces toda mi parte fea se empezó a manifestar. Me sucedió durante la última relación que tuve. Sentía más amor por Jane que el que nunca creí que podría experimentar. Una parte fantástica de mí mismo accedía a la existencia. Bailamos durante horas en la cocina de su casa y cantamos a la luz de la luna. Nos dijimos nuestros secretos más profundos a altas horas de la noche y apoyamos mutuamente nuestros sueños de un modo que creía imposible. Pero a pesar de todo ese amor, por alguna razón aparecieron mis peores rasgos, y las cosas se tornaron difíciles en más de una ocasión. Supongo que me sentí muy seguro con ella. Y cuando nos sentimos seguros parece que nuestra persona verdadera se filtra por la armadura social que la mayoría ha construido para mostrar un rostro bueno al mundo.

—Muy bien dicho, Jack. Agregaré algo a lo que has descrito con tanta perspicacia: si estudias el funcionamiento de la naturaleza, sabrás cómo funciona la vida. Las leyes que gobiernan la naturaleza son las mismas que nos gobiernan la vida. Por ejemplo, ¿no has notado que cuando el sol brilla más nuestras sombras se ven más grandes?

—Así es.

—Bueno, eso también vale para los seres humanos.

—Bella metáfora, padre Mike —dije, a modo de elogio.

—Es tan fácil creer, si no hemos trabajado interiormente en nosotros mismos, que somos muy evolucionados y que actuamos del mejor modo. Y cuando sucede algo negativo creemos que es culpa de otro. Esto se debe a que todas las creencias limitadoras, suposiciones falsas y cargas emocionales que no nos dejan creer están convenientemente ocultas en un lugar oscuro y profundo dentro de nosotros. Ni siquiera sabemos que están allí adentro, dirigiendo nuestra vida y saboteando nuestros sueños. Empezamos a creer que somos ideales en muchos sentidos. Nos creemos la propia propaganda y así no tenemos que afrontar nuestras debilidades ni

hacer el trabajo necesario para convertirlas en fortalezas. Hace falta una tremenda fuerza interior para llegar a esa oscuridad que no nos deja crecer en la vida. Hace falta un gran poder interior para contemplar con seriedad nuestro modo de vida y efectuar las correcciones sobre la marcha que nos pondrán otra vez en la senda correcta.

—¿Cómo es eso?

—Porque contemplar nuestros fallos humanos provoca la conciencia de que debemos cambiar, y los seres humanos tendemos por naturaleza a resistir el cambio. En realidad, parece haber un circuito cerebral que quiere mantenernos en la rutina. La ciencia ha demostrado que hay una zona primitiva en el cerebro, llamada *amígdala*, que añora la rutina y se opone a todo cambio personal. Sólo busca constante seguridad y control. Esta tendencia sirvió para que nuestros ancestros sobrevivieran en las cavernas, pero ya no nos sirve en el mundo actual.

—¿Y cómo podemos superar esa tendencia de esa zona del cerebro? —pregunté, con curiosidad.

—Sugiero que cada día confirmes la intención de cambiar conscientemente. Mi propia vida me ha enseñado que mis intenciones configuran la realidad. Busca maneras de ampliarte: enseña a tu cerebro que el cambio es bueno y persiste en abrirte un camino que nadie ha recorrido en los términos como te muestras como persona.

En ese momento, el padre Mike hizo algo que me sorprendió y luego me divirtió. Empezó a correr y desapareció en una pequeña habitación lateral. De pronto en la nave empezó a oirse «My Way», la clásica canción de Frank Sinatra y el padre Mike estaba bailando con los ojos cerrados, feliz. Me limité a contemplarle, sin saber exactamente qué estaba pasando.

El padre Mike abrió los ojos al concluir la canción.

—Solía tener tanto miedo de bailar —afirmó—. ¡Y ahora gozo con ello! Me ayuda a mantener abierto el corazón. Acabo de arriesgarme, Jack. Temía tanto bailar ante la gente que ahora he convertido esto en punto clave para dominar mis temores y expulsar mis demonios.

—Interesante —fue el único comentario que se me ocurrió.

—Continuamente busco maneras de ponerme en una situación

que me obligue a curar mis mayores temores. La estrategia ha funcionado asombrosamente bien. Por cierto, ¿qué te han parecido mis movimientos? —preguntó con una gran sonrisa—. ¿Estoy listo para aparecer en televisión?

—Aún no —respondí, riendo.

—Todo lo que estoy sugiriendo, en realidad, es que tienes que dedicarte a un constante e interminable descubrimiento de ti mismo. Es la única manera de que te hagas con la plenitud de tu luz propia, por lo menos hasta donde yo sé. Como dijo una vez Erich Fromm: «La tarea principal del hombre en la vida es darse nacimiento, convertirse en lo que potencialmente es». Y si lo haces, se empieza a desplegar ante ti la más hermosa visión de la realidad que puedas experimentar. Eso es seguro. En cualquier caso, tu padre habló con mucho cariño de ti mientras estuvo aquí. Así que sé varias cosas sobre ti.

—¿Por ejemplo?

—Sé que de niño te gustaba nadar. Sé que tenías grandes sueños entonces. Y sé que te fascinaba el chocolate —dijo y sacó una barra del bolsillo—. Toma un trozo — insistió.

—Es semiamargo —dije, mientras continuábamos recorriendo la magnífica catedral. —Sí, como la vida. La vida, Jack, tiene altos y bajos. La mayoría de personas somos prisioneros de ese drama. Nos sentimos felices cuando las cosas van bien. Y tristes cuando van mal. Este tipo de acercamiento a la vida es una manera muy débil de vivir. Te conviertes en una especie de madero que flota a la deriva. Te desplazas según la corriente. Primero vas en una dirección y luego vas en otra. Un modo mucho más sabio de jugar el juego consiste en abandonar todo juicio. Dejar de etiquetar las experiencias de la vida y sencillamente aceptarlas sin resistencia. El paso siguiente es comprender que la vida no es más que una escuela de crecimiento y que cuanto te sucede es realmente hermoso.

—¿Todo? Parece difícil aceptar que la muerte de un ser amado o la pérdida de una relación que te ha hecho feliz es algo hermoso.

—Sólo los límites de nuestro pensamiento humano hacen que algo parezca bueno o malo —respondió el padre Mike—. Un suceso de nuestra vida no es bueno o malo por *naturaleza*, sencillamente es. Pero nuestra humana tendencia a controlar las cosas nos lleva a ponerles una etiqueta.

—Como buenas o como malas —interrumpí.

—Sí. Pero en realidad no hay sucesos buenos ni tampoco los hay malos si has ahondado en el meollo del funcionamiento del mundo. *Todo* lo que te sucede es sencillamente una oportunidad para crecer y curar una parte tuya que necesita de curación. El sabio ve esto y aprovecha la oportunidad para crecer como más de lo que verdaderamente es. Y por eso digo que la vida es una escuela de crecimiento.

Medité sobre el concepto, aún inseguro de la noción. ¿Podría estar diseñada nuestra vida con ese propósito?

—Cada día —continuó el padre Mike—, a medida que entras en el mundo, en realidad estás yendo a la escuela. Y como en las escuelas tradicionales, hay un plan de estudios con diversos cursos que ofrecen distintas lecciones. Y una vez que apruebas un curso aprendiendo sus lecciones, pasas al curso siguiente.

—¿Y si no apruebas la lección?

—Entonces repites el curso, por supuesto —observó con seriedad —. Eso se llama *reciclamiento*. Cada experiencia que se cruza en tu vida te enseña la lección que más necesitas aprender para acceder a la siguiente plataforma de tu vida. El profesor siempre aparece cuando el alumno está a punto.

—Cal me dijo eso —dije en voz baja, sintiendo alguna tristeza por la pérdida del padre que apenas había conocido.

—Porque yo se lo dije antes —continuó el padre Mike, sonriendo —. En todo caso, si comprendes el proceso y adviertes la oportunidad de una lección en *cada* situación, puedes pasar al curso siguiente. Y al dejar el curso anterior también dejas la vida anterior, pues, lo que es muy interesante es que una vez que recibes la lección necesaria, el tipo de persona o de situación en que venía envuelta esa lección nunca volverá a presentarse. Es casi como si dejáramos una piel vieja cada vez que recibimos una lección nueva, aprobamos un curso nuevo y pasamos al siguiente y a sectores más altos del sendero de nuestra vida.

—Un planteamiento brillante, si todo funciona bien — reflexioné.

—Así es. Pero si *no* aceptas el aprendizaje que representa la experiencia, digamos que porque culpas a la otra persona por lo que sucede, y no ves el punto de sabiduría que estabas destinado a

aprender, las circunstancias continuarán repitiéndose o reciclándose en tu vida hasta que finalmente las comprendas. Y mientras menos comprendas las lecciones que se te presentan, más doloroso será el suceso que te las traiga hasta que llegue el momento en que lo será tanto que sólo podrás aceptarlo y comprenderlo sin más opción.

—Admirable. El funcionamiento del mundo es más extraordinario de lo que imaginaba —dije, excitado, sintiéndome ya más cómodo con la filosofía no convencional que el padre Mike me estaba exponiendo.

—Sí, Jack, es verdad. Estas leyes naturales que gobiernan toda las cosas nunca cesan de asombrarme. En cualquier caso, te estoy diciendo en verdad esto: *Tu realidad actual no es más que un reflejo completo de las lecciones que más necesitas aprender*. —Es una declaración muy poderosa, padre Mike. Hasta revolucionaria. —Sí. Y como aprendes mucho más de lo que no está funcionando en tu vida que de lo que funciona, todo lo que no funciona es un don. Milton Erickson escribió: «La vida, por sí misma, te traerá dolor. Tu responsabilidad es crear alegría». Como descubres más de ti mismo gracias al fracaso que gracias al éxito, haz del fracaso tu amigo, valóralo y aprende de él. Crea alegría gracias a él.

—¿Qué me quiere decir con eso de «hacer del fracaso un amigo»?

—Bueno, cada cosa que no soportas en tu vida, cada cosa que te irrita en tus días, cada cosa que te produce estrés, es un profesor muy importante. Las cosas que te presionan te ofrecen las mejores claves para saber qué necesita crecer y evolucionar en ti. Las cosas que no te gustan en la vida —las que te irritan o te estresan— no son más que vehículos que llevan las lecciones que necesitas aprender para aprobar el curso en que estás actualmente y pasar al siguiente.

—Si hago eso, ¿pasaré a la fase siguiente de mi vida?

—Exactamente.

—Así que todas las cosas que no me gustan en mi vida son en realidad mis mejores amigos y profesores clave porque me ayudan a llegar a mi destino, a mi vida ideal — resumí.

—Y a tu persona más elevada. Ya hablaremos más de esto; por ahora basta con que sepas que la vida es esta extraordinaria escuela de crecimiento y que todo lo que te sucede es casi divino. *Es* un

planteamiento verdaderamente asombroso, pero así funciona en realidad nuestro universo —observó el padre Mike.

Hizo una pausa y me miró a los ojos.

—¿Alguna pregunta?

—Bueno, me gustaría escuchar algunos ejemplos de reciclaje. Creo que me ayudarían a detectar los procesos cuando me sucedan.

—Por supuesto. Si la lección que más necesitas aprender en cierta etapa de tu vida es la aceptación, observarás que entra en tu vida una corriente continua de personas que te enloquecen. O si tu lección es acerca de controlar menos, notarás que aparece una serie de gente controladora. Eso me recuerda lo que dijo Buda hace tantos años: «Imagina que todas las personas menos tú son iluminadas. Todas son tus maestros, cada una hace exactamente lo que necesitas para ayudarte a aprender paciencia, sabiduría perfecta, compasión perfecta».

—Son grandes palabras. Pero me sorprende que un sacerdote cite a Buda —dije. —Bueno, Jack, en última instancia mi búsqueda es la búsqueda de la verdad. Y todas las grandes religiones del mundo hablan de la misma verdad. Así que si Buda llegó a un punto de sabiduría digno de ser compartido, me siento impulsado a compartirlo contigo. —Buena respuesta —dije, aplaudiendo como si estuviera en un espectáculo. —Pero volvamos a tu proceso de reciclaje —dijo el padre Mike mientras empezaba a arreglar un sorprendente ramo de flores que habían puesto en una pequeña mesa a la entrada del cuarto donde estábamos—. Si no estás alerta y no sabes que esto es lo que está sucediendo y rehúsas la responsabilidad personal sobre tu papel en los guiones que estás incorporando a tu vida, entonces esa clase de gente —debería decir maestros— continuará apareciendo en tu vida, y cada vez de un modo más doloroso, hasta que veas *tu* papel y *tu* oportunidad de avanzar en cada interacción.

—¿Así que sólo cuando *yo* me hago responsable en cada instancia de mi vida puedo crecer y mi vida puede mejorar? ¿Ese es el mensaje?

—Exacto. Y entonces, y ésta es la parte sorprendente, esa clase de personas y situaciones dejará de manifestarse en tu vida.

—Increíble. Absolutamente increíble.

—Bueno, en realidad la cosa no es tan blanco o negro. Una vez

que recibes una lección, varias cosas pueden suceder. Esta clase de personas puede dejar de aparecer con la frecuencia que lo hacía, porque acudían a ti como maestros y ya está hecho el trabajo. —De acuerdo. ¿Y qué otra posibilidad hay?

—La conducta de esas personas puede cambiar drásticamente, y de súbito te parecerán las personas más amables y amistosas que hayas conocido. —¿Cómo pueden cambiar tan de repente?

—Una explicación es que al dejar de culparlas, como la mayoría de nosotros tiende a hacer en esas situaciones, y al trabajar en ti mismo y apartar los obstáculos que había que apartar en ti mismo, has creado poderosamente un espacio *para que ellos* sean las mejores personas en las situaciones que anteriormente los hacían difíciles. La gente es esencialmente buena, ya sabes. Y si la tratas con amor incondicional y comprensión en lugar de atacarla y culparla, sólo puede responder de manera más amable y espiritual que antes. Ante el verdadero amor y el cariño profundo no hay ser humano que pueda mantenerse al margen de su corazón. Todas las sombras mueren en la luz. Otra explicación es ésta: bailamos con cada persona que nos importa en la vida.

—Oh, basta de baile —dije, riendo un poco.

—Esto es diferente. Este es el baile de la relación y, otra vez, todos lo hacemos. Y, si quieres tener una perspectiva más clara, hasta puedes dibujar un gráfico con el flujo de los bailes que bailas con cada una de las personas significativas en tu vida. Digamos, por ejemplo, que la mujer con quien sales te pide que laves los platos después de cenar. Esto puede ser el desencadenante que ponga en acción el baile. Tu reacción puede ser sentirte controlado por ella e irritarte. Entonces ella puede quedar con el paso cambiado y se sentirá culpable y miserable por haberte herido, lo que manifestará con ira. Y así sigue la cosa. Los dos seguís bailando a destiempo sin ser conscientes de ello. Cada uno lanza recriminaciones al otro lo que es ni más ni menos que sacar a luz heridas del pasado que aún no se han resuelto ni curado. En realidad la mayor parte de esas heridas provienen de la infancia y no tienen relación alguna con la persona con quien estás ahora.

»En muchas relaciones, el mismo baile se sigue repitiendo durante décadas. Y como los dos participantes no son conscientes de ello, y como ninguno de los dos realiza el trabajo interior necesario

para darse cuenta del patrón que está en juego, el baile continúa igual. Y éste es el punto que quiero destacar: puedes cambiar la dinámica completa de una relación apenas dejas de bailar. Apenas reconozcas que ha empezado el baile, simplemente deja de hacer el movimiento que siempre haces, sencillamente deja de lado el patrón completo y opta por la vía más elevada.

—¿Cómo puedo hacerlo? —pregunté.

—Bueno, en el guión que te he propuesto, antes de dejarte llevar por tu reacción habitual de irritarte cuando sientes que te controlan, detente y piensa y elige una alternativa mejor. Cada vez que estés por caer en tu viejo comportamiento derrotista, haz una elección más sabia. Si haces esto, la energía que tenía en ti la vieja conducta se transmutará en poder personal positivo. Y cada vez que lo hagas estarás creando nuevos senderos en tu cerebro que a su vez harán espacio para nuevas conductas que se expresarán en tu vida. Este es el mejor modo de ser más poderoso como ser humano: continuar eligiendo la respuesta mejor y *más cariñosa* en cada situación. Lograrlo será fácil con el tiempo y los resultados serán asombrosos.

—Así pues, en el guión que tenemos, digamos que en lugar de molestarte con tu amiga profundizas en ti mismo y te das cuenta de que en realidad ella no trata de controlarte. Comprendes que estás proyectando en tu amiga la conducta controladora que tu madre solía ejercer contigo. En otras palabras, la irritación que sientes no tiene que ver con tu acompañante actual, sino con algo que nunca has terminado de resolver con tu madre. El que tu amiga te pidiera lavar los platos ha sido sencillamente el desencadenante que te ha hecho retroceder hasta la infancia. Te das cuenta de esto y, al hacerlo, dejas de bailar. Y cuando dejas de bailar con alguien, ¿a qué obliga esto al otro? —Bueno, nadie puede seguir bailando solo —aventuré.

—Exactamente. Así que al cambiar *tu* conducta el otro también debe cambiar la *suya*. Por eso es mucho más eficaz cambiarte a *ti* mismo que dilapidar energías intentando cambiar al *otro*. Y por la misma razón, ver la oportunidad de crecimiento que te ofrece cada situación de tu vida, y asumir la responsabilidad personal en vez de culpar al otro es, en realidad, el mejor modo de influir en otra persona para que cambie.

—¡Lo que usted acaba de compartir conmigo transformará mis relaciones personales! —exclamé.

—Y, por cierto, habrá situaciones en las cuales el otro *ha hecho* algo mal —continuó el padre Mike—. En esas situaciones recuerda solamente que el antídoto del miedo es el amor. Cuando tomas algo de distancia en una situación tensa y ves que la persona que está actuando con dureza en realidad te está implorando ayuda porque está asustada o se siente muy herida, resulta fácil entregar amor. Nunca olvides que inmediatamente antes de que una persona reaccione encolerizada o de una manera no amable, esa persona se ha sentido herida. Es un punto muy importante. Las personas que montan en cólera porque antes han sido heridas necesitan de tu cariño, no de tu condena. Recuerda que si les entregas el amor que toda persona anhela, su mejor persona va a aflorar porque habrás creado un espacio seguro para que pueda brillar. Cuando cambias, los otros cambian automáticamente, porque les has dado un espacio para crecer.

Lo que el padre Mike me había estado diciendo era extraordinariamente poderoso. Y tenía sentido. Mientras más reflexionaba sobre su teoría respecto de la manera de funcionar del mundo, más claro veía que el proceso de reciclaje había intervenido todo el tiempo en mi vida sin que yo lo advirtiera. Había pasado una y otra vez por la misma clase de experiencias y personas. Por ejemplo, en el trabajo siempre iba detrás de clientes que prometían grandes negocios que nunca se concretaban, lo que me provocaba interminables decepciones y costaba grandes sumas de dinero a la agencia. También parecía tropezar con un gran número de personas que me trataban mal; a menudo todo el que interactuaba conmigo un mismo día parecía tener una actitud negativa. Si lo que me decía el padre Mike era verdad, no se trataba de acontecimientos casuales. Eran parte de un guión escrito para mí, parte de una escuela de crecimiento a la cual asistía desde que nací. Y la única razón por la cual esa gente seguía presentándose en mi vida y esos acontecimientos repitiéndose era que *me* faltaba la lección de vida que debía aprender.

Empecé a pensar con mayor profundidad en las personas que poblaban mi vida. Por alguna razón, no dejaba de atraer a chicas

que deseaban una relación más seria que la que estaba dispuesto a ofrecer. Mientras más expresaban esa necesidad, más distante me volvía yo, temeroso de la pérdida de libertad personal que intuía que una verdadera intimidad podría provocar. Quizá, sólo quizás, esto continuaba ocurriendo por una razón: tenía que aprender una lección de este guión que continuaba reciclándose en mi vida.

¿Cuál podría ser la lección? Quizás era tiempo de que abriera el corazón y dejara entrar allí a otro ser humano, con lo cual quizás evolucionaría hacia una persona más amable y cariñosa. ¿Estaba repitiendo un patrón adoptado inconscientemente de la relación de mis padres? Bueno, quizás había llegado la hora de dejar de temer la pérdida de mi libertad y de descubrir que la verdadera alegría de la vida acontece si la compartes con alguien que amas.

Era la primera vez que hacía este tipo de meditación sobre mí mismo. Nunca me había concedido tiempo para profundizar en el análisis de mis rasgos y comportamientos negativos. Parecía un trabajo de detective. Debía tomar conciencia de las partes perdidas de mí mismo. Pero ahora veo que esa es una de las actividades más importantes que puede realizar una persona. Quien verdaderamente no se conoce a sí mismo en realidad no conoce nada. Y quizá la razón de mi accidente automovilístico fue llevarme hacia mi interior.

He comprobado que cuando la vida transcurre sin contratiempos y de forma estable tendemos a vivirla superficialmente. Cuando se vuelve dura y experimentamos una crisis, siempre terminamos efectuando alguna reflexión interior, alguna introspección. Los místicos y sabios del pasado tenían razón cuando afirmaban que las mayores dificultades de la vida son en realidad sus mayores bendiciones porque sirven para que profundicemos en nosotros mismos y así abrirnos a una experiencia más amplia del vivir. Los fracasos siempre desembocan en avances decisivos.

Mientras más lo pienso, más distingo los patrones recurrentes de mi vida. Al parecer he atraído a mi vida una cantidad enorme de personas que han expresado las cosas de una manera que ha herido mis sentimientos. Quizá todo se ha desarrollado de ese modo porque debía aprender una lección de vida. También es posible, reflexionaba, que necesitara mejorar mi autoestima y encajar las cosas de una manera menos personal.

De pronto surgió mi vena escéptica y me pregunté si en la vida efectivamente funcionaban así las cosas. Quizás el padre Mike, por más bienintencionado que fuera, era un soñador, magnífico para exponer interesantes teorías pero distantes de la realidad de este mundo. Entonces otra vez impactó en mi conciencia esa palabra: *confía*. En lo más profundo de mi ser sabía que decía la verdad. Y eso era todo lo que necesitaba saber.

—Muy bien, amigo —dijo el padre Mike, interrumpiendo mi ensimismamiento. Cogió mi mochila y me guió por una escalerilla circular—. Basta por hoy. Te voy a mostrar tu cuarto. Te va a gustar la vista. Da sobre toda la ciudad de Roma. Por las noches podrás contemplar las estrellas fugaces. Será tu hogar durante un mes. Y, antes de que se me olvide, ésta es la llave.

El padre Mike me entregó una llave dorada sujeta a una placa metálica y me hizo pasar a la habitación de huéspedes. Era pequeña, con un mínimo de muebles y escrupulosamente limpia. Una sola gerbera, la flor de la felicidad, descansaba en un vaso de plata sobre la mesilla de noche. Y la vista era espectacular, como me había anunciado. Me volví hacia el padre Mike para agradecerle la generosidad de espíritu, pero ya se había marchado. Entonces observé la placa sujeta a la llave. Tenía una inscripción. Decía lo siguiente:

«Los únicos demonios del mundo son los que habitan en nuestro corazón.
»Allí debería librarse el combate.»

Mahatma Gandhi

4

Para que seas tú mismo

«Con la mayor facilidad podemos perdonar a un niño que teme la oscuridad. Que un adulto tema la luz es la verdadera tragedia de la vida.»

Platón

«Tras todas las cosas hay algo más vasto; todo es sólo sendero, portal o ventana que se abre a algo distinto de sí mismo.»

Antoine de Saint-Exupéry

Dormí más profundamente que en mucho tiempo y tuve un sueño maravilloso, que era niño otra vez, lleno de alegría, pasión e inocencia. Bailaba descalzo en una pequeña pradera de montaña, rodeada de picos nevados y valles floridos. Escuchaba la risa y los juegos de otros niños mientras bailaba entregado a la maravilla del momento. La felicidad inundaba mi corazón, mi mente estaba sosegada, estaba completamente en paz.

Me despertó una mano amable. Era la del padre Mike. Sonreía y le brillaban los ojos mientras expresaba su gratitud por la hermosa mañana que se desplegaba afuera. —Es un día precioso, Jack —me dijo—. No nos perdamos un instante. Tengo tanto que compartir contigo. ¿Por qué no te vistes y nos reunimos abajo? Podemos desayunar rápidamente y luego sentarnos fuera, en la escalinata del atrio.

—Perfecto —contesté—. Tengo varias preguntas que me gustaría hacerle, todas ellas relacionadas con la conversación de ayer.

—Perfecto —repitió el padre Mike.

En verdad era una mañana magnífica y la escalinata de la catedral era un lugar estupendo para sentarse. El olor de las rosas resultaba fascinante. La observación de la gente que caminaba por la calle ahondaba mi conexión con la antigua ciudad de Roma, donde tanta sabiduría del mundo se había creado.

—Ayer, padre Mike, me dijo que la vida es una escuela de crecimiento. Cada persona y cada experiencia nos llega para enseñarnos la lección que más necesitamos en ese momento particular de nuestro viaje. Podemos abrir los ojos ante este acto de la naturaleza o bien podemos cerrarlos, sólo que si hacemos esto último continuaremos repitiendo los errores del pasado hasta que el dolor se torne tan grande que no tengamos más opción que cambiar.

—Es un buen resumen —dijo el padre Mike, mientras mordía una rodaja de pan recién horneado cubierta con queso gorgonzola —. Muy pronto el estudiante se convertirá en profesor —agregó, alentándome.

—Bueno, pero me pregunto si todo el mundo debe seguir el plan de estudio que usted menciona. ¿Cada uno de nosotros tiene que aprender las mismas lecciones y seguir los mismos cursos en esta escuela de crecimiento?

—Muy buena pregunta, Jack. Te irá bien conmigo, seguro —dijo el padre Mike mientras tomábamos el sol. Era uno de esos días en que a pesar del resplandor del astro rey se podía ver la luna en el cielo azul.

—Contestando tu pregunta, cada persona en este planeta tiene asignado un plan de estudio distinto, su aprendizaje personal si lo quieres así. Las lecciones que necesito aprender en mi vida, por ejemplo, probablemente son muy distintas a las destinadas a ti. Es posible que mi plan de estudio esté diseñado para enseñarme a ser menos crítico y aceptar más. Y mis lecciones de vida pueden versar sobre ser más generoso, sobre abandonar todo control y toda necesidad de control para entregarme al flujo de la vida.

»Por otra parte —continuó el padre Mike—, tu plan de estudio puede estar diseñado para enseñarte a distanciarte de la cabeza y vivir más según los dictados del corazón, para vivir en el momento y *sentir* más que pensar todo el tiempo. Quiza tenga que ver con que te liberes de estar centrado en ti mismo y dejes de pensar sólo

en competir para dedicarte a ayudar a los demás desinteresadamente. Tu jornada de aprendizaje puede ser acerca de ver lo bueno en cada uno en lugar de concentrarte en sus debilidades. Incluso puede ser acerca de conocer tu propio valor personal y no dejar que nadie te haga sentir inferior.

Qué perspicaz, pensé. Parecía que el hombre conocía mis problemas más profundamente enquistados y mis luchas interiores más personales. Actuaba de manera magistral. Mi madre tenía un don semejante. Gran parte de su forma de afrontar la vida se apoyaba en la intuición. Sencillamente *sabía* qué hacer en cualquier situación y confiaba en este conocimiento con todo su corazón. Yo siempre había elegido guiándome por la razón y la lógica y de pronto advertí que mamá provenía de un lugar más sabio y más profundo.

—En cualquier caso —prosiguió el padre Mike sin dejar de comer pan—, todo lo que intentaba comunicarte ayer era que cada acontecimiento y cada persona que ingresa en tu vida lo hace por una razón. Recuerda que *no hay coincidencias*. El mundo es un radar gigantesco, detecta nuestras necesidades de crecimiento y luego nos envía las personas y acontecimientos necesarios para la promoción de nuestro crecimiento. Un punto de sabiduría, relacionado con esto, es que la gente es en nuestra vida un espejo que refleja las partes brillantes y las oscuras de nosotros mismos.

—¿Habla en serio? —pregunté.

—Sí. No podrías apreciar las grandes cualidades de otra persona si no tuvieras esas cualidades en ti mismo.

—Me parece que eso tiene sentido. No sería capaz de reconocer algo bueno en alguien si no tuviera idea de qué es.

—Correcto. Si nunca has visto qué aspecto tiene el caviar, no serías capaz de reconocerlo en el plato de otra persona en una cena. De igual modo, si no has reconocido y poseído un rasgo positivo o un talento en ti mismo, es imposible que lo veas en otro. Si no sabes lo que es amar verdaderamente a otro, por ejemplo, no hay manera de que adviertas si alguien te está amando. Si careces de un don personal —por ejemplo de un poderoso intelecto— no podrás apreciarlo en nadie. Apreciar algo grande en otra persona es apreciar esa grandeza en ti mismo. Debo mencionar que este principio también vale para las cualidades negativas que no

soportas en los demás.

—¿A qué se refiere?

—Bueno —contestó el padre Mike—, si crees que una persona está furiosa, antes tienes que saber qué aspecto tiene la furia. Si piensas que alguien ha montado en cólera tienes que sentir cólera en ti mismo. Si percibes que alguien es egoísta tienes que poseer algún egoísmo en ti mismo. Si llamas manipulador a alguien, debe haber también un aspecto manipulador en ti. De otro modo no habría manera de que pudieras reconocer esas cualidades. Toda la vida es una proyección. Como un enorme proyector de cine, proyectamos en el mundo exterior lo que somos en nuestro mundo interior. *Cosechamos lo que proyectamos*.

—Fascinante —dije—. ¿Me podría dar un breve ejemplo?

—Por supuesto. Supongamos que estás en una tienda de discos. Estás en una de las que permiten escuchar las últimas grabaciones y estás disfrutando con lo que escuchas. Pero de pronto se acerca uno de los empleados de la tienda y te pide que dejes de escuchar porque no puedes estar escuchando tanto tiempo. Te lo pide de manera descortés y alzando la voz. Si le respondes dando gritos, me parece que hay *en ti* algo que necesita de observación y cura.

—¡Pero él fue descortés *conmigo*! —exclamé—. Yo no empecé.

—Jack, no puedes obtener algo de la nada. Todo lo que sale de ti es lo que tienes dentro. No puedes sacar zumo de tomate de un limón. El que ese hombre te enfurezca al presionarte significa que en ti hay una cólera anterior. ¿Correcto?

—Tengo que aceptar que eso tiene sentido.

—Ese hombre puso en acción una parte de ti que está furiosa. Si no la controlas, te controlará a ti. Esa vieja furia estaba allí incluso antes que ese hombre ingresara en tu vida, era lo que llamo *una condición preexistente*. Necesitas ver eso y hacerte responsable de eso y no culparle. Él fue sólo un agente catalizador. Se parece a lo que escribió una vez el filósofo francés Antoine de Saint-Exupéry: «Ningún acontecimiento individual puede despertar en nosotros a un extraño totalmente desconocido para nosotros. Vivir es nacer lentamente». Así que la manera inteligente de considerar el suceso de la tienda de música es como si el vendedor fuera un gran regalo. Hay una enorme oportunidad para crecer y evolucionar en esa situación si eres sabio con ella. Gracias a su conducta descortés te

ha presentado una parte de ti mismo que se había mantenido al margen de tu conciencia.

El padre Mike respiró hondo y continuó.

—Carl Jung escribió que «todo lo que nos molesta en los demás nos puede conducir a la comprensión de nosotros mismos». Ten valor y la madurez entonces para efectuar el trabajo interior requerido para liberar tu rabia preexistente y desplazarla a un espacio de amor. Esa es la meta que todos necesitamos fijarnos: ser nada más que puro amor. Porque una persona que no es más que amor encarnado sólo puede ver puro amor cuando mira a otra persona. Sé que no es un proceso que se pueda hacer rápidamente. En muchos sentidos es un ideal que hay que perseguir. Para muchos el peso de la ira y el temor al amor completo y a la aceptación puede ocupar toda una vida de trabajo interior. En realidad, de esto se trata el viaje de la vida: de localizar nuestras áreas débiles y curarlas para que finalmente podamos hallar nuestra mejor persona. Es el único camino a seguir si tu objetivo es la paz y la libertad perdurables. No hay otra opción.

El padre Mike se puso de pie de pronto y dijo:

—Vamos. Hoy es un día para divertirse. Sólo estudio y ningún juego no es la manera de hacer las cosas. He descubierto que el descubrimiento de uno mismo y el crecimiento personal se alcanzan mucho mejor con una actitud de diversión y de aventura. La vida es demasiado breve para que sólo sea seria. Jugaremos a turistas. Quiero llevarte al Coliseo y a otros lugares famosos de Roma. Y a mediodía haremos una merienda campestre. Hasta he traído un poco de vino italiano para ti —dijo, con un guiño.

Y tras estas palabras, este asombroso sacerdote bajó corriendo la escalinata de la catedral oliendo las rosas mientras descendía. Sin pensármelo dos veces le seguí. Sabía que sus enseñanzas me ayudarían a conocerme.

Conforme pasaban los días más me encariñaba con el padre Mike. Era un hombre brillante, me enseñaba cosas de la vida que nunca había escuchado y me entrenaba para elevarla a su más alto nivel. Pero más importante aún: era afectuoso. Comprendía la naturaleza humana y sentía que me comprendía a mí. Sabía que los cambios personales hacen emerger nuestros más antiguos y profundos demonios. A medida que avanzamos hacia la luz,

nuestros aspectos oscuros salen a la superficie y una parte de nosotros lucha por no crecer, aferrándose a viejos modos de pensar, sentir y actuar. Conforme estamos más cerca del amor, nuestros mayores temores irrumpen con fuerza. El padre Mike me apoyaba con bondad a medida que adoptaba su filosofía y avanzaba hacia mi vida mejor. Me recordaba mi magnificencia y el poder que cada uno de nosotros tiene para forjar el destino en los momentos de cada día. El cielo me había concedido ese tiempo con él.

Una mañana, mientras desayunábamos en una terraza situada en un ala de la catedral, el padre Mike me dijo algo que me sorprendió. Fue durante la segunda semana que estuve con él y ya me sentía feliz con todas las mejoras que conseguía como resultado de las ideas y herramientas que había compartido conmigo. Una gran paz había crecido en mi interior y yo empezaba a mirar todos mis rasgos negativos y a aceptarlos por lo que eran: un lado oscuro mío que necesitaba ser curado para que mi luz pudiera brillar. Me sentía más feliz y saludable que nunca y empezaba a creer que nuestro mundo verdaderamente se despliega según un plan mayor, un plan que tenía en cuenta mis intereses. Comenzaba a ser un solvente estudiante de la escuela de crecimiento de la vida y me despojaba de mis viejas conductas tal como una oruga se despoja de su capullo al volverse mariposa.

—Ya ve, padre Mike —le dije alegremente mientras mordía un cruasán—, este asunto del mejoramiento de uno mismo funciona verdaderamente. Siempre creí que era una pérdida de tiempo. Pero debo admitir que de verdad estoy sintiendo unos cambios asombrosos dentro de mí mismo.

—La expresión *mejoramiento de uno mismo* me parece una tontería —me contestó el padre Mike, que contemplaba la ciudad aún dormida—. Insinúa que la gente está rota y necesita un arreglo. Pero nada podría estar más lejos de la verdad. ¡Nada! Cada uno es perfecto en lo más profundo de su ser. Sólo tenemos que atravesar diversas capas para volver a nuestra perfección.

—Creía que usted, como sacerdote y entrenador de mi vida, haría todo lo posible para alentarme a mejorar, para vivir de manera más noble y existir de un modo más sabio, para ser mejor, más afectuoso, un ser humano más amable. ¿Qué puede haber de malo en la noción de mejoramiento de uno mismo? —le pregunté,

jugando a abogado del diablo.

—Es un error, eso es lo malo —me respondió con mayor convicción todavía, alzando la voz apasionadamente—. El viaje de la vida no tiene que ver con el *mejoramiento de uno*, Jack. Tiene que ver, y este punto es extraordinariamente importante, Jack, con *recordarse* a uno. Quienes queremos hallar nuestra vida mejor y manifestar los deseos de nuestro corazón, tenemos que avanzar por la senda del descubrimiento interior, no por la del cambio exterior. La verdadera meta de la vida es la revelación de uno mismo: revelar tu mejor persona en tu persona habitual y entonces ver el mundo a través de un nuevo par de ojos.

—Pero si nadie necesita mejorar, ¿por qué el mundo anda tan mal? ¿Por qué hay tanto mal en el mundo? ¿Por qué hay guerras, gente sin hogar y niños hambrientos? ¿Por qué hay tanto odio y tanta escasez de amor?

—Poco a poco, Jack. Todo lo que he dicho es que nadie necesita mejorar lo que ya es. Esa clase de pensamiento sólo consigue que la gente se sienta más culpable que antes. Por ejemplo, tú, buen amigo, ya eres perfecto.

—¿En serio?

—Sí.

—Entonces ¿por qué estoy aquí, como su alumno?

—Para descubrirte a ti mismo, no para mejorarte a ti mismo —afirmó enfáticamente —. Por eso estamos en este planeta. Es una distinción sutil, pero esencial. No te voy a decir que cambies o mejores o que actúes como otro. Nunca te pediría tal cosa. Todo este tiempo lo empleo en ayudarte a que te reveles a ti mismo tu propia persona, para que te conozcas por primera vez a ti mismo. Este sendero que recorres no constituye un viaje a una tierra distante. Te lleva de retorno a un lugar que ya has conocido, pero que has olvidado en el camino, pues los que te han rodeado han hecho todo por alejarte de tu esencia. En realidad es un viaje de vuelta a casa, a la grandeza natural y a la perfección que tenías al nacer. T. S. Eliot lo dice muy bien: «No cesaremos en la exploración/Y el fin de todo nuestro explorar/será llegar a donde empezamos/Y conocer el lugar por primera vez».

—Palabras llenas de sentido.

—Y exactas —agregó el padre Mike—. La vida sólo es un viaje

de vuelta a casa. Verás, Jack, la grandeza, en muchos sentidos, no es más que la recuperación de los dones que perdiste al crecer. Vivir tu vida mejor es verdaderamente recuperar lo que has abandonado.

—Un hermoso modo de ver las cosas —comenté.

—Es cierto. De niño conocías todos tus dones. Eras inocente y puro, inmensamente creativo y terriblemente apasionado. Tu imaginación no conocía límites y tampoco tus sueños. Confiabas en los demás y tenías fe en ti mismo. No tenías la necesidad que tienen los adultos: tener todo bajo control. Expresabas tu verdadera esencia personal sin temor a represalias y dejabas brillar tu luz en libertad. Vivías enteramente en el momento y saboreabas cada sencillo don que nuestra vida nos entrega regularmente. Te gustaban los copos de nieve y las arañas, cantar y soñar, un buen abrazo y una taza humeante de chocolate. El mundo era abundante, un lugar de posibilidades ilimitadas y un socio preparado para tus éxitos auténticos. Pero entonces ocurrió algo.

—¿Qué? —pregunté, muy interesado.

—Bueno, para decirlo de forma drástica, cometiste un delito. En realidad cometiste el delito más serio que puede cometer un ser humano.

Me sentía incómodo. El padre Mike me miró sumamente serio y dijo: —Empezaste a traicionarte. Renunciaste a tu verdadero ser y preferiste las creencias de tu tribu.

—¿Mi tribu?

—Sí, Jack. La sociedad es tu tribu. Empezaste a adoptar creencias de otros acerca del modo cómo funciona el mundo y sobre la naturaleza de tu papel en él. Clausuraste tus hermosos sentimientos y empezaste a vivir en tu mente. Pasabas el día racionalizando, juzgando, preocupándote en lugar de estar jugando, saltando o bailando. Te convertiste en alguien dedicado a complacer, pensando, actuando y comportándote de un modo que no era el tuyo sino elegido por quienes te rodeaban, tus padres, maestros y amigos. De este modo predominó el proceso de socialización y tu magnificencia personal se empezó a ocultar. Hacías lo que te decían, actuabas como si te dieran instrucciones y pensabas tal como la gente te enseñaba a pensar.

—Y al hacer eso, empecé a vivir dentro de una caja, por decirlo así —agregué. —Precisamente. Cuando mueras, tendrás bastante

tiempo para estar dentro de una caja… ¿Para qué vivir así mientras estás vivo?

—Interesante punto —respondí, captando la imagen que mi sabio maestro había creado—. Pero seguramente usted no está diciendo que es malo que los padres enseñen modales y a ser responsables a sus hijos. ¿O no le parece que los maestros deben mostrar disciplina y los adultos poner límites?

—Sí y no. Por supuesto que es importante que los padres y los profesores guíen a los niños. Sin disciplina y sin límites saludables un niño estaría perdido. Pero la vida es asunto de equilibrio y éste es uno de los principios más importantes que te puedo enseñar. Por supuesto que un niño necesita aprender a comportarse bien y sin duda necesita que le enseñen los límites. Algunos límites son esenciales para la conducta de un niño, pero ningún límite que afecte el *espíritu* del niño lo es.

—Creo que comprendo.

—¿Puedo recurrir a tu experiencia de niño por un momento?

—Seguro, padre Mike —dije, y me acomodé en la silla.

—Apuesto que después de los tres o cuatro años, la mayor parte del tiempo te comportabas de forma que tu madre o tu padre o tus profesores estuvieran orgullosos de ti. Todo niño necesita amor y anhela aprobación, así que empezaste a traicionarte, a actuar de manera poco auténtica con tal de que las personas que amabas estuvieran felices. Creíste que el mejor modo de asegurar su amor era actuando del modo que ellos querían que actuaras. En lugar de cantar a viva voz en el supermercado y dejar que tu verdadera persona se revelara al mundo, cantabas en voz baja para que tu madre no se molestara contigo.

—Y desde entonces he cantado en voz baja, por decirlo así —observé, valorando en todo lo que valía la sabiduría que escuchaba.

—Correcto. ¿Qué dijo Thoreau?: «La mayoría de la gente muere con su música todavía en su interior».

—También dijo: «Si un hombre no sigue el ritmo de sus compañeros, quizá sea porque escucha un tambor distinto. Dejadlo que marche según la música que escucha, por más mesurada y distante que sea» —agregué, recordando las palabras de este gran filósofo estadounidense, cuya vida había estudiado en la escuela.

—Hermoso —dijo el padre Mike con los ojos cerrados,

empapándose de la sabiduría de las palabras que había enunciado —. Todos necesitamos dar permiso a todos los que nos rodean de ser su verdadera persona. Debemos, como sugieres, dejar que la gente marche a su propio ritmo y se sienta segura por ser verdadera alrededor de nosotros. De eso trata el amor *incondicional*, de alentar las pasiones, amores y sueños de la gente, aunque no estés de acuerdo con ellos. Y esas palabras poderosas que me acabas de citar me hacen pensar en un antiguo verso sánscrito que dice: «La primavera ha pasado, el verano se ha marchado y la primavera está aquí. Y la canción que debía cantar sigue sin cantarse». La mayoría de la gente muere con la canción de su vida sin haber sido cantada. No logran vivir la vida estupenda que debían vivir. Y eso no sólo es un gran perjuicio para nosotros: es un gran perjuicio para el mundo.

El padre Mike bebió un sorbo de su capuchino y continuó hablando. —Cuando vivimos nuestra vida mejor, nuestra vida verdadera, auténtica, conseguimos *todo* nuestro brillo. Y cuando nos mostramos al mundo de ese modo, el mundo se beneficia por todas las cosas que hacemos. Esto es como lo que escribió Pablo Coelho, autor de ese libro increíble, *El alquimista*: «El mundo será mejor o peor según seamos mejores o peores».

—¡Dios mío! ¡Es una forma estupenda de ver las cosas! — exclamé, apasionadamente.

—Por desgracia —continuó el padre Mike—, la mayoría de la gente nunca ve esto. Nunca se da cuenta que su vida significa mucho para el mundo. Tendrían que tener el valor de ser lo que verdaderamente son. Y entonces, Jack, su hermosa vida se convierte en una charada. Muchos de nosotros no vivimos según nuestra propia verdad. Vivimos la vida de nuestra madre, de nuestro padre, o incluso la vida del sacerdote, en lugar de tener el valor de vivir la vida que nos estaba destinada a nosotros. A mí me parece el peor pecado.

—Le escucho, padre —dije, respetuosamente.

—En lugar de soñar con ser astronauta o poeta o estadista, me parece que puedo apostar que a medida que creciste te resignaste a ser algo que tu profesor te dijo que sería más práctico para ti. En lugar de ser auténtico y decir lo que en realidad debías decir en una situación dada, empezaste a usar una máscara social y a pensar, sentir y actuar según lo que otros te decían que era el modo

adecuado de pensar, sentir y actuar. Empezaste a negarte a ti mismo. Te convertiste en un «gran simulador». En lo fundamental, ahogaste la expresión de ti mismo y perdiste la voz.

—Muy cierto —admití.

—Y al no expresarte ni expresar tu verdad, perdiste la voz que expresa el verdadero tú al mundo. Y una persona sin expresión de sí misma es una persona sin libertad personal. Una persona que no muestra genuinamente lo que es al mundo se vuelve invisible, mera invención de su ser verdadero.

—Me traicioné a mí mismo —acepté, y con eso declaraba que comprendía el concepto.

El padre Mike asintió.

—Y mientras más perdías de vista tu verdadera magnificencia natural y quien realmente eras, más te convertías en quien realmente no eres. Y mientras actuabas de esa manera, menos respeto te tenías. Tu autoestima empezó a disminuir de una manera profunda. Y día a día la parte más profunda de ti se empezó a desconectar y a cortar toda relación con tu verdadero tú. Olvidamos que una gran vida es una vida auténtica. Como ha dicho el poeta David White: «El alma más bien fracasará en su propia vida que tendrá éxito como la vida de otro». Y no obstante olvidamos la verdad. Esto mata a una persona, Jack. Una parte de ella empieza a morir.

—Entonces, ¿por qué lo hacemos? ¿Por qué no le ponemos remedio? —pregunté. —Por miedo. Primero tememos ser diferentes. Queremos ser parte de la tribu, ser parte de la comunidad. En nuestro mundo se da mucho valor a hacer lo que todo el mundo hace y a pensar lo que piensa todo el mundo. *¿Qué van a pensar mis amigos si voy por mi propio camino y no acepto el suyo?* Eso nos preguntamos. *¿Qué pensarán los vecinos si el pequeño Johnny quiere ser poeta y no médico?* Eso se preguntan nuestros padres. Y al pensar así, como padres, jugamos a Dios con nuestros hijos, lo que es triste de hacer a un ser humano. En lugar de creer en ellos y crear un contexto que permita que se desarrolle su verdadera persona, decimos a los niños lo que deben hacer cuando crezcan para impresionar al vecino. La verdad es que los padres hacen esto por sus *propios* miedos. Los padres dicen a los niños que deben ser médicos o abogados o casarse con la persona adecuada, porque

temen parecer unos fracasados si sus hijos no tienen «éxito» según define el éxito nuestra sociedad.

»¿Pero qué es el éxito, al fin y al cabo? Para mí, *el éxito no es otra cosa que vivir la vida según la propia verdad y en tus propios términos*. Es practicar los valores que apelan a lo mejor que hay en ti, sin que importen las presiones de la sociedad. El éxito es vivir tu vida en el proceso de crear y concretar lo que más vale para ti, no lo que más importa a nadie. Así han actuado los pesos pesados espirituales que han recorrido el planeta antes que tú. Y eso es lo que te recomiendo. Confía en mí. Este solo punto de sabiduría, si lo integras en cada uno de los días que te quedan, te permitirá vivir una vida extraordinaria.

El padre Mike hizo una pausa, miró un momento el cielo como si buscara allí una guía, y continuó.

—La segunda razón por la que nos traicionamos o pedimos prestado el sendero de otra vida es que tememos nuestra propia luz.

—¿Qué significa eso?

—Jack, cualquier persona de este planeta posee más poder dormitando en su interior que el que podemos imaginar. Si sólo supiéramos lo magníficos y poderosos que somos, nos adoraríamos cada día. Tenemos que acudir al altar de nuestra vida y rendirnos honores diariamente. Tenemos que amarnos enteramente y ser los héroes e ídolos de nuestra vida. Así no tendríamos los miedos que tenemos ni nos limitaríamos como lo hacemos. Es triste, pero el poder que tenemos en nuestro interior también nos asusta. El gran talento viene acompañado de una gran responsabilidad. En un nivel profundo dentro de nosotros nos preguntamos si podremos manejar el asombroso potencial que existe en nuestro interior y tememos la culpa que sentimos si desaprovechamos o manejamos mal nuestro poder natural.

—Entonces lo negamos —observé—. Y al hacerlo, me parece que también negamos nuestro destino.

—Muy bien dicho, joven Jack. Muy bien —dijo el padre Mike, claramente impresionado por mi participación en la conversación —. Caemos en lo que los psicólogos llaman *negación*. Este es un mecanismo de defensa que todo ser humano emplea para evitar el dolor de la verdad. Lo que todos hacemos es crear una historia o utilizar un lenguaje fuerte. Nos mentimos a nosotros mismos y

después nos engañamos creyendo que eso era verdad aunque nuestra alma sepa que es mentira. —Caramba.

—La negación opera a un nivel por debajo de la conciencia, así que ni siquiera sabemos lo que hacemos. Sí, como dices, negamos nuestra luz. Pero que también negamos nuestra oscuridad es igualmente trágico. Cada uno de nosotros tiene esa parte oculta, esa persona en la sombra a que he aludido estos días, un segmento de nosotros que no queremos reconocer, porque hacerlo nos avergonzaría. Es la parte de nosotros que siente envidia cuando otro tiene éxito, que trata de atesorar cuando otro necesita, que actúa criticando cuando se debería ofrecer amor, que actúa controlando cuando debería apoyar, que prefiere la competencia cuando debería ver que todos estamos conectados y cuando uno gana todos ganan. Cada persona del planeta tiene una porción de nosotros que ocultamos del mundo. Nuestra búsqueda interminable por parecer perfectos hace que la ocultemos en una caja oscura. En realidad negamos su misma existencia y, al hacerlo, negamos una parte de nosotros mismos.

—He pensado mucho en esa noción desde que estoy con usted —dije. —Muy bien, Jack. Pero hay más. Como negamos una parte de nosotros, nunca estamos plenamente vivos. Mostrar liderazgo en la vida implica tener la fortaleza interior para aceptar *cada* parte de uno mismo, las partes que te gustan y las que no te gustan. Una vez que lo haces, vas a desarrollar un reconocimiento de tu ser que te permitirá conectarte con tu mejor vida muy pronto. Recuperarás tu integridad, y eso es estar saludable. Pero muy pocos lo consiguen. Es mucho más fácil negar nuestras partes imperfectas, presentarnos al mundo sin fallos y usar la máscara de la perfección. Y aunque en lo más profundo de nuestro ser sepamos que es mentira, no dejamos de hacerlo.

—Así que esta noción de negación nos mantiene atrapados en cierto sentido en una mentira.

—Eso es exactamente lo que sucede. De esto trata la negación: de mentirte a ti mismo para evitar el dolor de adueñarte de la verdad. En un nivel profundo, dejas de ser íntegro. Por supuesto que sabes hablar como alguien de gran integridad, y te dices a ti mismo que eres una persona de altos valores morales. Pero si de verdad quieres ser honesto contigo tienes que empezar por ver tu

negación. Tienes que empezar por advertir cada ocasión en que dices pequeñas mentiras o juegas con la ética. Te convences de que eres impecablemente honesto. ¿Pero es así? Y crees que nadie lo advierte, pero hay alguien que ve cada pensamiento, acto y sentimiento. Y ese alguien eres *tú*.

—Cada uno tiene un alma que sabe lo que significa ser un ser humano decente, afectuoso y noble. Todos tenemos un lugar profundo que *sabe*. Cuando haces algo mal, puedes tratar de engañarte racionalizando en un nivel consciente. Puedes crear toda una historia sobre cómo el mundo carece de integridad y tú eras la víctima. Puedes elaborar toda una argumentación sobre que otro merecía lo que te hicieron a ti y sobre que actuaste con dureza para enseñarles una lección. Pero tu responsabilidad no es servir de policía del universo. Tu tarea es ser un líder en tu propia vida asumiendo las lecciones que esta escuela de crecimiento de la vida te está proporcionando, y al actuar así evolucionar hacia tu auténtica y mejor persona.

—De acuerdo —dije, tratando de asimilarlo todo—, ¿está bien decir que ésta es una guerra de autenticidad? O más exactamente, ¿es una batalla por la integridad, pues a partir del momento que actuamos de una forma que no es congruente con lo que realmente somos, hemos perdido la integridad?

—Es evidente, Jack. Hay un concepto extraordinariamente poderoso, que llamo la Brecha de Integridad. En pocas palabras, mientras mayor sea la brecha que haya entre lo que eres interiormente, en tu persona verdadera, y la manera como te conduces fuera, en tu persona social, mayor es la infelicidad que sentirás en la vida. Como observó hace muchos años Ashley Montagu: «La derrota personal más profunda que sufren los seres humanos está constituida por la diferencia entre lo que uno es capaz de ser y lo que efectivamente es». La razón principal del malestar espiritual de tantos millones de personas en nuestro mundo actual proviene de esta Brecha de Integridad que llevan consigo en cada instante. Se están traicionando a sí mismos y no dejan que su verdadera esencia resplandezca en el mundo. Y es evidente que las partes más profundas y mejores de cada uno la conocen.

—Mi madre solía decirme: «Jack, lo que eres como persona me

habla en voz tan alta que no alcanzo a escuchar lo que dices» —comenté.

—Una mujer sabia. Y tenía razón. Todos debemos dejar que la vida hable por sí misma. Lo que eres como persona y la manera cómo te muestras en la vida lo dice todo. Y necesitas ser honesto contigo mismo, pues en caso contrario todo te atrapa.

»Es un planteamiento tan hermoso —dijo el padre Mike y enseguida sonrió. —¿Por qué se ríe?

—Porque el mundo opera con tan extraordinaria inteligencia y el diseño del universo es tan perfecto que sólo me puedo reír al ver que creemos que lo controlamos… Pero si está todo orquestado. Piensa un minuto en ello —dijo, sin apartar la vista de mi mirada —. Tienes todo este potencial dormitando en tu interior. Tienes ciertos valores que prefieres. Tienes algunas maneras de pensar, de sentir y de actuar que son parte de lo que te hace único en el planeta. Tienes ciertas pasiones y preferencias que te hacen feliz. Y ciertos sueños de vida que están codificados en ti tan profundamente como el ADN. Todas estas cosas son aspectos de tu verdadera persona. Y si te apartas de una vida que refleje estos aspectos —porque no brillas en el mundo al no hacer las cosas que amas, al no vivir de acuerdo a tus valores más importantes, al no sentir tus sentimientos ni hablar conforme a tu verdad— te vas cerrando lentamente. Mengua tu autoestima y se te empieza a marchitar el alma. Aumenta la cantidad de infelicidad que experimentas. Tienes menos energía, decrece tu creatividad, careces de pasión.

—Así que el malestar que siento es un don —dije, deduciendo una gran intuición. —*Eres* inteligente —dijo el padre Mike, aplaudiendo, orgulloso—. ¡Eso es! Toda la insatisfacción que sientes, en verdad no es más que tu vida mejor, tu destino, que golpea a la puerta de tu vida actual. El dolor que sientes en tu núcleo interior es tu espíritu, que te dice que despiertes y te pongas en camino para ser congruente y auténtico y la persona que verdaderamente eres. Hermann Hesse escribe en *Demián*: «Cada hombre sólo tiene una vocación genuina, hallar el camino hacia sí mismo… Su tarea era descubrir su propio destino, no uno arbitrario, y vivirlo por entero y resueltamente en sí mismo. Cualquier otra cosa sólo era una existencia secundaria, un intento

de evasión, un retroceso hacia las ideas de las masas, conformidad y miedo a la propia interioridad». Lo triste es que la mayoría de las personas no presta atención a este malestar, a este vacío, a este anhelo interior que existe en ellos, a este llamado universal a despertar y descubrir la mejor persona. Creen que su infelicidad es natural.

—¿Y cómo alineo mi mundo exterior con mi mundo interior? —pregunté. —Cada día tienes que dar pasos conscientes para salvar la Brecha de Integridad, Jack. Si lo haces, vas a recuperar la persona que verdaderamente eres. Y cuando suceda eso la grandeza impregnará cada dimensión de tu vida.

—¿Por dónde empiezo?

—Primero tienes que profundizar en ti mismo y empezar el proceso de conocerte. El conocimiento de uno mismo es el punto de partida de la excelencia personal. Detecta tus valores más importantes, decide cómo conducir tu vida y piensa en qué te hace feliz. Ten claro qué estándares necesitas para vivir tu vida para no engañarte a ti mismo y después articula cómo actuarás en el mundo si realmente piensas, actúas y sientes de manera auténtica. ¿Qué aspecto tendrá todo? ¿Qué cosas ya no vas a tolerar? ¿En qué actividades ya no vas a participar y qué personas vas a apartar conscientemente de tu vida?

—Interesantes preguntas —observé.

—Te sugiero que escribas lo que descubres en ese diario que te regalé el primer día para que vayas desarrollando un diálogo contigo mismo. Es muy importante conversar con uno mismo si quieres llegar a conocerte de verdad. El paso siguiente es actuar cada día para poner de manifiesto tu verdadera persona en el mundo, para cerrar la Brecha de Integridad. Empieza a vivir la vida en tus propios términos.

—Cerrar la brecha —repetí.

—Sí, sé auténtico, verdadero, sé tú mismo. En cuanto lo hagas, tu autoestima crecerá y alcanzarás un alto grado de confianza. Ni siquiera sabrás qué sucede. Todo sucederá en un nivel subconsciente profundo. Pero empezarás a apreciar grandes cambios en la manera cómo actúas cuando tu persona *social* sea el espejo de tu *verdadera* persona. Dispondrás de cantidades increíbles de energía y notarás que resultas más creativo que nunca. Verás que

tienes una honda sensación de alegría y de paz. Ser verdadero contigo te eleva la vida a un nuevo nivel y despierta tu mejor persona. Desde un ángulo metafísico, cuando alineas tu mundo exterior con tu mundo interior, el viento del universo impulsa tus alas y te envía más de sus tesoros.

—Reúnete conmigo en la nave central mañana a las siete de la mañana. Tengo que mostrarte algo —dijo el padre Mike en tono misterioso y poniéndose de pie —. Basta por hoy. Te he dado mucho en qué pensar, así que te propongo que vayas a tu cuarto y escribas en el diario. Anota lo que has aprendido de mí y lo que has descubierto sobre ti mismo. Sé que esto te será sumamente útil.

Y, con esto, se marchó y me dejó lleno de pensamientos y con una sensación de esperanza que no había sentido en años.

5

El vitral

«El nivel de pensamiento, que te ha llevado donde ahora estás, no te llevará donde sueñas estar.»

Albert Einstein

«Dentro de cada uno hay un gigante dormido.
Suceden milagros cuando el gigante despierta.»

Frederick Faust

—Ven conmigo. Quiero mostrarte algo —dijo el padre Mike apenas nos reunimos la mañana siguiente.

Le acompañé hasta el centro de la nave central de la catedral. Señaló el admirable vitral, lo más asombroso de todo el lugar. El sol atravesaba los diferentes fragmentos de color y creaba un arco iris que llenaba el espacio con una luz espectacular.

—Cada uno de nosotros ve el mundo a través de su propio vitral, Jack. Tu vida puede cambiar si de verdad comprendes este punto. A mí me ocurrió.

—¿De veras?

—Sí. Vemos el mundo no como es sino como *somos* —observó el padre Mike—. Cada uno sale al mundo cada día y cree que la manera como experimenta el mundo es la experiencia de la verdad. Pero no se trata más que de arrogancia y negación. La verdad de cada situación esta coloreada por nuestro vitral interior que actúa como un filtro sobre el mundo. E igual que el vitral que contemplas refleja la luz que incide contra él y lo colorea, así cada creencia, temor, suposición y sesgo que poseemos colorea nuestra experiencia del momento. Creemos ver la vida con el mismo par de ojos de los

demás, pero no es así. Eso es solamente una gran mentira que nos creemos. Cada uno ve el mundo a través de la lente de su contexto personal, que se ha configurado según las experiencias únicas de nuestra vida. Y como nadie en el planeta ha tenido exactamente las mismas experiencias, nadie en el planeta tiene la misma experiencia personal en una situación dada. Tu vida adquiere todo un nuevo sentido en cuanto comprendes esto verdaderamente. Te estoy ofreciendo un punto de sabiduría muy importante, Jack.

—Un conocimiento fascinante. Creo que nunca he salido de mi propio pensamiento y me pregunto si alguna vez he reflejado con alguna exactitud la verdad —confesé. —Cada uno ve el mundo a través de su exclusivo conjunto de filtros, que representan nuestro modelo mental. Este «vitral de la mente» colorea la manera como vemos el mundo y lo que creemos de nosotros mismos. El liderazgo de nuestra vida requiere que nos demos cuenta de que el modo como vemos el mundo no es necesariamente un verdadero reflejo de los hechos. No siempre vemos el desarrollo de las cosas del modo como creemos estar viéndolo.

—Es una noción que da miedo, padre Mike —dije—. Me incomoda pensar que pueda ser verdad. Me inquieta.

—Eso está bien, Jack. Otra vez sientes miedo, lo cual es una reacción humana natural que siempre se produce cuando nos vemos obligados a pensar o hacer algo nuevo. Y el miedo se manifiesta como estrés. Una vez que eres consciente de este proceso, el miedo no te podrá controlar y lo podrás superar. El mejor modo de liberar el miedo es sentirlo y experimentarlo, entregarse al miedo y dejar de combatirlo. Siéntate con tu miedo y trata de fundirte con él. Entonces ocurrirá algo asombroso: se desvanecerá el miedo. Pero recuerda que el miedo sólo es una sensación, no es real. Nunca huyas de tus miedos, acude siempre a ellos. *El lugar donde viven tus mayores miedos es también el lugar donde reside tu mayor crecimiento.* Y como el propósito de la vida humana es el crecimiento, aprovecha la gloriosa oportunidad que representa el miedo. Como ya te dije, las cosas que temes en la vida te ofrecen un terreno fértil para descubrirte.

—Pero ¿es verdad que cada uno de nosotros percibe la realidad de una manera incorrecta? —pregunté.

—No estoy diciendo que todos percibamos el mundo

incorrectamente. A veces es así, pero a veces lo que creemos que sucede es reflejo de la verdad. Lo que quiero transmitirte es, sencillamente, que si tu vida ha de cambiar, *tú* debes cambiar. Y uno de los mejores modos de hacerlo es comprender que no vemos el mundo como es sino como somos.

Y con esto el padre Mike me condujo a mi cuarto y me dejó a solas hasta la noche. La cabeza me daba vueltas con todo lo que había aprendido en un lapso tan breve. Había tanta información nueva que integrar. Estaba en Roma, entrenándome con un sacerdote que estaba compartiendo conmigo una visión del universo, una visión que debía revolucionar cada zona de mi vida si yo la suscribía.

Y en verdad sentía miedo al pensar en lo que decía este monje increíble. Vivir la vida según esas nuevas creencias significaba que debía ver el mundo a través de un par de ojos completamente nuevos. Y muy poca gente vivía así en el mundo que conocía. No obstante, mientras contemplaba la ciudad y observaba las estrellas que brillaban en ese cielo magnífico de la ciudad de Roma, me inundaba una paz más profunda que la que nunca había conocido. Y una sola palabra me cruzaba la mente: *confía.*

Durante varias semanas me había acostumbrado a una rutina muy agradable en la catedral: me levantaba al amanecer y meditaba una hora con el padre Mike. La disciplina me costó mucho los primeros días, pero al cabo de poco tiempo empezó a surgir un poder interior que me facilitó esa rutina. Empecé a cambiar con más rapidez y a operar en otro nivel. Me identificaba menos con mi pensamiento y accedía a un nivel más alto de alerta. Cuanto más profundizaba, más veía que yo no era mis pensamientos, que era el que pensaba mis pensamientos, y mientras más sencillo me resultaba ser testigo de ellos más se silenciaba y aquietaba mi mente parlante.

En lo más profundo de mi ser sabía que estaba creciendo como ser humano como nunca lo había hecho antes. Más que nunca estaba de acuerdo con la opinión del padre Mike acerca de que el sendero en que estamos no es para mejorar ni tratar de parecernos más a otra persona como por ejemplo a nuestros héroes. En cambio sentía profundamente que este viaje de la vida es para recuperar al que verdaderamente somos. *Es* un proceso de recordación. Pero no

sólo creía en esto, en realidad llegué a *saberlo*.

Después de la meditación matutina, el padre Mike y yo desayunábamos sobriamente frutas y cereales y paseábamos por el jardín situado en la parte trasera de la catedral, donde él dedicaba las horas siguientes a entrenarme y enseñarme las lecciones fundamentales para vivir una vida sabia y noble. Algunas mañanas me ofrecía su sabiduría bajo la forma de sermones, de pie junto a un hermoso rosal y hablando con una pasión e intensidad que me llegaba hasta lo más profundo del corazón. Otros días estaba más relajado y me revelaba sus admirables conocimientos mediante relatos humorísticos.

Cada tarde volvía a mi pequeño cuarto y abría las ventanas, contemplaba el cielo y aumentaba mi conocimiento de mí mismo. Cada día experimentaba notorios cambios en la manera como veía el mundo y en la comprensión del diseño de nuestro elegante universo. Muy pronto caí en la cuenta de que todos estamos conectados. *Hay* un orden en los sucesos aparentemente casuales de nuestra vida, aunque la mayoría no lo reconozca. Todos los puntos de nuestra vida están conectados y todo cuanto nos sucede acontece por una razón. La vida es verdaderamente una escuela de crecimiento y cada circunstancia de nuestra vida promueve nuestro crecimiento personal si estamos alerta para hallar y luego vivir la lección que propone.

La vida, comprobé, posee una belleza propia. Los tiempos tristes nos mejoran y nos conducen a los buenos, y los buenos tiempos nos muestran la plenitud de nuestras posibilidades y nos ofrecen bendiciones que podemos apreciar. Y también comprobé que nada demasiado bueno o demasiado malo dura para siempre.

6

Entregarse a una causa

«Serás feliz en la misma medida que seas de ayuda.»

Karl Reiland

Una mañana el padre Mike me invitó a sentarme en un banco del exuberante jardín que había detrás de la puerta posterior de la catedral. En ese lugar el padre pasaba mucho tiempo sumido en la contemplación silenciosa y rezando.

—Siempre has de creer que el universo es un lugar amistoso —me dijo—. El mundo verdaderamente quiere que triunfes. Despréndete del control bajo el cual la mayoría vive sus mejores años y opta por ser curioso. Descubrirás que, si vives de este modo, una fuerza más poderosa que tú te conducirá paso a paso a tu mejor vida. Literalmente te conducirá a tu llamada.

—A menudo me he preguntado cuál es mi verdadera misión en la vida, padre Mike. Siempre he sabido que cada uno de nosotros tiene algo especial que debe hacer en el mundo —dije.

—Esta es una gran lección: el secreto de la pasión es el propósito. Una vez que descubres a qué estás llamado —esa apasionante causa por la cual puedes dar la vida—, tu corazón empezará a cantar y tendrás más pasión, poder y paz interior que la que nunca habrías imaginado. Descubrir un sueño poderoso al cual puedas entregar la vida te dotará de enorme poder, impulso y energía. Un sueño poderoso te da esperanza, Jack. Y podrás concentrarte, porque sabrás exactamente para qué has venido a este planeta.

—Fascinante.

—Una de las principales razones para descubrir y establecer una visión personal o una causa central en la vida es centrarte en las prioridades más altas. Como dice Edward G. Bulwer-Lytton: «El

hombre que tiene más éxito que sus compañeros es aquel que desde muy pronto ha discernido con claridad su objetivo y dirige habitualmente hacia él sus poderes. El genio mismo sólo consiste en una observación precisa fortalecida por la firmeza de los propósitos. Todo hombre que observa atentamente y resuelve con rapidez se convierte inconscientemente en un genio».

—Nunca había pensado en el genio en esos términos —comenté.

—Todo consiste en concentrarse en las metas más altas —insistió el padre Mike—. Cuando sabes lo que más importa en tu vida puedes seleccionar mejor qué haces y qué no haces.

—Interesante punto.

—Y cuando encuentras la vocación primordial de tu vida —continuó—, ningún contratiempo te detendrá por más serio que sea. Articular una visión personal en la vida es el mejor modo de superar los problemas y maximizar tu satisfacción. Da Vinci lo dijo muy bien: «Si fijas el curso según una estrella podrás navegar en medio de una tormenta».

—Ya ves, Jack, la necesidad más profunda del corazón humano es la de vivir por algo más elevado que nosotros mismos. Todos tenemos un anhelo profundo de mostrarnos al mundo de un modo que deje una huella en la vida de los demás y nos conecte con un propósito que trascienda los límites de nuestra vida. Todos tenemos hambre de saber al final de nuestra vida que no hemos pasado en vano por el planeta. En cuanto encuentras tu llamada, tu objetivo principal, tu destino vital, entonces ingresas en un modo totalmente nuevo de ser. Dejarás de preocuparte por ganar dinero o por ser famoso o por progresar en tu carrera, y empezarás a ocuparte de hacer lo que te corresponde para crear un mundo nuevo y convertirlo en un lugar más lleno de amor. Y en ese momento la mejor parte de ti empezará a sentirse feliz. En un nivel profundo, te sentirás mejor contigo mismo como ser humano. Empezarás a sentirte realizado, sentirás que tu vida importa. Y entonces tu vida adquirirá la calidad de la grandeza.

—Fantástico —comenté.

—Permíteme que te lo plantee de esta forma: *Cuando cambias la obligación de sobrevivir por un compromiso de servicio a los demás entonces los éxitos están asegurados en tu vida*.

—¿Y cómo encuentro ese destino?

—En realidad no descubres tu destino, Jack. Él te descubre a ti.

—¿Ah, sí?

—Sí. Mientras más recuperas tu ser auténtico, más se desplegará ante tus ojos tu destino. Como ya te he dicho, joven amigo, continúa haciendo tu trabajo interior; eso es lo más esencial. Como dijo Baruch Spinoza, el filósofo holandés: «Ser lo que somos y llegar a ser lo que somos capaces de ser es la única finalidad de la vida». En la medida en que encuentres tu ser esencial y lo presentes al mundo para que todos lo veamos, ingresarás en el flujo de la vida. Y, al hacer esto, tu destino te encontrará a ti.

—¿Es tan sencillo? —pregunté, escéptico.

—Sí, en realidad sí —respondió el padre Mike—. Basta que seas más paciente y abierto. Thomas Merton lo dice con claridad: «Tenemos lo que buscamos. Está allí todo el tiempo y si nos damos tiempo se nos dará a conocer». Cuanto más consigas conocer la persona que en verdad eres, más verás que tienes toda la sabiduría, poder y capacidad que has deseado toda la vida. *Ya eres lo que siempre has soñado ser.* Sólo necesitas saberlo. Y cuando lo sabes, ya tienes acceso a las posibilidades que te están destinadas. Basta con que profundices y trabajes en ti mismo. Y mantente abierto y confía.

El padre Mike hizo una pausa y continuó.

—Jack, lo has hecho muy bien. Has sido uno de mis mejores estudiantes. Pero nuestro tiempo está terminando. Has pasado cuatro semanas conmigo y han sido maravillosos los cambios que he visto en ti… pero lo mejor está por venir. He plantado en ti algunas semillas que sólo han empezado a crecer. Ha sido un honor conocerte, el hijo de mi querido amigo Cal. Tendrás éxito y abrirás un camino, estoy seguro. Sigue fiel a ti mismo, Jack. Sigue buscando la verdad… y confía siempre.

Y el padre Mike me abrazó cariñosamente. Entonces se volvió de pronto y atravesó el jardín que conducía a la catedral que durante tantos años había sido su hogar. El sol brillaba con fuerza y me quedé allí junto a un rosal, reflexionando en lo que había experimentado esas cuatro semanas. Pensaba en las palabras de Louisa May Alcott:

«Allá lejos en el sol están mis aspiraciones más altas.

Puede que no las alcance, pero puedo alzar la vista y ver su belleza, creer en ellas y tratar de seguirlas.»

Sentí, en ese lugar dentro de mí que sabía, que verdaderamente ya estaba en camino.

EL SURFISTA

7

Encuentro con un maestro del corazón

«Hay una mecha dentro de ti que está a la espera de ser luz en tu alma. Cuando esa llama interior queme con brillo, sentirás un magnífico despertar.»

Bradford Keeney

«Cada año que vivo estoy más convencida de que el desperdicio de la vida consiste en el amor que no damos, en los poderes que no usamos, en la egoísta prudencia con que no arriesgamos nada y que elude el dolor pero también pierde la felicidad.»

Mary Cholmondeley

Nunca había contemplado un panorama tan bello. Había estado en muchas playas, pero ésta no se comparaba con ninguna otra. Parecía una pequeña parte del Nirvana. Por eso, mientras le pagaba, le dije al taxista que me las arreglaría para regresar al pueblo más cercano.

—¿Está seguro, amigo? —me preguntó—. El pueblo más cercano está a unos cuantos kilómetros y ésta es la playa más aislada de la isla. Si quiere puedo volver por usted en un par de horas.

—No, pero gracias —contesté—. Creo que voy a estar bien. El universo es un lugar amistoso —agregué, con una sonrisa perspicaz.

El taxista me miró, meneó la cabeza y se marchó.

No había nadie a la vista, pero eso no importaba. A paso lento me dirigí a la arena y me quité las sandalias. La escena era asombrosa: el color del océano era de un azul brillante, la arena era fina y blanca, y el sol, aunque daba de lleno, me acariciaba el

cuerpo y me llenaba de paz. Me senté y agradecí en silencio los dones que empezaban a llenar mi vida desde el encuentro con Cal, mi padre, hacía ya varias semanas. Después de unos veinte minutos de estar tomando el sol advertí un movimiento en el extremo más distante de la playa. Agucé la vista y divisé lo que parecía un hombre realizando una especie de danza tribal en la arena. Agitaba las manos, levantaba las rodillas y sacudía la cabeza. Me asusté. Estaba solo y por un instante temí por mi seguridad. Entonces sucedió algo maravilloso. En mi mente relampagueó la palabra *confía* y recordé lo que el padre Mike me había dicho un día en Roma: «Tras cada uno de tus temores hallarás tu fortuna». Busqué en lo más profundo de mi ser y hallé el valor que durante las últimas semanas podía encontrar en la medida en que me conectaba con mi poder. Y libre de cualquier miedo comencé a caminar en dirección de la distante figura.

En un momento dado pude distinguir con cierta claridad los rasgos del hombre. Seguía moviéndose de manera extraña, como en trance, y no parecía advertir que ya no estaba solo en la playa. Llegué a su lado, pero siguió danzando. Finalmente abrió los ojos y rompió el silencio.

—Bienvenido a mi playa, Jack. ¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó con una amplia sonrisa.

Estaba atónito. ¿Cómo podía saber mi nombre ese desconocido? La palabra *confía* volvió a brillar en mi mente.

—¿Sabes mi nombre? —pregunté, sorprendido y todavía un poco asustado. —Sí, lo sé muy bien. Cal me habló de ti. Era todo un personaje. Y, muchacho, sabía divertirse.

—¿Ibas a fiestas con mi padre? —pregunté, incrédulo.

—Oh, todo estaba bien, era diversión sana, nada de qué preocuparse —dijo, enjugándose el sudor del pecho.

Mientras alzaba la vista al cielo, aproveché para observar a este misterioso personaje. Me pareció que rondaría los 45 años. Tenía la piel bronceada y un cuerpo casi perfecto, la musculatura se le marcaba bajo la piel tersa. Los ojos eran muy azules y el pelo, quemado por el sol, rubio. Por única indumentaria llevaba un collar de conchas marinas y un pantalón corto, de nailon muy gastado, que parecía tener todos los colores del arco iris.

—Me llamo Moe. Moe Jackson —me dijo y me tendió la mano

—. Bienvenido a Hawai. Esta es mi playa, el mejor lugar de la isla para hacer surf y la tengo toda para mí. La gente del lugar dice que es una playa embrujada, así que nadie viene por aquí. Perfecto para mí —murmuró—. Puedo surfear todo el día, solo, lo que me parece muy bien.

—¿Surfeas? —pregunté.

—Has comprendido, hermano —dijo alegre—. Como Cal. Era muy bueno, casi tan bueno como yo —dijo sin dejar de sonreír.

—¿Y qué estabas haciendo hace un momento? ¿Bailando?

—Sólo me estaba divirtiendo. Me gusta bailar. Me mantiene conectado al flujo de la vida y me recuerda que no hay que tomar nada demasiado en serio.

—¿Conectado al flujo de la vida?

—Por supuesto —dijo Moe—. Vivo cada instante. Estoy dedicado a vivir en un estado de gracia continua. Intento permanecer completamente presente en cuanto se despliega ante mí. El pasado se ha ido hace tiempo. Mi filosofía funciona así: nunca dejo que mi ayer se adueñe mucho de mi hoy.

—¿Y qué pasa con el futuro? —pregunté.

—El futuro no es real. Por lo que a mí respecta es sólo una ilusión. Lo único que cuenta para mí es el encantamiento de cada minuto. Vivo en el fluir mismo y tomo las cosas según vengan. Sigo a mi corazón. ¡Y me encanta! —exclamó con inmenso entusiasmo—. Esto es para ti —agregó y me pasó un sobre que sacó del bolsillo del pantalón—. Lee lo que hay dentro.

Saqué una hoja arrugada de papel y leí cuidadosamente:

> *«Día normal, permíteme ser consciente del tesoro que eres. No dejes que pase sin verte a la espera de un mañana perfecto e incierto. Un día hundiré las uñas en la tierra o el rostro en la almohada o me estiraré o alzaré las manos al cielo y desearé más que nada en el mundo tu regreso.»*
>
> Mary Jean Iron

—Creo que tiene razón —dije, pensativo—. Tantas personas se quejan de que no tienen tiempo suficiente y sin embargo desperdiciamos gran parte del tiempo que ya tenemos. Y nos pasamos la vida buscando el inalcanzable cofre del tesoro sólo para

descubrir que los verdaderos tesoros eran las cosas más sencillas que siempre tuvimos pero que ignorábamos por completo que las teníamos.

—Has comprendido —dijo Moe, asintiendo con la cabeza—. La mayoría de las personas siempre está corriendo hacia esa tierra de fantasía que creen que resolverá todos sus problemas y les llenará de alegría. Se dicen «seré feliz cuando termine esto o lo otro». Pero creo que la felicidad no es un lugar adonde llegas, es un estado interior que creas. *Cualquiera* puede ser feliz, la felicidad es asequible para todo el mundo en este instante. Sólo tenemos que detenernos y prestar más atención a los tesoros que ya nos rodean. Así que ahora mismo vivo la vida al máximo. Tengo los ojos abiertos. He despertado. Amo cada momento de esta gran aventura.

—¿Y dónde vives? —pregunté, lleno de curiosidad.

Me señaló una pequeña cabaña situada al borde de la playa, donde la costa se adentraba como un dedo en el mar. Había un jardincillo lleno de flores y una herrumbrosa bicicleta apoyada a un costado de la cabaña.

—Ese es mi lugar, Jack, mi hogar. ¡Me encanta! —proclamó orgullosamente. —Interesante —respondí, sin saber muy bien qué decir.

—Más que interesante. Es perfecto. No tengo nada de qué preocuparme, nadie me molesta y tengo de vecinas a las olas, que me hacen resonar el corazón. Estoy en el cielo. ¡Bienvenido al paraíso! Será tu hogar durante las próximas cuatro semanas.

—Me parece estupendo. Sé que me espera una verdadera sorpresa —contesté, sonriendo.

—Está todo previsto —continuó Moe—. Seguro que ya lo sabes. Estoy feliz por contar con el don de tu compañía. Te enseñaré todo acerca de la segunda de las Preguntas Definitivas.

—¿He amado bien? —recordé.

—Eso es.

—Muy bien. Pero ahora, Moe, si he de ser sincero, creo que tengo que concentrarme en mi trabajo interior en vez de enamorarme. Y he estado creciendo interiormente tanto que cada elemento de mi vida parece estar cambiando. Todo mi vitral se está transformando, por decirlo así.

—El padre Mike te enseñó eso, lo sé. Un hombre brillante —dijo

Moe, sinceramente. —¿Conoces al padre Mike?

—Por supuesto. Hace años que somos amigos, aunque le teme al agua —confirmó mi compañero con una sonrisa—. Nunca he conseguido que se acerque a una tabla de surf. Él se lo pierde —dijo y se encogió de hombros.

»En todo caso, para responder a tu inquietud —continuó Moe—, hay muchos tipos de amor: amor erótico, amor de uno mismo, amor de la familia y amor a la vida misma y a su maravilloso despliegue. Tú y yo nos concentraremos en este último, amigo mío. Nuestro trabajo consistirá en abrirte el corazón para que luego te puedas abrir a la vida y a sus delicias. Apuesto que nunca soñaste con tener un entrenador del corazón, ¿verdad?

—¿Entrenador del corazón? Es la primera vez que oigo hablar de eso.

—Sí, lo sé —dijo Moe—. Parece un poco sentimental, pero Cal lo quiso así. Se pasó la vida entrenando para ti y nos pidió que fuéramos tus entrenadores. Realmente quería ayudarte, Jack, tu padre te quería de verdad. Pero sigamos. He hallado una manera de vivir una vida rica y asombrosa. Quiero decir *verdaderamente* rica y *verdaderamente* asombrosa. Soy el tipo más feliz que conozco, aquí, en esta playa solitaria. Me levanto todas las mañanas con gran alegría en el corazón. Surfeo. Bailo. Pinto por la mañana y a veces tarde por la noche, miro las estrellas y luego me voy a dormir. Escribo poesía en el crepúsculo. Me siento el hombre más rico del mundo. Y lo hermoso es que en realidad no soy distinto a ti. Tú también puedes tener lo que yo tengo. Si quieres.

»Todo sucedió cuando dejé de vivir en la cabeza y empecé a abrir el corazón — continuó Moe—. Y vaya que surtió efecto. Carl Jung lo ha expresado mejor: "Tu visión sólo será clara cuando observes tu corazón. El que mira fuera, sueña. El que mira dentro, despierta".

—Un gran pensamiento —dije, sintiendo que una ola de paz y consuelo me envolvía mientras encajaba esas palabras—. Bueno, estupendo conocerte, Moe Jackson. Espero con gran ilusión que empecemos a compartir nuestros días—le dije, con toda confianza.

—¡Magnífico! —dijo—. Jack, has dicho que estás pasando por un período de intensa transformación. Eso está bien, es el mejor lugar para estar en la vida. Sé que a veces puede ser aterrador, pero

aguanta. Trata de estar por completo presente en este proceso que atraviesas. Es el tiempo más importante de tu vida… hasta ahora. Así que deslízate en esa ola, te agradará hacerlo. De hecho, creo que después de tu estancia con el padre Mike el corazón ya se te está abriendo a tu sabiduría interior.

—Así es. Estoy lleno de conocimientos que antes no tenía. Y no estoy muy seguro de dónde vienen —comenté, a la espera de algún consejo.

—Estás saliendo de tu cabeza y acercándote al corazón y allí viven todas tus respuestas. Vivir en la cabeza es jugar sobre seguro con la vida. Tratas de prever las cosas. Planificas y te inquietas por el pasado, el presente y el futuro. Pasas tanto tiempo analizando lo que podría ser que pierdes la vida que necesitas vivir. El modo ideal de aprender de la vida es estar presente en cada momento que se te presenta, y no puedes hacer eso si estás dominado por tus pensamientos.

Moe se interrumpió un momento y después continuó.

—Solía ser como tú, Jack. Vivía en mi mente. De hecho trabajaba en lo mismo que tú.

—¿En publicidad?

—Sí, en publicidad. ¿Nunca oíste hablar del MJ Group International? —Por supuesto. Es una de las cinco principales agencias a nivel mundial. Su sede está en Chicago, tienen veintitrés oficinas en todo el mundo y cientos de millones de dólares anuales de ingresos.

—¿Y sabes quién creó todo eso, muchacho? —preguntó Moe palmeándose los hombros regocijado.

—¡No me digas! ¿MJ eres tú, Moe Jackson?

—Sí.

Sonreía.

—Increíble. ¿En serio?

No podía creer que este surfista con el cual charlaba distendidamente hubiera sido uno de los más famosos cerebros del mundo del marketing hace apenas una década. Su empresa había sido muy innovadora y era muy conocida por sus tácticas duras y su filosofía de ganar a cualquier costo. MJ International era una compañía que hacía negocios en todo el mundo, y resultaba difícil imaginar que este hombre de aspecto extraordinariamente pacífico

que tenía delante mío en esta playa estupenda en medio de la nada fuera quien decía ser.

—Confía en mí, es verdad —dijo Moe—. Conseguí el éxito muy rápido. Parecía contar con el toque de Midas cuando estaba en la empresa. Durante varios años nadie me podía detener y gané millones. Poseía un sexto sentido para discernir cómo avanzar. A los cuarenta años poseía casi todas las posesiones materiales con las que cualquier persona podía soñar: un jet privado, casa en las Caimán, un piso en Aspen, un par de magníficos Porsches y una mujer sensacional. ¿Y sabes qué descubrí después de todos esos años en busca de fama, dinero y aplausos?

—Dime —le pedí mirándole a los ojos, en los que ahora se reflejaban pena y tristeza. —Aprendí que todavía veía a la misma persona todas las mañanas en el espejo. Que todavía sentía lo mismo que cuando pasaba hambre y no tenía dinero. Que aún me acechaban los mismos demonios y tenía el mismo equipaje que arrastraba desde niño. Que todavía tenía las mismas creencias limitadoras sobre mí mismo y sobre lo que podía ser. Así que aprendí que no importa cuán bello parezca el mundo exterior: lo que importa es lo que tienes en tu interior. Y que si tu mundo interior no es saludable y está revuelto, nada de lo que hagas en tu mundo exterior te hará feliz. Por otra parte, si tu mundo interior es pleno y saludable, la cosa más sencilla y más básica del mundo exterior te llenará el corazón y el alma. Los mayores tesoros de la vida son verdaderamente los interiores, amigo mío. Como observa Emerson: «Sin un corazón rico, la riqueza es un feo mendigo».

—Estoy aprendiendo eso a medida que profundizo en mí —agregué, meditabundo.

—No importa cuánto poseamos: nada, nada puede colmar cualquier vacío que sintamos en nuestro interior. Como seres humanos, todos tenemos agujeros dentro, vacíos que anhelan ser llenados. Algunos tenemos vacíos creados por padres que descuidaron nuestras necesidades emocionales durante la infancia, otros tenemos agujeros creados por agresivos compañeros de escuela que no supieron apreciar nuestro valor. Y otros tenemos agujeros creados por educadores que nos enseñaron que nunca éramos bastante buenos por más que lográramos mucho. Y cuando nos hacemos adultos, inconscientemente buscamos llenar con otras

personas y con cosas nuestros agujeros, para sentirnos completos. Y como no lo conseguimos, buscamos la siguiente solución. Es una búsqueda interminable que nos priva, como seres humanos, de nuestra paz interior.

—¿Cuál es entonces la solución perdurable? —le pregunté a Moe mientras paseábamos por la playa y una brisa suave nos acariciaba el rostro.

—Busca en tu interior —fue la respuesta—. Haz lo que tengas que hacer para completarte. Llena tus propios agujeros. Y recuerda que la puerta de la plenitud se abre hacia dentro, no hacia fuera. Por eso la primera prioridad de todo ser humano es hacer ese trabajo hacia dentro, ese trabajo interior que has mencionado.

—Es una manera fascinante de ver las cosas, Moe.

—Es cierto. Ir hacia dentro significa que encaras las cosas que te limitan porque sabes lo fantástico que eres en realidad.

—Como mis creencias incorrectas, las falsas suposiciones, los miedos y los sesgos personales —agregué.

—Sí, ésas y otras cosas. Si encaras esas cosas de un modo muy concreto, te puedes sentir mucho mejor en tu mundo exterior. Mientras mejor limpies tu mundo interior, más hermoso será tu mundo exterior.

—Todo empieza dentro —resumí.

—Sí —dijo Moe—, y uno de los elementos principales de ese trabajo interior es abrir el corazón. Abrir el corazón consiste en vivir con amor, estar abierto a las posibilidades humanas, confiar en el perfecto despliegue de tu vida, estar más vivo. Empieza a vivir en la maravilla de tu vida, Jack, puedes estar presente en todo el brillo que te rodea. Es una opción que está a tu alcance. Y dominarás estas habilidades sólo con un poco de práctica. Como dijo Hellen Keller: «Ningún pesimista ha descubierto el secreto de las estrellas ni navegado a una tierra que no está en los mapas ni abierto un cielo nuevo para el espíritu humano. Ten más valor en la vida. Eso me sirvió a mí. Abrir el corazón también consiste en confiar más a menudo en tus instintos y estar abierto a las sorpresas que se tejen dentro y fuera de nuestra vida. Consiste en acoger lo inesperado y estar disponible para todos los milagros que te esperan.

—No sé si creo en milagros. Estoy más abierto que nunca a las cosas, pero creer en milagros es demasiado para mí —confesé.

En ese momento Moe empezó a correr. Primero trotaba, pero muy pronto aceleró. —¡Sígueme! —me indicó.

Empecé a correr, entregándome a la experiencia y confiando en que aprendería alguna lección.

Moe fue a la cabeza durante lo que me parecieron unos quince o veinte minutos, siempre en silencio y sin perder de vista su objetivo: una colina arenosa al final de la playa. Finalmente, cuando la llegada al punto de destino era inminente, logré alcanzarlo. El sudor me corría por las mejillas y jadeaba.

—Demasiada comida italiana, según veo —bromeó Moe, señalándome la cima de la colina.

—¿Adónde vamos? —pregunté, jadeando.

—Ya verás —contestó.

En la cima de la colina había un montículo exuberante, cubierto de hierbas. Desde lo alto podía ver otras islas, barcos navegando y formaciones de coral asombrosamente bellas.

—Mira hacia allá —me dijo Moe, apuntando a lo que parecían unas ruinas antiguas a cierta distancia.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Bueno —respondió Moe, que jugueteaba con una de las conchas de su exótico collar—, a primera vista pueden parecer ruinas históricas o un conjunto rudimentario de muros y caminos. Pero te dirán algo verdaderamente interesante sobre lo que buscas. Si volaras sobres esas ruinas, que crearon los primeros habitantes de Hawai hace muchos años, descubrirías algo que los investigadores advirtieron hace poco mientras sobrevolaban el lugar en helicópteros y aviones.

—Soy todo oídos —dije, ansiosamente.

—Lo que parece una serie desordenada de senderos y muros, en realidad es un conjunto sofisticado y enormemente complejo de caminos, los cimientos de una rica civilización, vistos desde una perspectiva más elevada y completa.

—El punto es —me explicó Moe—, que si miras las cosas desde una perspectiva más elevada puedes ver que cosas aparentemente desvinculadas están en realidad relacionadas. Y, para mí, eso es un milagro. Un milagro sólo es un desplazamiento mental que te ayuda a ver las cosas de otra manera. Si subes a esta colina puedes ver las cosas de otra manera que si las miras desde abajo. Y si

continuamente te mantienes abierto a ver la vida de maneras nuevas, finalmente verás los milagros que *están* ocurriendo. Mientras más abierto estés, más verás que cosas aparentemente desvinculadas que te han sucedido en la vida forman parte de un sistema coherente más amplio. Esto para mí es un milagro.

Moe se dejó caer a tierra entonces. A los pocos segundos estaba haciendo flexiones a un ritmo furioso.

—¿Qué diablos haces ahora? —pregunté, sorprendido.

—Sólo me mantengo en forma —contestó.

Y continuó su enseñanza mientras el sudor le caía de la frente.

—Jack, muchas cosas te están esperando; más de las que puedes imaginar. La clave es confiar.

Otra vez esa palabra. Sabía que tenía que confiar en que todo lo que me había ocurrido en el pasado y todo lo que sucedería en el futuro formaba parte de un programa perfectamente orquestado para conducirme por el camino de mi destino y de mi verdad más alta.

—Deja de vivir en la cabeza —dijo Moe—. Has probado ese método toda la vida. ¿Y adónde te ha llevado?

—Todavía estoy atascado, a pesar de todos esos años —admití.

—Quizá sea el momento de probar un nuevo sistema de actuar en la vida, de vivir más momentos propios del corazón. *Sé* más amor y te prometo que se te abrirán las puertas de todo un nuevo mundo. Una vez que empieces a vivir la vida plenamente y desde el lugar más profundo de ti mismo, y queriéndote tal cual eres, todo te cambiará para mejor. *Vive la vida como una meditación en el amor*, el amor a los demás, el amor a ti mismo y el amor al mundo. Eso es lo que te quiero decir en realidad.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Cuál es tu historia, Moe?

—Todos tenemos una historia, ¿verdad? Bueno, en realidad decidí dejar mi vida porque había perdido el control. Dejé todo lo que poseía y viajé varios años por el mundo con una mochila. Conocí a personas fascinantes y me sumergí en diversas culturas. Asistí a seminarios de crecimiento personal y pasé meses enteros, solo, en lugares desolados. Aprendí a meditar en India y me enamoré del surf en Australia. Trabajaba más y más en mí mismo. Empecé a hallar respuestas a las mayores preguntas de mi vida. En muchos sentidos empecé a evolucionar hacia una persona distinta y

nueva. Entonces, mientras visitaba esta isla increíble, descubrí esta playa. Y encontré mi hogar. Siento que pertenezco aquí. Y desde entonces aquí he estado.

—Increíble —comenté. Pensé un momento y pregunté:

—¿Es importante estar solo para encontrarse?

—No, de ningún modo —respondió Moe—. En realidad, estar solo durante largos períodos puede ser una forma de escapar de las necesidades que debemos encarar. Puede ser, en la práctica, una especie de distracción para no profundizar en lo que de verdad hace falta. Cuando estaba en India, vi muchos monjes que supe que pasaban solos los mejores años de su vida, en montañas con nada más que un lienzo para cubrirse y un recipiente con arroz. Nunca he creído que esas personas fueran tan iluminadas.

—Me sorprende lo que dices.

—Bueno, es bastante fácil estar sentado, solo y pacíficamente, en la cima de una montaña sin nada más que hacer que contemplar tus propios pensamientos. No es difícil estar todo el día feliz y libre de tensiones si nadie anda por ahí presionándote ni planteándote asuntos complicados. Creo que es estar en el mundo real lo que te hace crecer. Descubrimos quiénes somos en nuestras relaciones con otros. Mi experiencia me indica que sólo si nos rodeamos de otras personas podemos conocer nuestra propia identidad. Te propongo una metáfora. Digamos que te encuentras completamente solo dentro de una caja blanca. No hay ventanas ni puertas. Estas sólo tú.

—De acuerdo, ya lo estoy visualizando —dije, con los ojos cerrados. —Bien. ¿Y ahora ves lo que quiero decir? Si no tienes mucho que ver ni nada en qué verte, no es mucho lo que puedes saber de ti mismo. Sólo estás solo en la caja. —Veo exactamente lo que me quieres decir. Necesito que haya otra cosa en la caja para poder compararme con ella.

—Bueno, no sé si *comparar* es la palabra correcta, pero vas por buen camino. Si meto dentro de la caja una tabla de surf, habrá una relación posible. Podrás mirar la tabla y luego mirarte. Habrá entonces una manera para que consigas información sobre ti mismo, en relación con esa tabla. Podrías observar que eres más alto que esa tabla, o más inteligente o que te mueves más. Así pues, sólo nos conocemos gracias a las relaciones.

—Un punto muy interesante —contesté.

—Vinculemos esta metáfora con la discusión acerca del monje y el plato de arroz. Allí arriba, en la montaña, carece de relaciones. Y por eso no hay ni crecimiento y descubrimiento de uno mismo. Pero si le traemos de vuelta al mundo real…

—¡Estará en relación con otras personas! —interrumpí—. Podrá verse ante otras personas en el mundo.

—Sí. Y mientras viva, los altibajos del mundo le harán reaccionar de cierta manera. Si alguien le trata mal, puede que se moleste. La ira que emerge es sólo una oportunidad para curar una herida más profunda. Si algo le asusta, tiene otra oportunidad para aprender algo más acerca de sí, y, al hacerlo, elevar su conciencia a otro nivel. Si un desafío le frustra, esto le eleva y propone otro vehículo para volverse sobre sí mismo y buscar qué necesita fortalecer y mejorar. ¿Ves cómo vivir en el mundo real, trabajar, pagar las cuentas y, esencialmente, compartir la condición humana, es la única manera de avanzar hacia la iluminación espiritual?

—Lo veo. Lo veo claramente. Pero entonces, y perdona que te lo pregunte, ¿por qué estás viviendo solo?

Moe se quedó en silencio. Pensó un momento mi pregunta y finalmente sonrió. —Una buena pregunta, pero no sé la respuesta, Jack. Todo lo que te puedo decir es que estoy exactamente donde se supone que estoy. He vivido toda la vida en el mundo y ahora mi camino me ha traído a este lugar. Mi intención es quedarme aquí, pero nuestra vida se desarrolla de una manera inesperada. ¿Quién puede saber dónde estaré dentro de un año? Disfruto donde estoy ahora. Juego en el presente, abierto a todas las posibilidades y potencialidades. Mi corazón está feliz aquí. Y, mientras no me diga otra cosa, aquí estaré.

La respuesta de Moe no me satisfizo plenamente, pero no se lo dije. Este hombre con aspecto de Adonis y de disfrutar la paz de Buda claramente sabía algo que yo no sabía. No me cabía la menor de que estaba viviendo su vida de acuerdo con una filosofía que era mucho más perfecta que la mía.

Mi vida era un desastre hasta que hace unas semanas conocí al padre Mike. Al haber aceptado su sabiduría, mi vida se impulsaba hacia delante. ¿Quién era yo para juzgar la vida de Moe? Sí, su planteamiento no era convencional. Pero si todos viviéramos según

el pensamiento convencional de las masas, nuestra sociedad habría permanecido en la Edad Media. Solamente gracias al empuje y al pensamiento nuevo de los visionarios de este mundo hemos conseguido algún progreso. Y lo que Moe me estaba enseñando tenía sentido.

—Jack, he compartido contigo una tonelada de conocimiento hoy día. Espero que te sirva —dijo Moe—. Pero tenemos mucho que conversar y todo un mes por delante. Mientras estés aquí, vivirás en la casa de huéspedes.

—¿Casa de huéspedes? —dije en voz alta, pues no veía ninguna estructura aparte de su cabaña en la playa.

—Sí, está por allí —fue la respuesta de Moe, que me señalaba una vieja cama de madera que había justo detrás de su «palacio».

—Dormirás bajo las estrellas mientras estés conmigo en Hawai. Te hará mucho bien. Y entonces Moe bajó a la playa, cogió su tabla de surf y empezó a surfear.

8

Entrando en el misterio

«El hecho de que sea irrepetible es lo que hace tan dulce la vida.»

Emily Dickinson

Mientras Moe y yo desayunábamos papaya y naranjas en la arena a la mañana siguiente, seguía sintiéndome lleno de curiosidad. Así que le pregunté si me podía contar algo sobre el corazón.

—La vida me cambió cuando empecé a seguir a mi corazón —me dijo—. Es muy importante seguir lo que te indica el corazón, porque contiene una inteligencia más alta que la que tienes en la cabeza. El acceso a la sabiduría del corazón te conecta con la más amplia sabiduría del mundo y te abre una puerta al corazón del universo. No quiero parecer demasiado místico, pero eso es lo que me parece verdadero. Confío plenamente en la sabiduría que me ofrece el corazón.

—¿Así que necesito *vivir* en el corazón?

—No, en realidad es un equilibrio, una asociación. Para vivir la vida más elevada, hasta donde sé, es fundamental que tu corazón y tu mente trabajen armónicamente. Hay quienes viven completamente según su corazón, son puro amor y sentimientos. Esas personas suelen tener problemas al desenvolverse en el mundo real. Parecen locos que se dejan llevar por el amor pero con poco juicio y sin conciencia práctica. Otros viven por completo en la cabeza, son pura razón y lógica y no dejan espacio a la pasión ni a la intuición.

—Como míster Spock en la vieja serie *Star Trek*.

—Así es, Jack. Y como míster Spock, esas personas parecen frías como piedras. Pero creo que la vida consiste en un equilibrio: que

cabeza y corazón trabajen como socios, como compañeros en la vida. Vivir de un modo que sea sabio pero amable, práctico pero espontáneo, valeroso pero afectuoso, responsable pero apasionado. Cuesta tiempo y esfuerzo conseguir este equilibrio. Todavía lucho por ello muchos días. Pero con entrega y paciencia todo se consigue.

—¿Cómo puedo abrir el corazón, Moe? De verdad deseo *sentir* más y descubrir la alegría de vivir, vivir con ánimo más festivo, más feliz —dije—. Tengo la sensación de que mi vida se va a abrir cuando se abra mi corazón, tal como dices, pero pedirme que abra el corazón es como pedirme que hable contigo en hawaiano. No sé por dónde empezar.

—Te entiendo muy bien —contestó Moe y me pareció que sentía genuina simpatía —. Experimenté lo mismo mientras recorría mi camino. Y por eso soy el perfecto entrenador para ti, si no te molesta que lo diga. Enseñamos lo que más necesitamos aprender, y la mayor lección de mi vida ha sido volver más asequibles para mí mismo los dones de mi corazón. Y he aprendido tanto que puedo compartir contigo. Recuerdo una antigua historia acerca de lo que hay en el corazón. ¿Quieres que te la cuente?

—Adelante.

—Hace miles de años, en Oriente, se creía que toda persona en la Tierra era un dios. Pero la humanidad abusó de sus poderes y entonces el señor supremo decidió arrebatarle todo. La pregunta fue entonces dónde debería ocultar la deidad, la fuente de todo el talento, potencial y gloria del hombre. El primer consejero dijo: «¿Por qué no cavas un agujero profundo en la tierra y entierras allí la deidad?» «No», respondió el maestro, «pues puede venir alguien y cavar profundamente y encontrarla». El segundo consejero habló entonces: «Tengo una idea», anunció. «¿Por qué no poner esta fuente de todo el poder humano en la cima de una alta montaña?» El maestro se negó una vez más. «No. Puede que alguien escale finalmente esa montaña y la encuentre». El tercer consejero comentó entonces: «¿Y qué pasaría si dejas la deidad en el fondo del mar más profundo?» Contestó el maestro: «No, alguien se sumergiría en el océano y la encontraría». El maestro hizo una pausa y reflexionó. Al cabo de un momento pronunció unas palabras sabias: «Tengo la solución. Pondré está fuente de

extraordinario poder, magnificencia y gloria en el corazón de cada ser humano, hombre, mujer o niño del planeta, porque nunca pensarán buscarla allí».

—Una gran historia —dije.

—Ya ves, Jack, tu corazón contiene mucha más sabiduría y dones de los que crees. Puedes pensar que tu mente tiene todas las respuestas, que si sólo pensaras más tendrías más. Puedes imaginar que si sólo reúnes más información y aprendes más habrás vencido en el juego de la vida. Y puedes creer que basta con figurarse qué no funciona en tu vida para saber cómo hacer que las cosas vuelvan a funcionar. Pero no creo que la vida funcione de esa manera.

—¿Tengo que desplazarme un poco más hacia el corazón? —pregunté. —Mucho más —afirmó Moe en tono relajado—. Pero por favor sé amable contigo.

El camino de la cabeza al corazón no es breve. Puede llevar semanas, meses e incluso años hasta que te abras por completo. Lo principal es que te pongas en marcha. —¿Y cómo lo hago?

—Ya estás en camino —contestó Moe—. El mero hecho que hayas tenido el valor de venir aquí a buscarme me demuestra que el lugar que hay en ti y que sabe está listo para que te curen el corazón roto.

Sabía a qué se refería Moe cuando hablaba de mi corazón roto. Creo que todos alguna vez hemos tenido roto el corazón. No hablo del corazón que se rompe cuando perdemos a alguien que amábamos, me refiero a la ruptura que ocurre en el corazón cuando empezamos a advertir que nuestros sueños se marchitan y que jamás se han cumplido nuestros anhelos más profundos, cuando contemplamos el estado del mundo y los nada amables valores que ahí reinan y cuando no alcanzamos nuestras metas y empequeñecemos nuestro destino. Pensaba en lo que dijo Benjamin Disraeli: «La vida es demasiado breve para ser pequeña».

Moe continuó hablando.

—Esta playa, Jack, es una buena metáfora de tu vida. La vida, en muchos sentidos, es una playa. Es reflejo de un viaje que tiene partes arenosas y partes llenas de rocas, que tiene curvas y trazos rectos. A veces puedes ver estrellarse las olas y sentir la furia del océano cuando te levantas por la mañana; en otras ocasiones reina una calma estupenda y nada se mueve. Al vivir la vida aquí en la

playa, he comprendido que las leyes de la vida sólo son verdaderamente las leyes de la naturaleza. Estudia cómo se desenvuelve la naturaleza y te puedes hacer una imagen de cómo funciona la vida en su nivel más verdadero.

El padre Mike también me había enseñado eso.

—Te daré un ejemplo —dijo Moe—. He pasado muchas noches, solo, en esta playa. A veces me quedo despierto toda la noche, sólo respirando y pensando y empapándome de la majestad de este lugar. Nunca deja de asombrarme el brillo del amanecer que siempre viene inmediatamente después de los momentos más oscuros de la noche. Lo mismo ocurre en nuestra vida. Cada uno de nosotros tiene que soportar la oscuridad; pero ella *siempre* pasa y la luz siempre regresa. En realidad cuando estás más dentro de tus problemas estás más cerca de las soluciones. Y cuando experimentas el dolor más profundo, la paz más grande se te está acercando.

Nunca había pensado en la vida según esa perspectiva. La sabiduría de Moe poseía una gracia y elegancia que la aproximaba a las enseñanzas que el padre Mike había compartido tan afectuosamente conmigo: hablaban de una extraordinaria inteligencia del mundo en que vivimos. Según ambos maestros, cada vida de un ser humano parece desplegarse conforme a un plan preciso, todo sucede por una razón y la vida no es otra cosa que un don milagroso.

—Permite que te dé ahora algunos consejos prácticos, Jack. Una de las primeras cosas que puedes hacer para volver a conectarte con tu corazón es revivir las pasiones que han muerto en ti. Empieza a hacer las cosas que en el pasado te llenaban el gran corazón que tienes. Empieza por hacer lo que habla al apasionado niño que hay en ti, lo que te hace reír hasta que te duele el estómago. Redescubre las cosas que te emocionan y las que te llenan los ojos de lágrimas. Después de todo, el lugar que trae lágrimas a tus ojos es el lugar donde el universo quiere que estés.

—Me pregunto por qué me ha costado tanto tiempo llegar al punto en que estoy listo para experimentar amor por la vida misma. Para serte sincero, Moe, me siento mal por haber tardado tanto —le dije, bajando la vista hacia la arena, muy apenado.

—Deja de azotarte, Jack. Es como ya te dije: estás exactamente donde se supone que debes estar. Deja de preguntarte por tu camino

y disfruta del lugar donde has llegado. Te estaba destinado todo lo que te ha sucedido mientras caminabas. La aceptación es ahora la clave. *Ahora* es un tiempo especial en tu vida; saboréalo. Estás recuperando tu vida original, la vida que te estaba destinada antes que otras cosas se te cruzaran en el camino.

De pronto el rostro de Moe se había iluminado con una gran sonrisa. —Ya es tiempo de que vuelvas a disfrutar de la vida —dijo —. Cuando era niño, mis padres solían decir que me brillaban los ojos. Me decían que de verdad había chispas en ellos. Y ahora veo lo que me querían decir: los ojos de los niños que juegan siempre brillan.

—Bueno, también fui un niño muy lleno de ilusión.

—Quiero que recuperes ese brillo. Y si lo consigues, el corazón se te abrirá aún más y empezará a susurrarte su verdad.

—Me encantaría que eso sucediera, Moe.

—Y así será. Mi consejo es que empieces a hacer más cosas que te producen contento. Haz caso de tu bendición y empieza a hacer más de esas cosas que antaño te hacían cantar el corazón. A medida que envejecemos, perdemos de vista las cosas que nos aceleraban el pulso.

—Ni siquiera puedo recordar cuáles eran mis pasiones — confesé, tristemente. —No hay problema. Ellas te encontrarán a ti cuando empieces a buscarlas —me tranquilizó Moe—. Hazte preguntas, pues el mero acto de preguntarse a uno mismo hará que surjan muchas de las respuestas que buscas. Pregúntate cosas como «¿qué hacía antes que me llevaba a sentirme bien conmigo mismo?» O «si no tuviera que trabajar, ¿cómo pasaría mis días?» También te sugiero que empieces a escuchar más. —¿Escuchar qué?

—Esas llamadas interiores, Jack. Presta mayor atención a esos silenciosos dictados que hablan desde los lugares más profundos de ti. Están allí, tienen voz y anhelan que escuches. Los conocías de niño. Aprende a conocerlos de nuevo como adulto. —Estoy tan desapegado a ese tipo de cosas que temo que he perdido toda conexión con esa parte más profunda de mí mismo. Sé que estoy cerrado y que en realidad vivo en la cabeza. Pero estoy dispuesto a empezar a escuchar esas llamadas interiores que mencionas.

—Estupendo —comentó Moe—. Tu intención de empezar a escuchar más el corazón es un paso gigantesco para abrirlo y

aprovechar los enormes regalos que tiene para ti. Las meras intenciones son como enormes olas que caen como cascadas en el universo e inevitablemente terminan entregando dones maravillosos. Sigue escuchando y observando.

»Recuerda, Jack, que nuestros corazones nos hablan en los espacios de silencio de nuestra vida. Dedica tiempo a reflexionar. Y confía en que llegará un momento en que todos los cambios que esperas van a presentarse en tu vida.

—El universo es un lugar amistoso —agregué, repitiendo lo que se estaba convirtiendo en una especie de mantra mientras viajaba por las aguas no cartografiadas de mi vida.

—Eso es, hermano. Si confías en eso todo funcionará bien y entonces, sin que importe qué suceda, tu nueva realidad acudirá hasta ti. Es como el poema que el sufí Rumi recitó hace tantos años: «No ceses de llamar y la alegría de dentro finalmente abrirá una ventana para ver quién está ahí». Estos dictados te conducirán en ciertas direcciones, son las voces de tu corazón que te guían en la dirección de tu destino. Ten el valor de establecerte en el misterio de tu vida y podrás avanzar por tu camino.

—¿Vivir en el misterio? Es una manera bastante precisa de decirlo, Moe. —Bueno, he descubierto que lo único con que puedes realmente contar en la vida es con lo inesperado. La magia que es tu vida se despierta cuando te instalas en el misterio de todo esto. Todos deberíamos pasar más tiempo en la fantasía a que está destinada nuestra vida. Amo esas palabras de T. H. Huxley, que dice al respecto: «Siéntate ante un hecho como un niño y prepárate para abandonar toda noción preconcebida. Sigue dondequiera, humildemente, cualquier abismo que te ofrezca la naturaleza, o nada aprenderás».

Y diciendo eso, Moe se sentó en la arena y me indicó que hiciera lo mismo. Empezó a construir un complicado castillo de arena, con sus torres y con un puente fabricado con una concha. Trabajó un tiempo en silencio. Finalmente continuó hablando.

—El corazón nos desea libres —dijo, mientras daba los últimos toques a su obra de arte—. Uno de los mayores deseos del corazón es que seamos exploradores, que viajemos por la vida sin perder el asombro; pero esto no sucederá si nos cerramos a las posibilidades de la vida. Verdaderamente necesitamos abandonar todas las

nociones preconcebidas acerca del aspecto que debe tener nuestra vida y acerca de lo que implica ser feliz. De verdad trato de «seguir dondequiera, humildemente, cualquier cosa que me ofrezca la naturaleza». ¿Quién soy para jugar a Dios con mi vida?

—Qué afirmación más profunda, Moe. Es evidente que has pensado mucho en esto. —Más que pensado sería más apropiado decir que he sentido mucho esto —fue su comentario—. Y una afirmación aún más profunda sobre esto mismo es la de Einstein, que cierta vez dijo: «Lo más hermoso que podemos experimentar es lo misterioso. Es la fuente de todo arte y ciencia verdaderos. Aquél a quien esta emoción le resulta extraña, aquél que ya no puede hacer una pausa y maravillarse ni detenerse y quedarse atónito, bien podría estar muerto; sus ojos se han cerrado».

—Así que estamos más plenamente vivos si vivimos con la sensación de maravilla y asombro. Parece una forma muy libre de vivir —dije—. Abierta al misterio de todo. Creo que podría hacerlo.

—Este modo de desenvolverte como ser humano despertará de vez en cuando tus miedos. Es natural. Pero siente esos miedos y actúa de todas maneras. Deja, sencillamente, que los miedos te invadan, deja que te laven. Finalmente pasan. Y ésta es la clave: *Para que tu vida sea grande, tu fe debe ser mayor que tus miedos*. Sólo cuando tienes fe en el hecho que, como dices, el universo es un lugar amistoso y es mayor que los miedos que te han limitado, sólo entonces acudirá a ti tu vida más brillante. Tu fe en el hecho que el mundo tiene en cuenta tus mejores intereses pero suele enviar sus milagros disfrazados de dificultades tiene que ser mucho más grande que el temor de que esas dificultades te arruinen la vida. Tu fe en la inteligencia del universo tiene que ser mucho más grande que tus temores de estar solo. Hay un plan mucho mayor que se está desplegando y debes confiar en él. Si lo haces, el encantamiento de tu vida tendrá permiso para emerger a la superficie.

Moe se rascaba el estómago y se estiraba un poco.

—En cualquier caso, y volviendo a la recuperación de tus pasiones, cuando crecemos en ambientes donde no hay mucha autonomía personal, en otras palabras cuando siempre se nos dice qué hacer, perdemos contacto con los verdaderos deseos de nuestro corazón. Perdemos esa conexión con las preferencias y las cosas que

nos hacen cantar el corazón. Perdemos el sentido de lo que amamos y nos hacemos adultos que ni siquiera saben cuáles son sus verdaderos deseos. En consecuencia, no sabemos cómo hacer que nos lata el corazón ni saborear la experiencia de una vida plena, comprometida y vivida en el ahora. Y así nuestras pasiones quedan sepultadas en nuestro interior.

—¿Sepultadas?

—Sí. No sé si lo sabes, Jack, pero el conocido pintor James McNeill Whistler estudió en la academia militar de West Point. Estaba en clase de ingeniería y el profesor les pidió a los alumnos que dibujaran un puente. Whistler dibujó un maravilloso puente de arcos de piedra y agregó dos muchachos pescando, felices. El profesor vio a los dos niños, se molestó y pidió a Whistler, de mala manera, que los eliminara del puente. Whistler volvió a dibujar y esta vez situó a los dos muchachos en la ribera. El profesor se enfadó mucho más y exigió a Whistler que suprimiera por completo esos niños. Whistler lo hizo, pero en la versión final del dibujo reemplazó la imagen de los dos niños por algo que hizo temblar al profesor.

—¿Qué hizo Whistler?

—Dibujó dos pequeñas lápidas al borde del río, con los nombres de los niños. —Creo que comprendo este punto de sabiduría —dije —. Cuando perdemos conexión con el corazón, esencialmente perdemos conexión con el niño entusiasta que hay en nosotros.

—Sí, Jack. Y hay que practicar mucho para volver a conectarse con las cosas que nos hablan más profundamente y así recuperar esa chispa de la infancia. Cuesta mucho trabajo volver a saber quiénes somos verdaderamente.

—¿Qué clase de trabajo?

—Una vez más: trabajo interior. Empieza reflexionando diariamente en las cosas que te hacen feliz. Por ejemplo, ¿qué actividades te dan energía y te hacen sonreír? Escríbelo, pues anotar tus reflexiones ahonda su comprensión. Son los anhelos de tu corazón que *debes* satisfacer si esperas crearte una vida extraordinaria. En palabras de Joseph Campbell: «Si sigues tu felicidad, te sitúas en una especie de pista que siempre ha estado allí, a la espera de ti, y la vida que debieras vivir es la vida que vives. Cuando ves esto, empiezas a conocer gente que está en el

campo de tu felicidad y ellos te abren puertas. Digo que sigas tu felicidad y no tengas miedo; las puertas se te abrirán donde no sabías que iban a abrirse».

—Es una afirmación increíblemente rica —comenté.

—Así es. Cuando sigues los anhelos de tu corazón y escuchas los deseos de tu verdadera persona, se te abre un universo de posibilidades y atravesarás el umbral hacia una realidad completamente nueva. Habrá coincidencias significativas; por ejemplo, el trabajo adecuado aparecerá en el momento adecuado. Parecerá que tienes un toque mágico que atrae la mejor gente y las mejores oportunidades a tu vida. Pero estos acontecimientos sólo serán una confirmación, de parte del mundo, de que te encuentras en el buen camino.

Mientras Moe hablaba, una ola enorme se estrelló contra las rocas y nos salpicó con la frescura del océano. Más que alborozado, me sentí molesto; pero Moe empezó a reír. —¡Esto sí que hace bien! ¡Golpéame con algo más! —le gritó al océano sin el menor recato. Y luego continuó hablando:

—También es muy importante detener la lucha —observó.

—¿Qué me quieres decir con eso? —pregunté.

—Cesa de luchar y empieza a ser. La lucha genera estrés y el estrés es un gran obstáculo para vivir en estado de gracia, de serenidad y de flujo, para lograr ese estado que necesitas para que acuda a ti tu mejor vida. Cuando formaba parte del mundo empresarial, sólo veía gente que luchaba, empujaba y no dejaba de intentarlo. Había demasiado *hacer* y poco *ser*. Así no funcionan las leyes de la naturaleza. Para que una flor crezca no hay ni lucha ni intentos; sólo sucede. Ocurre un amable y natural despliegue. Tratar de empujar a la flor para que crezca sólo consigue matarla. Y sin embargo a eso nos solemos inclinar en la vida. No puedes empujar el océano, Jack. Tienes que dejarlo fluir. Y si no comprendes este punto y continúas el combate, estás actuando, básicamente, contra las reglas de la naturaleza.

—Y eso trae problemas, supongo.

—Bueno, no lo diría de manera tan tajante, pero sí diría que si te opones a las reglas de la naturaleza, sin duda muy pronto recibirás unas cuantas lecciones. —De acuerdo.

—Así que te digo que te dejes llevar por el flujo de la vida un

poco más. Y entonces la vida fluirá en ti. Vive en un estado de tranquila entrega, acepta que la vida te entregue lo que te tiene reservado. Deja de luchar con ella, deja de condicionar tu felicidad a que las cosas tengan un aspecto determinado. Por irónico que parezca, si lo haces, tu vida empezará a mejorar y la verdadera felicidad fluirá hacia ti. Deja de analizar cada suceso como bueno o malo; experiméntalo. Ese es el camino que conduce al dominio: el desapego de los resultados. No dejes escapar las mejores horas de tu vida. Deja de luchar y entrégate a la energía que verdaderamente dirige el mundo. La misma energía que creó este poderoso océano te ha creado a ti. En vez de combatirla, únete a ella, deja de luchar tanto por lo que deseas en la vida. Es una de las paradojas del mundo: aquello que persigues se te escapará. En la medida en que dejes de preocuparte por lo que te deparará la vida, mejores cosas te deparará.

—De acuerdo, Moe, entiendo. Supongo que he de renunciar a la vida frenética que he vivido. Debo retirarme de esa lucha y dejarme envolver por lo que se despliega, a sabiendas de que estoy precisamente donde debía de estar. Supongo que me estás diciendo que deje de controlar mi vida y simplemente me entregue a ella, confiando en que, sin que importe el aspecto que tenga, todo es parte de un plan mayor.

—Sí. Tu vida, mi vida, toda vida es tan hermosa. Pero sucede que no dedicamos tiempo a verlo. Por eso importa tanto desacelerar. ¿Por qué tienes tanta prisa siempre? ¿Hacia dónde corres?

—En realidad nunca había pensado mucho en ello. Pero tienes razón. Hasta hace pocas semanas, mi vida era sólo esa larga carrera. Lo curioso es que empiezo a advertir que ni siquiera sabía dónde estaba la meta. Corría sólo por correr. Quizá quería estar tan ocupado para parecer importante.

—Probablemente sea parte del asunto —asintió Moe.

—Creo que también lo hacía para alcanzar cierta plenitud y llenar uno de esos agujeros interiores que has mencionado.

—Es probable. Pero el punto es éste, Jack: disfruta del proceso, del gran despliegue de tu vida. Hazte más presente en la vida, muéstrate más y saborea los momentos. Es lo único que en realidad importa, El camino es mejor que el final.

Moe tenía razón. La vida no es más que una serie de momentos. Si los pierdo, la pierdo. Era tiempo de cambiar radicalmente.

—Pero si quiero trabajar sobre mí mismo para desarrollarme como ser humano, ¿acaso no debo trabajar lo más duro y rápido que pueda para cambiar lo más pronto posible?

—Buena pregunta. Pero yo te pregunto: ¿Qué es la prisa? La vida es un proceso, Jack. Y también está lleno de paradojas. Esta es otra: Si vas demasiado rápido, en realidad haces más lento el proceso.

—El padre Mike me enseñó lo mismo.

—Bueno, tiene razón. Si apresuras tu transformación personal, vas a retroceder. Tienes que dar espacio a tu aprendizaje. Aprende, hace y después *sé*; ése es el camino del maestro.

—¿Aprender, hacer y después *ser*?

—Sí. Para aprender cualquier habilidad, especialmente la de vivir una vida basada en amar lo que estás haciendo y vivir el momento, hay tres pasos para alcanzar el dominio. Primero aprendes lo que necesitas aprender, lo que puede lograrse leyendo los libros adecuados que tratan de la habilidad que quieres dominar. Después necesitas que el aprendizaje se asiente y se integre en tu vida. Eso sucede *experimentando* en el laboratorio de tus días lo que has aprendido. Es la parte «hacer» de la fórmula. No bien sucede eso, y puede tardar bastante, accedes finalmente a la parte «ser» de tu vida. Allí viven los maestros. No tratan de vivir, sencillamente viven. Y no tratan de estar presente, sencillamente están.

—Tienes ideas verdaderamente interesantes, Moe. Sencillas y profundas en muchos sentidos.

—Y profundamente sencillas. Ahora te indico otra manera de expresar lo que acabo de enseñarte. Hay cuatro etapas por las cuales debes pasar si quieres convertirte de principiante en maestro. La primera es la *incompetencia inconsciente*. Es triste, pero la mayoría de la gente pasa en ella su vida entera. En esta etapa introductoria, no sabemos lo que no sabemos. Somos esencialmente inconscientes, estamos dormidos ante lo que verdaderamente somos y ante lo que nuestra vida puede ser. Pero en cuanto abrimos los ojos y despertamos aceptando alguna responsabilidad sobre nuestra vida y la creación de nuestro destino, pasamos a una segunda etapa,

la de *incompetencia consciente*. Aquí desarrollamos un estado de alerta ante lo que no sabemos.

—En otras palabras, ¿nos hacemos conscientes de nuestra incompetencia acerca de cómo dirigir la vida?

—Exactamente. Una vez aquí, si nos mantenemos conscientes y continuamos trabajando interiormente para abrirnos, pasaremos a la próxima fase, la de *competencia consciente*. Ésta se caracteriza por los maravillosos resultados que empiezan a manifestarse en la vida. Estamos creando conscientemente una existencia extraordinaria. El único problema es que aún nos esforzamos. Todavía hay lucha.

—Y eso genera estrés —le interrumpí.

—Correcto. Somos conscientemente competentes en la manera como conducimos la vida. Es un buen lugar donde estar, pero verdaderamente no lo es para vivir. Todos deberíamos aspirar a la última y más alta etapa, la *competencia inconsciente*. Esta etapa de la vida es la de dominio verdadero. Y no tiene que ver con aprender más o hacer más, es sencillamente ser.

—Comprendo —dije—. Me gusta cómo explicas el proceso. ¿Así que éste es el viaje de la vida al que todos deberíamos aspirar?

—Eso creo yo. En cualquier caso, lo que importa ahora es que estés tranquilo. Relájate. «Suéltate», como decimos en Hawai. «La velocidad perfecta, hijo mío, es estar allí», decía Richard Bach. Es hora de que «estés allí» otra vez en tu vida.

Moe fue a su «palacio» y regresó con un almuerzo de bocadillos de atún y más fruta fresca. Comimos en silencio durante lo que se me antojó una hora, gozando de la belleza del deslumbrante lugar y disfrutando del sol en la cara.

—Sí, vivir en la cabeza y lejos del corazón es una manera algo estresante de vivir, amigo mío —dijo finalmente Moe, que continuaba mirando el mar—. No es una manera elegante de vivir. Hay modos mejores de experimentar el sendero de la vida. Quizá la mejor manera de decirlo sea la siguiente: en lugar de tratar de controlar la vida empieza a sentir curiosidad por ella.

—¿Y qué significa exactamente eso?

—En lugar de tratar de saber y controlar todo, vive en estado de curiosidad. No hace falta que sepas dónde vas a estar dentro de un año, ni siquiera hace falta saber qué estarás haciendo dentro de un

mes. Apártate de esa necesidad de certidumbre que todos tenemos y acércate hacia la curiosidad que todos necesitamos. Sencillamente, sé. Vive el momento con toda la fuerza de tu vida y goza del regalo del presente. Los tesoros de tu vida se te presentarán por sí mismos sólo si verdaderamente estás abierto a ellos. —Pero seguro que no me quieres decir que no necesito *hacer* algo. ¿Cómo vamos a crearnos una vida extraordinaria si no hacemos algún esfuerzo? No se puede afirmar así sin más que está mal tener metas, hacer planes y trabajar duro.

—Interesante. Pero todo es como una balanza, ¿verdad? Todo eso que has mencionado fluye de la cabeza, y está bien. Ahora, en tu caso, es hora de que entre en acción el corazón. Deja de tratar de controlar la vida y la forma como actúa la naturaleza. No sabes qué es mejor para ti. De verdad no lo sabes.

—Supongo que mi inteligencia no puede ser más poderosa que la inteligencia que gobierna el mundo —reconocí.

—Una idea brillante, Jack. Ábrete más, entonces. Allí fuera hay un mundo más grande de lo que crees. Vive curiosamente. Vive en el asombro. Vive maravillado. Me gustaron esas palabras.

—Empieza por estar más alerta y consciente —continuó Moe—. Busca claves, detecta patrones y conecta los puntos. Verifica las sincronías y descubre que esas hermosas coincidencias sólo son tu mejor vida que acude a ti. Puedes practicar estar alerta sencillamente prestando más atención a lo que sucede alrededor. Has de estar más atento a la danza de la vida. Mientras caminas hacia el trabajo, por ejemplo, en lugar de dejarte poseer por tu diálogo interior, entrena la mente para que detecte lo que hay en el mundo exterior. Repara en el color del cielo y en las formas de las nubes. Observa las hojas que caen de los árboles y cómo el sol da calidez a tu cara. Siente tus pies mientras entran en contacto con la madre Tierra. Incluso te sugiero que atiendas a los latidos de tu corazón. Si practicas todo esto, saldrás de la cabeza y te acercarás al corazón. Experimentarás más vida en tus días. Y te divertirás mucho más. Una manera mucho más poderosa de salir de tu cabeza y situarte en el corazón y en el cuerpo es sencillamente… salir de la cabeza y situarse en el cuerpo.

—¿Qué? —dije, confundido.

—Una de las maneras más eficaces de salir de la cabeza y

apartarse de todo el parloteo mental que impide que vivas en el presente es pasar más tiempo en tu cuerpo. —¿Y cómo hago eso?

—Presta atención a las sensaciones de tu cuerpo —fue la respuesta—. En los días cuando la cabeza te funciona a un ritmo frenético, pregúntate ¿cómo me siento? ¿Qué sensaciones hay en mi cuerpo en este momento? ¿Siento tensión en el pecho, me molestan los pies o me duele el corazón? Esta poderosa y sencilla técnica te sacará enseguida de la cabeza y te conducirá al corazón. Y si vives más en el corazón, notarás que gozas más el viaje de la vida.

—La lucha termina —agregué.

—Así es. No hace falta que lo controles todo, Jack. Todos tus temores participan entonces. La vida es una gran novela de misterio que contiene la historia de toda tu vida. ¿Qué gracia tendría si sabes cómo se desarrolla y cómo termina antes de que llegues al último capítulo? ¿Qué pasa si alguien te cuenta el final de una película antes que la veas? —No tendría ninguna gracia, perdería lo mejor.

—Correcto. Como dices, el universo es un lugar amistoso y suceda lo que suceda siempre es para mejor. Tu destino se desplegará como está previsto. Mientras, disfruta del presente. Vívelo en plenitud. Auténticamente. Gózalo. Vívelo desde el núcleo de tu corazón. La vida se hará cargo de sí misma. Pero basta de enseñanza por hoy. ¡Vamos a surfear!

Y diciendo esto, Moe Jackson, el millonario genio de la publicidad convertido en hippie surfista se puso de pie de un salto, cogió su querida tabla de surf y se adentró en el mar.

9

Crecer en una playa

«El proceso de la vida debiera ser el nacimiento de un alma. Esta es la alquimia más elevada y justifica nuestra presencia en la tierra. Es nuestro llamada y nuestra virtud.»

Henri Frédéric Amiel

Las primeras dos semanas con Moe se cuentan entre los días más asombrosos de mi vida. Nos levantábamos temprano, desayunábamos juntos fruta fresca y pasábamos las horas siguientes caminando por la playa mientras compartía conmigo su sabiduría acerca de abrir el corazón y sentir amor por la vida. Me encariñé profundamente con este hombre maravilloso que me enseñó los caminos del corazón y el valor de ser menos rígido, espontáneo y entusiasta. Admiraba lo que había hecho: dejar el mundo material para ir tras el canto de su corazón. Y respetaba la persona en que se había convertido. Como el padre Mike, Moe era amable, afectuoso y estaba lleno de amor.

Una de las mejores maneras que he encontrado para vivir desde el corazón es pasar de la condena a la compasión —me empezó a decir Moe una mañana mientras se asoleaba en la playa—. El acto mismo de desarrollar un poco de conciencia acerca de ser una persona más amante te abre el corazón de una manera muy bella. Presta más atención al modo cómo tratas a los demás. Pasa más tiempo reparando en sus fortalezas y no tanto en sus debilidades. Recuerda que en tu lecho de muerte nunca te arrepentirás por haber amado o por haber confiado y derramado amor incondicional. Al final de tu vida puede que descubras que eso fue lo mejor y más satisfactorio que hiciste. Si el amor y la bondad que entregas se tornan más deliberados y más intencionales vas a fortalecer *tu*

corazón. Parece una técnica obvia para fortalecer los músculos del corazón, pero se la suele pasar por alto.

—¿Pero acaso una vida más consciente no es vivir en la cabeza? —pregunté mientras partía una sandía en el banco de madera que había junto al jardín de Moe.

—Buena pregunta. Sí y no. Estar alerta y consciente no sólo ocurre en la cabeza, sirve para crear un puente hacia el corazón.

—Muy bien. ¿Entonces cómo puedo construirme cierta conciencia acerca de ser una persona que ama más?

—Bueno, una de las cosas que me ayuda es meditar en ser la persona amante que quiero ser.

—Estos días te he oído hablar de la meditación. ¿En qué consiste? —pregunté. —La meditación no es más que el uso de la mente y la imaginación para crear una mejor vida interior —respondió Moe—. Consiste en visualizar cómo te gustaría ser en determinadas circunstancias. La meditación es una visualización gloriosa, concentración mental con un sesgo de desarrollo personal. Pero si la haces regularmente, abrirás nuevos senderos en tu cerebro y suavizarás el corazón. Y empezarás a acceder al amor que hay en ti. Porque tu meta es ser más amoroso en el mundo, ¿verdad? —Así es —asentí.

—Estupendo. Cuando te levantes por la mañana —y me gustaría que lo intentaras estos días— busca un lugar tranquilo en la playa y siéntate cómodamente. Cierra los ojos y empieza a respirar hondo. Respirar adecuadamente es vivir adecuadamente, y respirar lenta y profundamente te llenará de calma. Te sacará de la cabeza y te llevará al cuerpo, al corazón.

—¿Y desaparecerá parte del parloteo mental?

—Por supuesto. Ahora concéntrate un momento, por favor, Jack. A medida que te relajas te irás abriendo a sugerencias. Entonces puedes empezar a reescribir tu manera de conducirte en la vida y crear un patrón del ser humano más amoroso que quieres ser. En ese estado es casi como si fueras un arquitecto que crea su plano ideal. Y en cuanto has dibujado el plano en el lienzo de tu imaginación, el mundo exterior podrá reflejarlo según tu designio personal.

—Muy buen modo de decirlo, Moe. Así que si medito todos los días y dibujo en la mente esas imágenes sobre ser más bondadoso y

cálido, ¿lo podré trasladar a la realidad? —Es inevitable que así sea, es una de las leyes más importantes de la naturaleza. Medita en cómo quieres tratar a la gente en la vida, Jack. En realidad te puedes ver a ti mismo actuando de manera más compasiva en las situaciones difíciles que regularmente se te presentan. También puedes hacer meditaciones «a corazón abierto», como imaginar que tu corazón es una flor y luego observarlo abrirse y verter amor en el universo. —Hermoso.

—Y hacer este tipo de ejercicio diariamente te ayudará a dejar de condenar y de imputar defectos a las personas que te rodean y entonces las verás en su luz, con compasión y amor auténtico. Podrás ver su inocencia y las podrás amar por lo que verdaderamente son. Otra manera de abrir el corazón es ayudar más. Esta estrategia también parece de sentido común, pero el sentido común no es muy común en estos días —observó Moe mientras se ajustaba las gafas de sol.

—De acuerdo. Una vez escuché decir a un conferenciante que las cosas más fáciles de hacer son también las que con mayor facilidad *no* se hacen.

—Es verdad. Puedes avanzar enormemente en el trabajo con tu corazón si ayudas a otros desinteresadamente. El mejor modo de reducir tu sufrimiento personal es reducir el sufrimiento de otros. Mientras más ayudas genuinamente a otros, mejor latirá tu corazón a un ritmo nuevo. Mientras más des a otros con la sincera intención de elevar su vida a un nivel superior, más te recompensará el mundo mejorándote a ti. No es tan difícil, sólo requiere comprensión y entrega. Y debo destacar que dar a la espera de recompensa no es verdaderamente dar. Antoine de Saint-Exupéry lo dice muy bien: «El amor verdadero empieza cuando no se espera retribución alguna». Piensa en ello, Jack. Cuando abres el corazón a otro ser humano y de verdad le ayudas, ¿cómo te sientes?

—Estupendamente —contesté, recordando las escasas ocasiones en que me había interesado más en el bienestar de otro que en el mío propio.

—Correcto. Cada vez que haces algo bueno a otra persona —y esto es muy importante— no sólo mejoras su vida, también mejoras tu propia valía. Mientras más sirves a otros, mejor te sentirás contigo mismo en un nivel muy profundo. Mejorará tu autoestima y

te sentirás mejor como ser humano. Y en un nivel profundo, algo empezará a cambiar y a crecer. ¿Sabes qué?

—No.

—El respeto de ti mismo, la cantidad de amor que tienes por ti mismo —dijo Moe y bebió un sorbo de agua y me ofreció a mí—. ¿Quieres?

—No, gracias, estoy bien.

—Lo que es mío es tuyo, Jack.

Sabía que lo decía de verdad.

—Apuesto a que crees que nunca salgo de esta playa, ¿verdad? —preguntó Moe, cambiando de tema.

—Me lo he preguntado. Pero es un lugar asombroso. Entendería muy bien que quisieras estar siempre aquí.

—Bueno, déjame compartir algo contigo. Todos los viernes por la mañana llega mi amiga Samantha en su vieja camioneta y vamos al pueblo. Pasamos el resto de la mañana cocinando en el centro de asistencia local para los inmigrantes sin trabajo y las personas sin techo. Es una de las actividades más importantes de mi vida. Me proporciona un profundo sentido y me hace sentir que estoy contribuyendo a la sociedad. La felicidad proviene de dedicar la vida a ayudar a otros. Había leído antes esa noción en libros, pero he empezado a vivirla y comprobado que es verdadera. Creo que el servicio y los actos de bondad para con otros es el alquiler que pagamos por vivir en este planeta. Recuerda, por favor, que la mano que da es la mano que recoge y que el dar origina el proceso de recibir.

—Así pues, cuando regrese a casa, puedo prestar más atención a la ayuda a los demás —le dije—. Puedo ser más amigo de mis amigos y de verdad pensar estar con ellos cuando más me necesiten. Podría reservar un poco de tiempo cada semana para realizar algún trabajo voluntario o algún servicio a la comunidad. Puedo ayudar a la gente que me importa para que logre sus sueños y vivan su verdad más alta, en lugar de preocuparme tanto por cuánto me va a tocar a mí. Si lo pienso bien, podría ser más desprendido sencillamente realizando actos de bondad y amor con extraños en la calle. Sería divertido pagar el peaje a la persona que me sigue en el puente cuando voy diariamente al trabajo. Sería estupendo invitar a alguien a un café en la cafetería que frecuento. Sería fabuloso

compartir un poco más de mí mismo con las personas que me rodean. Podría ceder el paso a las personas que se me cruzan en un atasco en la carretera y sonreír más en el camino. De verdad aprecio el valor de todo esto, Moe.

—Son ideas excelentes, especialmente la de apoyar los sueños de los demás y las buenas acciones con extraños. Hacer actos de bondad cada día parece una estrategia tan sencilla, y sin embargo es una de las cosas que todos olvidamos. Siempre he creído que una vida grande no se mide por décadas sino por buenas acciones. Pero tengo que decir que, de lejos, el mejor modo como he crecido en un lugar donde puedo manifestar amor sin límites por los demás es creciendo en un lugar donde pueda mostrar amor sin límites por mí mismo. Jack, te prometo que tu vida pasará a un plano completamente distinto en cuanto practiques el arte de amarte a ti mismo.

—De verdad me gustaría quererme más —dije—. ¿Estás diciendo que no puedo dar amor a otro si no siento amor verdadero por mí mismo?

Asintió.

—Sí. El amor a uno mismo es el combustible que impulsa el cambio personal y te ayuda a convertirte en una persona que ama a los demás.

—He pensado mucho en el amor a uno mismo estos últimos días, Moe. Creía quererme, pero mientras más profundizo en mi ser más advierto que hay muchas partes de mí mismo que he negado. Creo que alimento mucha ira conmigo mismo a propósito de algunas cosas que me han sucedido en el curso de la vida. Y por primera vez empiezo a caer en la cuenta de ello y a apreciar cuanto impregna cada interacción con los demás y también la manera como me vivo a mí mismo.

—Bueno, tendrás que trabajar este punto. La mayoría de nosotros tiene una tonelada de ira no sentida que proyectamos en el mundo, que colorea cada cosa que hacemos y que somos como personas. Incluso eso atrae a personas que exhiben su propia ira cuando se relacionan con nosotros. Necesitas expulsar la ira que te endurece el corazón y luego lidiar con la tristeza remanente. Después tendrás que aplicarte a trabajar el temor y la pena, que son las capas siguientes que te recubren el corazón. Y sólo entonces

encontrarás el perdón que se requiere para avanzar en la vida. ¿Sabes que el perdón es algo que haces por ti mismo?

—¿De veras?

—Sí. Todas las heridas pasadas aún sin perdonar te pesan en la espalda y te arrastran hacia abajo mientras en la vida intentas avanzar. Cuando haces el trabajo interior que implica trabajar esas heridas sintiendo la ira y experimentando la tristeza en el camino del perdón, te quitarás esos pesos de encima de una vez por todas. Se libera un peso enorme, una luz nueva entra en tu mundo y entonces puedes avanzar y llevar al mundo la luz que eres. Recuerda, Jack, que no puedes avanzar a medias, que no puedes dar un paso si dejas atrás el otro pie clavado en la vieja herida: es lo mismo que no avanzar. Ahonda y ahonda, Jack, y suelta todo el lastre de tu pasado que puedas. De este modo, al final, lo habrás logrado.

—La jornada de la vida es verdaderamente como un regreso a casa —dije—. El padre Mike me lo enseñó.

—Y una vez más el padre Mike tiene razón —dijo Moe, sonriendo—. Me gusta también lo que dijo Mark Twain: «El perdón es la fragancia que despide la violeta en el talón que la aplasta».

—¡Una frase genial! —exclamé, entusiasmado.

—Ya ves, Jack, el perdón no es condonar lo que alguien te hizo en el pasado. Es aceptar lo que te hicieron y comprender que quien te causó daño lo hizo porque tenía miedo. Mientras realizo mi propio trabajo interior para aceptar algunas cosas que me han dolido en la vida, a menudo recurro a la Oración de la Serenidad, que dice: «Que Dios me dé serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las que puedo y sabiduría para advertir la diferencia».

—Es una manera muy evolucionada de vivir, Moe, ésta de considerar que quien te ha herido lo ha hecho porque sentía miedo.

—Pero creo que es así. En la vida o bien estás en estado de amor… —O en estado de temor —le interrumpí.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿También te lo enseñó el padre Mike?

—Así es —dije, y sonreí.

—Bueno, él sabe de lo que habla. Si no actúas por amor a otra persona —y esto vale lo mismo para tu madre que para un extraño —, actúas por temor. Así que quien te hace daño, actúa de esa

manera porque siente temor en un nivel profundo.

—Creo que un ejemplo me ayudaría, Moe. La idea no es fácil y me resulta difícil entenderla —confesé, sentándome junto a él en la arena a tomar el sol. —No te compliques. Digamos que diriges una empresa y uno de tus empleados te estafa un montón de dinero.

—No sería fácil perdonarlo.

—Pero lo ha hecho por temor. ¿Por qué no podrías perdonarlo?

—¿Cómo que ha actuado por temor? ¡Me ha robado mi dinero!

—Una persona actúa por amor o actúa por temor, ¿correcto? —preguntó Moe, directamente—. El temor no significa necesariamente miedo por la propia seguridad. Ése es sólo un tipo de miedo. Hay muchas otras formas, que nos controlan en niveles profundos. Podemos temer que se aprovechen de nosotros. Podemos tener miedo de parecer estúpidos. Podemos temer que nos abandonen. Podemos temer que no nos apoyen. Podemos temer que nos traicionen.

—¿Y qué miedo pudo motivar al ladrón de tu ejemplo? —pregunté, intrigado por la argumentación de Moe.

—Pudo ser miedo a la carencia. Quizá no es consciente de la increíble abundancia del mundo ni cómo sus riquezas fluyen en la vida cuando se deja de lado el temor a que no haya bastante. Quizá tiene profundamente arraigada la creencia de que es incapaz de vivir una vida próspera si trabaja duro y trata bien a la gente, y por eso te robó el dinero. O tal vez temía no ser competente como ser humano y como empleado, y temía que le despidieran. Necesitaba dinero para alimentar a su familia, así que robó *tu* dinero. Sus actos son claramente equivocados y no podemos condonar su conducta; pero tiene miedo. Está asustado y esto le sucede en un nivel psicológico profundo. ¿Castigas a un niño asustado?

—No, creo que no.

—Bueno, ¿qué haces entonces? —preguntó Moe.

—Le doy amor, le apoyo, le consuelo, le ayudo.

—Exactamente. Y eso necesitas hacer con el hombre que te robó el dinero. Lo perdonas, le ayudas y le muestras amor.

—¿Le muestro amor? —pregunté, incrédulo.

—Sí, debieras hacerlo. Y si fueras capaz, estarías actuando a un nivel tan extraordinario de iluminación y poder personal que tu vida sería un puro disfrute. En este estado, los tesoros más

asombrosos saldrían a tu encuentro. En el caso de nuestro ladrón, por lo menos necesitarías perdonarlo si deseas avanzar en la vida. Sería importante que indagaras por qué te ha herido, aceptar lo que te hizo y luego borrarlo de tu vida. Para avanzar verdaderamente, tienes que dejar de lado el asunto y comprender que ese suceso trajo consigo un don. Había una oportunidad y una lección en el dolor que padeciste.

Acepta la lección y continúa.

—La vida es una escuela de crecimiento.

—Así es —confirmó Moe.

—Necesito trabajar más en este esfuerzo por dejar de lado algunas cosas, porque parece que las cosas que me hace la gente se me han repetido una y otra vez estos últimos años. Es como una obsesión. Me agota, me priva de energías. A veces sólo quiero dormir y olvidar las cosas que me preocupan —confesé, honestamente.

—Tengo la sensación de que verdaderamente no sabes cuán llena de bendiciones está tu vida, Jack. Te propongo que adquieras más perspectiva sobre todo lo bueno que hay en ella. Me recuerdas ese viejo proverbio: «Lloraba porque no tenía zapatos hasta que vi un hombre sin pies».

Las palabras de Moe me impresionaron. Sentía las emociones en mi interior. —Nuestra vida puede cambiar cuando caemos en la cuenta de todos los aspectos positivos que nos rodean —continuó Moe—, cuando empezamos a vivir con más perspectiva y valoramos mejor la verdad. Pocos conocemos verdaderamente la verdad de nuestra vida. Nos enredamos en nuestras propias historias. Quedamos atrapados por cosas que nos sucedieron hace un año o hace dos o incluso hace diez años. Jack, también yo pasaba días preocupado por cosas que la gente me había hecho muchos años antes. Y las convertía en bastante mayores de lo que habían sido. He pensado hasta en vengarme y en hacer pagar a la gente por lo que me había hecho. Pero es una manera mezquina de conducir la vida.

—En realidad soy bastante parecido a como tú eras. Hago lo mismo; pero voy a dejar de hacerlo.

—Una máxima de Confucio dice: «Antes de empezar a buscar venganza, es mejor cavar dos tumbas» —dijo Moe riéndose.

—Brillante, Moe. ¡Por Dios, nos tomamos demasiado en serio! Estamos tan absortos en nosotros mismos que nos creemos el centro del universo. Nos engañamos creyendo que nuestros problemas son los mayores y los únicos del mundo. Pero no somos tan importantes como creemos, ¿verdad? Se dice que Stephen Hawking, el gran físico, dijo que habitamos un planeta menor de una estrella mediana situada en los límites exteriores de una de las cientos de miles de millones de galaxias. Ante eso, está claro que nuestros problemas y frustraciones no son tan grandes. Caminamos por este planeta muy poco tiempo. Sin embargo, nos tomamos tan en serio…

—Así es —concedió Moe—. Tenemos que desarrollar una mejor valoración de los dones en nuestra vida. Y si sabemos apreciar lo bueno que hay en nuestra vida, eso bueno va a crecer.

—¿Cómo?

—Piénsalo en términos económicos: ¿qué sucede cuando algo, digamos que tu casa, mejora de valor?

—Bueno, eso significa que aumenta su precio. Vale más.

—De acuerdo. Lo mismo vale para las cosas que aprecias en la vida: si aprecias el amanecer, se convertirá en una parte más valiosa de tu vida y le concederás más valor. Si aprecias a tus amigos, aumentará el valor de su amistad y valdrá más para ti. Si aprecias tu buena salud, resultará más valiosa en tu vida y la considerarás más importante.

—Me parece una manera muy inteligente de considerar las cosas —observé, enérgicamente.

—Creo que el punto verdadero es éste: vivir en un estado constante e interminable de gratitud hará que la experiencia de vivir resulte más valiosa y digna de vivirse. Cambiará tu manera de ver el mundo, gozarás mucho más con los pequeños placeres de la vida y podrás saborear las pequeñas bendiciones que cada día trae consigo. *Debes* practicar la gratitud más a menudo. Hacerlo es otra manera de abrir el corazón y amar la vida. Practicar diariamente la gratitud es lo mismo que practicar el amor todos los días.

—¿Y cómo puedo practicar la gratitud? —pregunté.

—Una de las cosas que hago todos los días es bendecir los alimentos. Antes de cada comida, doy gracias en silencio y sinceramente por la comida que voy a disfrutar: agradezco a los agricultores que sembraron la planta, al pescador que capturó el

pez, a los vendedores y al mercado por hacer todo eso disponible. Y doy gracias al mundo por concederme el privilegio de tener comida en la mesa en un mundo donde millones y millones no tienen bastante para comer. Es una técnica sencilla, pero puede crear profundos cambios en ti. Confía en lo que te digo.

—Parece poderosa. Supongo que al valorar y agradecer la comida aumentas su valor en tu vida y empiezas a dejar de considerarla algo que se da por descontado, ¿verdad? —Correcto. Y al realizar este ritual, se me abre el corazón y veo el mundo como un lugar más bello y generoso. Como te decía antes, hacer esto te ayudará a obtener perspectiva sobre lo afortunado que eres.

—Buen punto —comenté—. En esta parte del mundo en realidad no nos damos cuenta de lo que tenemos. No contamos nuestras bendiciones.

—Pero a mí me encanta escribir listas de bendiciones. Me ayudan a no perder de vista todo lo bueno que tengo en la vida.

—¿Qué es una lista de bendiciones?

—Es sencillamente un registro de todas las cosas, por más pequeñas que sean, que me gustan en mi vida. Anoto el hecho de que vivo en esta playa. Anoto el hecho de que gozo de una salud maravillosa. Anoto el hecho de que soy un gran bailarín. Anoto el hecho de que me voy a dormir bajo las estrellas todas las noches. Y, como digo, recuerdo que es una bendición el hecho de contar con comida todos los días. Podría seguir y seguir. El punto es éste: cada uno tiene una tonelada de cosas que agradecer y sin embargo la mayoría de nosotros se concentra más en las carencias que en la abundancia. Y lo curioso del caso es que mientras más te concentras en lo que es bueno en tu vida, más cosas buenas pareces atraer.

—¿Y hay otras prácticas que pudiera realizar para crearme una actitud de gratitud? —Te propongo que desarrolles la de una oración diaria, lo cual no tiene nada que ver con ser religioso. Eso es algo personal. La oración de la cual te hablo tiene que ver con ser agradecido. Inventa una oración breve, llena de emoción, que exprese tu cordial agradecimiento por todo lo que tienes. Recítala a primera hora por la mañana y a última hora de la noche. Los resultados serán espectaculares.

Moe me contempló un momento.

—Jack, puede que estas herramientas que te estoy dando te

parezcan un poco extrañas. Pero lo principal es que funcionan. Y hay otros dos modos de construir de verdad los músculos de la gratitud personal. Uno es enviar cartas de amor. —Pero no estoy enamorado de nadie.

—No hace falta. Son cartas de otra especie, no son de amor romántico, son de amor humano. Un ejemplo: digamos que cenas en un restaurante y que todo ha estado exquisito. Te recomiendo que a la mañana siguiente envíes una «carta de amor» al chef, diciéndole cuánto te gustó su comida y alabándole su extraordinario talento. Se sentirá feliz.

—Y yo me sentiré magnífico.

—Correcto. Esto aumentará tu valía personal, te sentirás mejor contigo mismo y dotado de mayores bendiciones en la vida. Si llevas a revisar el coche y la persona que lo revisa hace un muy buen trabajo, envía una «carta de amor» a su jefe diciendo que te gustó mucho la atención y que agradeces la amabilidad. Mantente alerta a la búsqueda de personas a quienes enviar continuamente esas cartas. Te recomiendo que cuando regreses a casa te compres un paquete de cien o doscientas tarjetas de felicitaciones. Siempre mantengo los ojos abiertos para ver las grandes citas o mensajes inspirados que contienen. Si encuentro alguna que me gusta, compro todas las que haya. Entonces, cada vez que alguien hace algo agradable por mí recibe mi carta de amor.

—Pero casi nunca sales de esta playa, Moe.

—Bueno, así ha sido en las últimas semanas. He estado aquí contigo, porque tengo la misión de ayudarte tal como prometí a Cal. Pero por lo general voy al pueblo de vez en cuando. Y cuando voy, busco oportunidades para expresar mi gratitud. —Me dijiste que había otra cosa que hacer.

—Correcto. La última herramienta para manifestar gratitud es dar un regalo a cada persona que conoces.

—Eso puede resultar caro —comenté muy serio.

—No me refiero a un regalo formal —dijo Moe—. Puede ser tan sencillo como sonreír a la persona que te presentan. Puede ser dar un abrazo o decir un cumplido sincero a alguien en un mundo donde hemos olvidado la importancia de la alabanza genuina. Puedes llevar a alguien una flor de tu jardín o un pastel que acabas de hornear. Incluso escuchar atentamente a una persona, y hacerlo

con el corazón abierto, es un regalo que conmoverá a las personas como no te imaginas.

Moe se me acercó. Empezó a mirarme profundamente a los ojos. Sonreía. No dijo una palabra. Sólo siguió mirándome a los ojos, enteramente concentrado. Al cabo de unos minutos sucedió algo increíble. Sentí como si se me abriera algo en el pecho. También sentí la misma sensación de comodidad y seguridad que solía sentir de niño cuando mi madre me abrazaba antes de irme a dormir.

—¿Qué me estás haciendo? —pregunté a Moe—. Me invaden unos sentimientos asombrosos.

—Hago lo que siempre trato de hacer cuando estoy con otro ser humano, Jack. Te estoy enviando amor. Tengo el corazón abierto y sólo estoy valorando todo lo que eres como persona. Mi corazón habla al tuyo y estás sintiendo eso. Cuando interactuamos con los demás, sucede mucho más que lo que somos conscientes que sucede.

—Es extraordinario sentir todo el amor que me estás enviando —comenté. —Lo sé —observó Moe—. Este es el mayor regalo que te hago.

Moe se acercó más y me dio un gran abrazo. Observé que los ojos le brillaban perlados de lágrimas.

—Eres un buen hombre, Jack —dijo—. Rezo porque emplees bien lo que estás aprendiendo. Nuestro mundo necesita desesperadamente personas afectuosas, comprensivas, amantes. Puedes ser un líder para muchos si te conviertes en modelo de esas cualidades en tu propia vida; lo sé. Confía en que mientras más amor des a los demás, más amor vas a sentir. Y confía en que mientras más abras el corazón más se te revelará la vida mejor.

Moe empezó a caminar en dirección del mar. Se mojó un pie antes de adentrarse en el mar. Muy pronto estaba nadando con la vista apuntando al horizonte. Le escuchaba reír y cantar mientras se alejaba. Mientras contemplaba a este sabio profesor gozando de los dones del momento algo muy profundo en mí empezó a cambiar… y por alguna razón empecé a llorar.

10

El surf y el amor de uno mismo

«Sólo empezamos a saber cuando olvidamos todo lo aprendido.»

Henry David Thoreau

Durante la semana siguiente ahondé en mi corazón como nunca antes lo había hecho. Ya llevaba un tiempo integrando no sólo las lecciones de Moe sino también la sabiduría del padre Mike, y los cambios que ocurrían en mi vida eran verdaderamente sorprendentes. Los conocimientos que estaba aprendiendo funcionaban, aunque algunos parecían un tanto místicos. Me sentía transformar a un ritmo más rápido del que podría haber imaginado. De verdad empezaba a conectarme con una versión más elevada de mí mismo y a ver el mundo con nuevos ojos, como me había alentado a hacerlo el padre Mike. Y no sólo eso. Me sentía más feliz que nunca y crecía en mí una profunda sensación de paz interior. En realidad nunca había sentido amor, por lo menos no como éste. Ahora lo estaba experimentando y no en relación con otra persona, aunque sabía que eso llegaría, sino en relación conmigo mismo.

—Te vas a convertir en un buen surfista, Jack —me dijo Moe el primer día de nuestra última semana juntos. Me había estado enseñando el deporte que tanto amaba, y ahora sonreía orgulloso—. Te resulta natural.

—Ya es como una pasión para mí, una de esas cosas que me hace cantar el corazón. Me siento de nuevo como un niño cuando practico surf contigo. Es fantásticamente divertido. Te estoy tan agradecido por haber logrado que me aficionara —le dije.

—No tienes que agradecérmelo. Antes de que empecemos a surfear, te quiero decir algo acerca del amor a uno mismo. Durante las últimas tres semanas he compartido muchos conocimientos

contigo y resulta evidente que muchas cosas están cambiando en ti.

—Lo que me sucede es casi milagroso, Moe. Estoy verdaderamente agradecido. —No exageremos. Para eso estoy aquí. ¿Qué propósito tiene la vida si no puedes ayudar a otros?

—Es verdad.

—En todo caso, lo estás haciendo muy bien. Puedes promover el amor de ti mismo —continuó Moe—, si utilizas con sabiduría el lenguaje que eliges para describirte. El vocabulario que utilizamos es mucho más importante de lo que creemos. Si no hablas amablemente en tus charlas contigo mismo, si no utilizas palabras amistosas en tu diálogo interno, es imposible que seas afectuoso con los demás. Mientras más amor te des a ti mismo, más disponible estarás para los otros. Esto ya lo has aprendido. No puedes dar lo que tienes, ¿verdad?

—No —dije, moviendo la cabeza.

—Así pues, es importante que recuerdes continuamente que eres dueño del amor que hay en ti. Entonces, y sólo entonces, estarás en condiciones de darlo auténticamente a quienes te rodean. Te estoy diciendo esto: sé *bueno* contigo. Sé *verdaderamente* bueno contigo mismo. Trátate como a tu mayor héroe. Y un modo de empezar a hacerlo es hablarte bien. Las palabras que usamos tienen un poder tremendo, Jack. Contiene, cada una, una energía propia.

—¿Ah, sí?

—Sí. Todo lo que hay en el mundo es energía. ¿No estudiaste física en el colegio? —En realidad, sí. Seguí varios cursos de ciencias porque un tiempo pensé estudiar medicina.

—Muy bien. Entonces deja que te pregunte. ¿Esta tabla de surf es una verdadera tabla de surf?

Estaba confundido.

—Bueno, parece que sí, ¿verdad?

—Recuerda. Vuelve a las leyes de la física. Todas las cosas que parecen materiales a primera vista, en realidad son…

—¡Energía! —le interrumpí.

—Correcto. Esta tabla de surf no es más que partículas subatómicas que se mueven a una velocidad increíblemente rápida. Y estas partículas subatómicas, como te dirá un buen físico, sólo son energía. A los ojos humanos, esta tabla parece un objeto sólido. Pero no lo es… Son las ilusiones de la vida.

—Así que todo lo que hay en el mundo es energía —comenté—. Sé que es verdad, pero es tan fácil olvidarlo. Tienes razón. Nos creemos la ilusión de que los objetos materiales son lo que parecen a primera vista.

—Sí —dijo Moe.

—¿Y las palabras que elegimos usar también no son más que energía? —Por supuesto. Los pensamientos que pensamos sólo son paquetes de energía que enviamos al mundo y las palabras son sus mensajeras.

—¿Qué me estás diciendo exactamente?

—No quiero ser muy técnico, pero vivimos en lo que los físicos han llamado un *universo holográfico*, con lo que se refieren a que lo que enviamos fuera regresa tal cual. Si tenemos pensamientos de escasez, por ejemplo, vamos a atraer mayor escasez a nuestra vida, porque esos pensamientos sólo son energía y lo semejante atrae a lo semejante. Si pensamos pensamientos de miedo, prevalecerán situaciones de miedo. Por eso el gran líder Mahatma Gandhi decía: «Nunca permitiré que nadie camine por mi mente con los pies sucios».

—¿No me podrías explicar esto un poco más? —le pedí, verdaderamente fascinado por este punto.

—Muy bien. Un pensamiento acerca de la escasez, por ejemplo *nunca he tenido dinero suficiente y es difícil hacerse rico* posee determinada energía con la cual vibran las partículas que lo forman.

—Tiene sentido.

—Y sabemos, por la física, que las cosas que vibran con la misma frecuencia se atraen unas a otras.

—De acuerdo.

—Por eso los pensamientos que piensas son como imanes, atraen a tu vida a gente y sucesos que armonizan con ellos.

—¿Hablas en serio? —pregunté, atónito ante esa revelación.

—Sí. Increíble, ¿verdad? Nuestro pensamiento establece en realidad una profecía que se hace realidad. Si pensamos que el mundo es un lugar estrecho, eso terminará creándonos la realidad. Si pensamos que no merecemos amor y que nadie querrá estar con nosotros si descubre cómo somos, entonces nunca hallaremos ese alma gemela que anhelamos. Si pensamos que la vida es dura, entonces el mundo nos enviará una vida dura.

—Verdaderamente admirable. Así que cada vez que pienso que algo no está funcionando en mi vida, en realidad estoy empeorando las cosas.

—Sí.

—Y en cada instante en que me concentro en lo que no me gusta de mi vida, en realidad estoy bloqueando lo que deseo incorporar.

—Correcto. ¿Te das cuenta de que nuestros pensamientos configuran nuestro mundo? Aquello en que te concentras crecerá, lo que piensas se expandirá y aquello en que te instalas va a determinar tu destino. Esto es mucho más que jerga motivadora. Estas afirmaciones se fundan en las leyes de la naturaleza y en hechos científicos.

—¿Acaso esto de lo que me estás hablando no es pensamiento positivo? Creía que me habías dicho que el pensamiento positivo era fundamentalmente dañino. Y ahora me dices que no.

—Bueno, no creo que las cosas sean tan blanco o negro como dices, Jack. Son más complejas.

—¿Como qué?

—Como los sentimientos, por ejemplo. El pensamiento positivo en realidad no es saludable si significa que, en lugar de ver cómo te sientes en una situación desafiante, la niegas y «piensas pensamientos felices» —me dijo Moe, insistiendo en lo que el padre Mike me había enseñado el mes que pasé en Roma.

—Experimentar y reparar en los sentimientos es esencial para nuestra salud emocional —continuó Moe—. Hacerlo forma parte de aceptarnos y amarnos a nosotros mismos; también evita que los sentimientos se agreguen al equipaje que llevamos durante la vida. Por otra parte, los sentimientos nos abren puertas para una mayor conciencia y nos ofrecen conocimientos notables. Pero en cuanto has llegado al final de un sentimiento, lo que ocurre con todo sentimiento, nada hay de malo en buscar lo bueno de esa circunstancia. En realidad es lo único inteligente que cabe hacer.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque en cada situación siempre hay algo bueno. Todo lo que nos sucede representa una oportunidad de crecer y evolucionar en dirección a nuestra mejor persona. En segundo lugar, porque es la única manera de vivir una vida pacífica y feliz. Y en tercer lugar, porque, como te digo, nuestros

pensamientos son como imanes que atraen a nuestra vida a gente y situaciones que armonizan con ellos. Si te mantienes enfocado en lo negativo, así será tu vida. Entrénate para concentrarte en lo bueno de cualquier situación —y siempre lo hay si miras bien— y eso es lo que abundará en tu realidad.

—Nuestros pensamientos forman nuestro mundo. Interesante.

—Y también debo mencionar que las *imágenes* que creas en tu mundo interior no pueden si no manifestarse en tu mundo exterior. A este proceso lo llamo *exteriorización de imágenes*. Lo interno siempre se convertirá en lo externo porque todas las cosas se crean dos veces: primero en tu mente y después en la realidad. Cualquier imagen que se te ocurra, si en ella te concentras diariamente durante bastante tiempo, no puede evitar aparecer en tu mundo exterior. Imagínate como una persona afectuosa, amable y confiada y así exactamente vas a ser. Imagínate feliz, gozoso y rico con un corazón de niño y eso serás finalmente. Es una bella herramienta que sé que te será de inmenso valor en el sendero donde estás.

—Ahora bien, Moe, antes que empezaras con esta maravillosa exposición acerca de que el mundo es solo energía, sobre las leyes de la física y el universo holográfico, me estabas diciendo que las palabras que usamos tienen un enorme poder. Creo que ahora entiendo mucho mejor todo esto, pero ¿me lo podrías aclarar un poco más? —Por supuesto. Tal como los pensamientos configuran nuestro mundo, también lo hacen las palabras. Es esencial que seas muy cuidadoso con las palabras que dices no sólo a ti mismo sino a los demás. Si usas palabras positivas y llenas de poder, te volverás positivo y poderoso. E influirás en las personas de una manera más profunda que la que puedes imaginar.

Moe empezó entonces a caminar por la playa. Era otro día estupendo y los rayos solares danzaban en el agua creando un efecto mágico.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —dijo, dejando la tabla de surf en la arena y encaminándose hacia su cabaña—. Hay algo que te quiero mostrar.

Caminamos en silencio, pero Moe sonreía mientras entraba y salía del agua. Percibía una alegría profunda en este hombre «sencillo». Poseía tan poco, pero tenía tanto.

Cuando llegamos a la cabaña, Moe se quedó dentro un momento.

—Espera un minuto, Jack. Esto te va a gustar mucho —comentó en tono jocoso. Poco después salió con un objeto extraño en la mano. Era una tabla de surf con las dos puntas recortadas.

—Era mi tabla favorita —dijo—. Ahora es mi tabla de palabras.

—¿Qué es una tabla de palabras? —pregunté, con suma curiosidad. —Mira aquí —contestó, girando la tabla para mostrarme una serie de palabras talladas a mano en la madera—. Como te decía, las palabras tienen poder. Usa las palabras adecuadas y tu vida cambiará. Aumentará tu poder, crecerá tu confianza y descubrirás un grado de amor a ti mismo que no sabías que tenías.

Me señaló la tabla.

—Leo estas palabras en voz alta, lentamente, todas las noches antes de dormir. Esta práctica nocturna me abre el corazón y me conecta a mi brillo interior. Mira, Jack, léelas. Miré las palabras y las fui diciendo en voz alta, con lentitud y confianza. —Armonía. Paz. Bondad. Felicidad. Alegría. Sabiduría. Vitalidad. Verdad. Diversión. Compasión. Abundancia. Perdón. Equilibrio. Valor.

—Y ahora di la última y más importante —dijo Moe.

—Amor —dije.

—Practica esto regularmente. De verdad te va a cambiar. Sentirás más compasión por ti mismo y por los demás. Mejorarás tu conciencia. Y seguirás abriendo el corazón. —Es una técnica muy innovadora, Moe. Me gusta mucho. ¿Quién te la enseñó? —Ya sabes, Jack. Mientras más me conozco, más advierto que todo lo que verdaderamente necesito para crear una vida extraordinaria vive aquí —dijo, y se señaló el corazón—. Por supuesto, como ya he dicho, hay un equilibrio. La mente puede ofrecerte pensamientos maravillosos que te dotan de poder y conectan los puntos que jalonan el sendero de tu vida; pero tengo que decirte que en realidad eso no se compara con la inteligencia y sabiduría que habitan en tu corazón. La técnica que acabo de compartir contigo no proviene de un libro. Se me ocurrió un día que meditaba para mantener abierto el corazón. Mientras más me adentro en él y más amor siento por mí mismo y por el mundo, el universo parece bendecirme con más sabiduría, verdad y asombrosas ideas para una vida extraordinaria. No lo puedo explicar, pero así me ha sucedido.

—Me parece que a veces tengo miedo de confiar completamente

en mi corazón — confesé—. He pasado demasiado tiempo confiando en lo que la cabeza me indica que debo pensar, sentir y hacer.

—¿Y eso te ha procurado la clase de vida que siempre has querido, Jack? ¿Esa estrategia ha cumplido lo que prometía?

—No —acepté.

—Entonces quizá sea tiempo de depositar mucha más fe en el corazón. Quizás el trabajo que estás haciendo para abrir el corazón es exactamente lo que necesitas para pasar a la próxima etapa de tu camino.

—Bueno, ya sé que es así —respondí—. Pero supongo que tengo miedo. No quiero que me hieran y no quiero complicarme la vida más de lo que hasta ahora he hecho. Me parece que lo que de verdad temo es cometer más errores.

Moe me puso la mano en el hombro para reconfortarme.

—Un error es sólo un error si lo repites —dijo—. La primera vez sólo es una hermosa lección; ya lo sabes. Sé amable contigo. Lo estás haciendo muy bien. Estás abordando asuntos muy serios. Asegúrate tan solo de que los errores del pasado sólo sean dones maravillosos que te han llegado para situarte donde ahora estás. Cada uno de los problemas que te complicó en el pasado estaba diseñado por el universo para que te elevaras a otro nivel de conciencia. Los retrocesos, las luchas y los dolores sirven para que nos abramos, nos son enviados para mejorar. El dolor, por ejemplo, es un don.

No estaba seguro de haber oído bien.

—¿El dolor es un don?

—Por supuesto que sí. Hace que profundicemos en nosotros mismos y nos muestra quiénes somos realmente. Los antiguos videntes creían que los que más sufrían eran los que más bendiciones recibían.

—No puedo imaginar por qué.

—Porque la tristeza nos expande —respondió Moe, que le quitaba la piel a una naranja.

—¿Nos expande?

—Sí. Nos abre a la maravilla de la vida, que de otro modo no conoceríamos. Una vida sin retrocesos es una vida opaca. Para experimentar plenamente la vida tienes que experimentar sus

altibajos y sólo entonces sabrás en qué consiste eso de estar vivo. El dolor no es algo malo. En realidad, creo que el dolor nos llega para elevar la vida al nivel siguiente.

—Nunca lo había pensado de esa manera.

—Y creo que la gente que soporta más dolor y sufrimiento está destinada a las mayores cosas en el planeta. Mientras más dolor hay en tu vida, más se te abren los ojos a la verdad. El dolor, Jack, fortalece. El dolor conduce a posibilidades. El dolor te ahonda y te revela a ti mismo. El dolor provoca crecimiento en los seres humanos. Me gustan mucho las palabras de Thomas Carlyle, que dijo: «La adversidad es el diamante con que el cielo pule sus joyas». Eres una joya, Jack. Todos los que hoy estamos en este planeta somos una joya y estamos aquí con un propósito magnífico. Ojalá hubiera más personas que comprendieran esta verdad.

—Yo me incluyo —comenté.

—Todo lo que nos sucede es parte de un gran diseño y de todo hay que sacar provecho; agrega color, textura y profundidad a nuestra vida. Las vidas fáciles son en verdad vidas opacas. Y por eso no debemos temer la adversidad; si llega, debemos entregarnos a ella. Como dice Aristóteles: «La belleza del alma refulge cuando un hombre soporta con compostura una desgracia tras otra, no porque no las sienta sino porque es un hombre de alto y heroico temperamento».

Moe guardó silencio y contempló el océano.

—Bueno, volvamos a mi consejo de amarse a uno mismo. Otra manera de ser verdaderamente bueno contigo es asegurarte de que en tu vida haya muchas actividades con que te cuides a ti mismo.

—De acuerdo, pero ¿qué son esas actividades, Moe?

—Son cosas que haces para mostrarte cuánto te amas. Hablo de actividades como recibir masajes regularmente, reservarse un tiempo para salir de noche a observar titilar las estrellas. Hablo de cosas como alimentarte con comida excelente porque respetas el templo que es tu cuerpo. Y me refiero a leer solamente los mejores libros y a escuchar música que te levante el espíritu. El cuidado de uno mismo es una de las claves del amor a uno mismo.

Moe comió algunos gajos de la naranja y me pasó el resto.

—Esto es para ti. Me gustaría compartir contigo cinco prácticas de cuidado de uno mismo que he practicado en mi vida para

mantenerla equilibrada, relajada y gozosa. ¿Puedo?

—Por supuesto.

—Primero, pasa de la complejidad a la sencillez.

—Explícamelo un poco, por favor.

—Vivimos en un mundo complejo y cada uno se embarca en vidas complejas. Mientras más pasamos de ser a hacer, más adquiere nuestra vida una complejidad que crea desorden, caos y estrés. Hay que buscar siempre la simplicidad, preguntarse siempre cómo puedo simplificarme la vida. Es una pregunta extremadamente poderosa. Cuídate de toda cosa que llegue a tu vida y la torne más complicada, desde una relación difícil a una nueva suscripción a un periódico. Uno de los grandes principios organizadores en torno de los cuales se construye toda vida grande es éste: «Simplifica, simplifica, simplifica». Mi vida es tan simple, Jack. Y el resultado es que es muy bella. Es hermosa y precisa, tal como me gusta. No hay móviles. No hay correo no deseado. No hay televisión. *Simple*.

—El mero sonido de lo que estás diciendo me tranquiliza —observé. —Cuando trabajaba en el mundo de la publicidad tenía programado casi cada minuto de la vida. Planificaba mis citas y los momentos que dedicaría a concretar los proyectos. Planificaba los breves descansos y las llamadas telefónicas. Planificaba la hora exacta en que trabajaría con mi entrenador personal y el momento en que me conectaría con mi amiga. Incluso tenía programado el sueño y la comida en un plan hora por hora. —Parece extremadamente complejo incluso para mí.

—*Extremo* es la palabra adecuada. No había tiempo para el flujo libre. —¿Qué es eso?

—El fluir libremente es un estado de vida en que tienes conciencia del momento presente. Cada célula está comprometida en el momento que está viviendo. Nada tiene de malo planificar tu semana. No me entiendas mal. Pero no permitas que el plan se apodere de ti. Todo es cuestión de equilibrio.

—Como en toda la vida.

—Correcto. Así que deja espacio, un montón de espacio, para gozar de los momentos preciosos de tu vida. Hazte tiempo para disfrutar de los placeres simples del mundo, pues duran más que los más caros. No te ocupes tanto de buscar grandes placeres: puedes

perder los pequeños. No te ocupes tanto en luchar: puedes perder la vida. Sabes, creo que en lo más profundo la mayoría de nosotros no teme a la muerte.

Esto me sorprendió.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que la mayoría teme mucho más no haber vivido verdaderamente. —Eso tiene sentido —dije, reflexionando.

Moe continuó con su discurso sobre métodos para renovarse y ahondar en uno mismo.

—La segunda práctica de cuidado de uno mismo que te encarezco integres en la vida es la práctica diaria de llevar un diario. Tu vida vale la pena, ¿verdad? —Por supuesto. Ahora estoy más seguro que nunca.

—Magnífico. Y como tu vida vale la pena, vale la pena registrarla. Cada mañana, antes de ir a surfear, dedico un tiempo para mis «páginas diarias», como las llamo. Escribo sobre mis anhelos aún incompletos y celebro las victorias que he disfrutado. Escribo sobre lo que me hace feliz y sobre lo que me entristece. Escribo sobre mi dolor y articulo las lecciones que he aprendido de cuanto me ha herido en el pasado. Hay algo mágico en esto de verter el corazón en una limpia página blanca cada mañana. Es casi como si recreara mi vida todos los días y volcara la visión de mi vida ideal en el lienzo de la realidad cada vez que se alza el sol. Es increíble saber que cada día me trae la oportunidad de empezar toda una nueva vida.

—¿De verdad crees en eso, Moe?

—Sí. No hace falta un mes ni un año ni una década para cambiar tu vida. Eso sucede en un instante. Sucede en cuanto te comprometes fundamentalmente, desde lo más hondo de ti mismo, a no soportar la mediocridad y a dedicarte a vivir la vida a la que estabas destinado.

—Mi vida mejor.

—Exacto.

—Creo que tienes razón. Basta un segundo para tomar esa decisión. —Sí —asintió Moe—. Y si lo haces desde lo más profundo de tu corazón, algo va a cambiar en ti. Ya no aceptarás la manera como has estado viviendo y automáticamente elevarás el nivel de exigencia de tu vida y te fijarás un conjunto de nuevos estándares.

Pero seamos realistas. Si bien se tarda un minuto en cambiar tu vida, *mantener* tu mejor vida lleva meses, años y décadas. Es como trabajar en un gimnasio: una vez que has acondicionado tu cuerpo tienes que mantener lo que has logrado.

—Comprendido. Cuéntame más acerca de llevar un diario. Últimamente he oído mucho sobre el tema.

—Es una manera increíble de explorar los lugares más profundos de ti mismo y de liberar tus mayores talentos. Por ejemplo, el acto mismo de llevar un diario me ha permitido liberar las preocupaciones que me atiborraban la cabeza y tener pensamientos profundos que han enriquecido mis días. El diario me ha hecho un pensador más claro y me ha dado energía mientras alineo mi vida exterior con la que vive en mi interior. Me ha dado un lugar para conversar conmigo mismo y así construirme mayor conciencia de mí mismo y conocerme mejor. El diario es un vehículo para capturar mis ideas y registrarlas para poder revisarlas más tarde. Inténtalo, Jack, y empezarás a sentir los beneficios que te estoy contando.

—¿Así que basta con que escriba mis pensamientos?

—Bueno, te recomiendo que empieces este hábito sencillamente depositando cada mañana tu conciencia en las páginas de tu cuaderno. Deja salir todas las cosas que te provocan temores y frustración en la vida. Vuelca allí todos los parloteos de tu mente y libéralos como una corriente continua de conciencia. Registra todos las sensaciones que sientes. Empieza a escribir y continúa escribiendo sin levantar la pluma de la página. Y detente cuando te sientas más claro y liberado. Este ejercicio obrará maravillas en tu paz mental, en tu poder interior y para la vida mejor que reclamas.

—Llevar un diario parece verdaderamente asombroso, Moe.

—Así es. Empieza por escribir lo que sucede en tu mundo interior cada mañana. Escribe acerca de todas tus molestias. Y en cuanto hayas aclarado los aspectos negativos, articula lo positivo de tu vida y en tu corazón. Te sugiero, además, que escribas acerca de tus grandes sueños y sobre lo que yo llamo las *metas nobles.*

—¿Qué son metas nobles? Me gusta como suena esa expresión.

—Son los mayores deseos de tu corazón, los que impulsarán tu crecimiento y te darán forma. Escribe sobre la persona que eres y sobre quién te gustaría ser. Escribe con libertad. A medida que

pasen los días irás ahondando y ahondando. También te recomiendo que contestes por escrito cinco preguntas cada mañana. Estas preguntas matutinas deben ocuparte sólo algunos minutos, pero te dejarán en condiciones para grandes éxitos durante el día.

—¿Y cuáles son esas cinco preguntas matutinas?

—La número uno es: ¿Cómo viviría este día si supiera que es el último? La segunda es: ¿Qué tengo que agradecer en mi vida?

—Esta es buena, porque me ayudará a construir mi actitud de gratitud —comenté. —Correcto. La tercera es: ¿Exactamente qué cosa puedo hacer hoy para que mi vida sea extraordinaria? La cuarta: ¿Qué puedo hacer para que hoy resulte increíblemente divertido? Y la quinta pregunta es: ¿Cómo puedo ayudar a alguien hoy? —¿Y esta pequeña práctica me va a ayudar?

—Enormemente. Si te haces estas cinco preguntas cada mañana y después las respondes te vas a conectar con tu sabiduría más profunda. Y esta sabiduría empapará después cada minuto de tu día. Resultarás mejor para los que amas y para con quienes trabajas y hasta para la gente de la calle. Es una práctica muy poderosa.

—Moe, espero que no te importe lo que voy a decir, pero parece haber una tonelada de cosas que tengo que hacer cada día para crear mi vida mejor. Me estoy sintiendo abrumado. ¿Cómo se puede tener tiempo para hacer todo lo que me estás proponiendo? Tengo una carrera. Tengo amigos. Tengo obligaciones.

—Cierto, Jack. Tienes que pensar todas estas ideas. Han sido probadas y funcionan. *Experimenta* con cada una. Permanece abierto a las posibilidades que representan. Y cuando hayas indagado en cada una un tiempo, selecciona las prácticas que mejor te parecen e intégralas en tus semanas como parte de tu fórmula ganadora para una gran vida. Nunca las dejarás de lado entonces. Y este es un punto de extraordinaria importancia. Para asegurarte de realizar estas prácticas regularmente, debes integrarlas en tu vida. ¿Alguna vez vas a trabajar sin antes desayunar y afeitarte?

—Por supuesto que no.

—Esas prácticas se han integrado a tu rutina. Están condicionadas en tu vida, las haces automáticamente. Tienes que hacer lo mismo con las prácticas que mejor funcionen para ti.

—De acuerdo. Tiene sentido —dije.

Moe se rascaba el pecho desnudo y bostezaba.

—Muchacho, me siento cansado.

—Yo también.

—Pero la tercera práctica de cuidado de uno mismo que quiero compartir contigo es la de un momento diario de paz. Tienes que sacar tiempo para tener un retiro diario contigo. Te lo debes a ti mismo.

Cuando era niño, mamá y yo solíamos pasar un tiempo en el silencio y quietud del bosque, caminando. Todavía recuerdo lo feliz que me sentía —reflexioné. —Un retiro en silencio es como aquello. No es más que un breve momento que te construyes cada día para sentarte en silencio y tranquilo. El silencio es el más suave restaurador natural, abre un espacio en la vida para conectar con nuestra mejor persona, es un tónico que nos cura y nos acaricia el alma. Pasar un tiempo en silencio cada día te fortalecerá como ser humano y proporcionará resultados satisfactorios a tu vida. Retírate al silencio diariamente y emergerás como un hombre nuevo, con mayor confianza y mejores ideas.

Moe se pasó los dedos por su espeso cabello rubio.

—Vivimos en un mundo lleno de demasiado ruido y falto de quietud. ¡Es tan importante reservarse tiempo cada día para estar silencioso e inmóvil! Como escribió Blas Pascal: «He descubierto que toda la infelicidad de los hombres proviene de un solo hecho: que no pueden estarse quietos y en silencio en su cuarto».

—Muy bien dicho —comenté.

—La cuarta práctica de cuidado de uno mismo es la comunión con la naturaleza — continuó Moe—. Al hacer eso podemos dirigir la vida hacia dentro y conectarnos con lo más importante, tendremos acceso a una parte mayor de nosotros y conectaremos con el universo. Por ejemplo, he descubierto que estar allá fuera, en el océano, solo yo y mi tabla, me recuerda que nunca estoy solo. Me libera y me abre. Una vida sin períodos regulares en la naturaleza es media vida; por lo menos eso siento yo.

—Me gustaba pasear por el bosque. No sé por qué perdí la costumbre. Supongo que la vida se tornó más agitada y abandoné esa clase de cosas. Nunca aprecié lo importante que eran para mi bienestar. Ahora sí que lo veo.

—Eres un buen hombre, Jack. La naturaleza será tu amiga y te mereces un amigo como ella. De acuerdo, la quinta práctica de

cuidado de uno mismo es el cuidado del propio cuerpo. Tu cuerpo es tu templo, es el lugar donde vive tu espíritu, es tu hogar. Para mostrar liderazgo en tu vida y crearte la vida que sé que deseas, es sumamente importante que trates bien a tu cuerpo. Y si cuidas tu cuerpo, cuidas tu vida.

—¿De veras?

—Sí. Si te ocupas de tu dimensión física, haces una inversión maravillosa en la calidad y longevidad de tu vida. ¿Qué sentido tiene vivir mucho tiempo si no puedes gozar sintiéndote bien, fuerte y saludable?

—Tiene sentido. ¿Qué clase de cosas haces *tú*, Moe, para cuidar el cuerpo? —Bueno, una de las cosas más importantes es mantenerme en forma. Corro por la playa todas las mañanas. Surfeo buena parte del día. Y por la tarde suelo hacer largas caminatas o practico un poco de yoga en la cima de ese acantilado —me dijo, apuntando a una eminencia que parecía ofrecer una vista sorprendente del cielo—. Quienes no se reservan tiempo para hacer ejercicio finalmente tendrán que reservarse tiempo para las enfermedades.

La observación de Moe dio justo en el blanco en mi caso.

—Nunca deja de sorprenderme —continuó Moe.

—¿Qué?

—Bueno, sencillamente no nos damos cuenta de la importancia que tiene mantenerse con buena salud para poder crearse una vida hermosa. Si somos jóvenes, sacrificamos buena parte de nuestra salud buscando riqueza. Y cuando ya somos viejos y sabios cambiamos de melodía y estamos dispuestos a sacrificar toda la riqueza por un día de buena salud. Pero entonces es demasiado tarde. No permitas que esto te suceda, Jack. Entiende, por favor, lo fundamental que es estar en buenas condiciones físicas. Es un gran acto de liderazgo personal y sus beneficios se extenderán a muchas otras áreas de tu vida. Dispondrás de más energía, tendrás mejor talante, serás más creativo, tu autoestima se mantendrá en alto y hasta notarás que duermes mejor.

—Tienes razón. Moe. Estoy completamente de acuerdo. Cuenta con mi palabra. Me comprometo a mantenerme en forma. Y veo perfectamente la importancia de esta disciplina.

—Asegúrate también de sólo poner la mejor comida en tu

templo. La nutrición excelente es de suma importancia para la creación de una vida extraordinaria. Comer sólo la mejor comida disponible es un regalo que me hago. Es una señal de respeto por mí mismo. Comer comida de baja calidad es algo terrible que te infliges. Creo que quienes tienen ese hábito están necesitados de bastante más amor de sí mismos.

—Tiene sentido.

—Por cierto. Si de verdad te amas, ¿cómo puedes comer cualquier cosa que no sea buena comida? Comer bien es una señal de respeto a uno mismo y mejora el amor propio.

—¿Qué clase de comida tomas, Moe? Desde que estoy aquí has comido casi solamente fruta y vegetales.

—La comida sencilla, es la que mejor me sienta. Me gusta la fruta fresca y aquí en la isla es una verdadera bendición la abundancia que hay. Como una tonelada de vegetales y soy muy aficionado al pescado. De vez en cuando como otro tipo de carne, pero siempre trato de ser moderado.

—Todo ha de guardar un equilibrio.

—Bien dicho, Jack. Esa es la clave verdadera. Y otra cosa que hago por mi cuerpo es el masaje. Tengo una amiga que viene todas las semanas y me da un maravilloso masaje. Me mantiene ágil el cuerpo, mejora la circulación y me ayuda a mantenerme en forma. ¿Te han hecho un masaje alguna vez, amigo mío?

—Nunca en realidad.

—Trata de que te hagan uno regularmente. Insisto en ello. Hallarás que te mantendrá muy relajado, lleno de energía y por lo general te sentirás muy bien contigo mismo. Es otro acto maravilloso de amor a uno mismo. Tratarse bien. Al fin y al cabo la vida es demasiado breve para no darte a ti mismo un montón de amor.

Los últimos días que pasamos juntos Moe y yo los pasamos hablando, surfeando, nadando y jugando.

Nunca había conocido a alguien como Moe Jackson e intuía que nunca conocería a otra persona como él. Tanto él como el padre Mike eran verdaderos tesoros: fuertes, sabios y poderosos de gran corazón y espíritu de miras amplias.

El día que tenía que volar a Nueva York, Moe se me acercó donde estaba descansando en la playa y observando las nubes que

flotaban en el claro cielo azul. —Te echaré de menos, Jack —dijo.

—Yo también, Moe —contesté, sintiendo una pena profunda.

—De acuerdo, amigo, es hora de que te marches. Por favor, mantengámonos en contacto. Quiero ver alzar el vuelo a tu estrella. Sé que harás grandes cosas y que te crearás una vida verdaderamente encantadora. Y si necesitas alguna vez pasar un par de semanas surfeando, ya sabes que mi «palacio» también es tuyo —dijo Moe, con una sonrisa.

Nos dimos un abrazo y empecé a caminar hacia el taxi que me esperaba al otro extremo de la playa.

—Moe —dije, volviéndome—. Gracias por ser grande.

—No exageremos. Si no te importa, yo y mi tabla tenemos ahora una cita con una ola.

Y diciendo eso, el surfista con corazón de niño se adentró en el océano en busca de su felicidad.

EL EJECUTIVO

11

Gana quien más da

«No sé cuál es tu destino, pero una cosa sé: los únicos que verdaderamente serán felices son quienes han tratado de servir y han descubierto cómo hacerlo.»

Albert Schweitzer

«Imagina que tu propósito en la vida es sólo tu felicidad: la vida sería entonces cruel y sin sentido. Tienes que aceptar lo que te dicen la sabiduría de la humanidad, tu intelecto y tu corazón: el propósito de tu vida es servir a la fuerza que te puso en el mundo. Entonces la vida se convierte en alegría.»

León Tolstoi

Nueva York siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón. Era uno de esos lugares que siempre permanecía conmigo, no importa donde viajara. Me gustaban los sabrosos bizcochos salados con forma de lazo que vendían en la calle y también los perritos calientes que probablemente me han quitado años de vida. Admiraba los majestuosos rascacielos que dan a la ciudad ese gran aspecto de poder; y su asombroso ritmo y electrizante energía que me inspiraron grandes sueños e iniciativas. Sólo había estado unas cuantas veces en la ciudad, pero me sentía bien volviendo a ella.

El vuelo había resultado agradable. Éramos muy pocos en primera clase y nos hicimos amigos mientras sobrevolábamos el Pacífico. A medida que me sentía más cómodo con los demás viajeros, empecé a compartir con ellos las lecciones que había aprendido en los dos últimos meses. Les hablé de mi tiempo en

Roma con el padre Mike y de lo que me había enseñado acerca de ser auténtico como ser humano. Repetí sus teorías sobre el funcionamiento del mundo como escuela para nuestro crecimiento y sobre los desafíos entendidos como oportunidades siempre que tuviéramos la sabiduría de aprovecharlas. Les expuse la noción de Brecha de Integridad y cómo nos traicionamos cuando no somos fieles a nosotros mismos. Y les mencioné la metáfora del vitral y cómo se aplica a los filtros a través de los cuales vemos el mundo.

También les hablé a mis nuevos amigos del extraordinario Moe Jackson, el surfista excéntrico que me parecía un maestro del mundo moderno. Les conté lo que me dijo acerca de vivir en el corazón. También compartí con ellos sus pensamientos acerca de mantenernos en el misterio de nuestra vida y prescindir del control al que la mayoría se apega para descubrir de este modo los verdaderos tesoros que nos están destinados. Y les expuse, en fin, sus fascinantes prácticas de cuidado de uno mismo para la renovación personal y la creación de nuestro mejor ser.

—Deberías escribir un libro —me dijo la joven mujer del asiento contiguo—. Apuesto que sería un *best seller*. Todo el mundo anda en busca de ese tipo de sabiduría y el planeta sería un lugar mejor y más amable si la gente la practicara. Creo que el mundo está listo para un gran cambio.

—Sólo me mantengo abierto a lo que se despliega en mi vida y a los milagros que pueden emerger —contesté, recurriendo otra vez a la filosofía de Moe—. Todo se desarrollará como tiene que ser —añadí sonriendo.

En Nueva York las instrucciones de Cal me condujeron directamente al corazón del distrito financiero y a una de las torres más prestigiosas de la ciudad. Era un lugar distinguido, sede de diversas empresas transnacionales. Me sentía un poco intimidado mientras subía en ascensor al piso 53, donde debía conocer al siguiente guía que mi padre me había asignado. Había conocido al padre Mike, una especie de santo por el modo como consideraba y conducía su noble vida. Había conocido a Moe Jackson, un tipo extraordinario, que me había instruido sobre los asuntos del corazón y la importancia de mantenerme atento ante los momentos de mi mundo. Ahora tenía la sensación de que iba a aprender lecciones

que me ayudarían a llevar mi carrera y mi dimensión profesional a un nivel enteramente nuevo. El corazón me latía desbocado; sabía que había llegado la fase final de mi aventura.

Se abrió la puerta del ascensor y entré en las oficinas más sofisticadas que jamás había visto. Los ventanales, que iban desde el suelo al techo, ofrecían una vista espectacular y el mobiliario era moderno y elegante. Sólo eran las ocho menos cuarto, pero hombres elegantes, que vestían trajes muy bien cortados, y encantadoras mujeres de atuendo impecable entraban y salían, irradiando una enorme confianza y una fuerte determinación.

—Jack, bienvenido a Nueva York —dijo una voz suave y segura desde el extremo de un largo pasillo flanqueado de esculturas japonesas y arte indígena norteamericano. Me volví hacia la voz y vi una mujer asombrosamente bella que vestía un caro traje negro y venía a mi encuentro. Su piel de porcelana resplandecía, su rostro irradiaba calidez y le brillaba la mirada. Llevaba el pelo, muy negro, atado en un moño, lo que permitía que su rostro fuera el centro de atención. Su sonrisa era el reflejo de un carisma inconmensurable.

Mientras se acercaba, sentía el extraordinario poder que irradiaba. No podría decir a qué se debía esa sensación. Sencillamente, era así. Era el mismo tipo de sensación que había experimentado en el pasado al ver a una estrella de Hollywood en la calle o a un deportista famoso en un aeropuerto. Esta mujer era la clase de persona que hacía que reinara el silencio cuando entraba en una habitación. Yo sabía que ese tipo de mujeres no abundaban.

—Jack —dijo con precisa amabilidad, estrechándome la mano —, soy Tess Welch, directora general de esta empresa de corretaje. Tu padre era muy amigo mío. —¿Era? —murmuré, todavía cautivado por su aspecto y la energía que irradiaba. —Sí. Le echo mucho de menos —dijo, e hizo una pausa—. Y siento mucho tu pérdida —agregó amablemente—. Poco antes de morir me dijo que vendrías. Planificó todo esto para ti. Dios mío, te tiene que haber querido mucho. En todo caso, ¿cómo van las cosas?

—Bueno, han sido un par de meses bastante asombrosos — contesté—. Mi estancia en Roma fue increíblemente provechosa. Me cambió la manera de ver el mundo. Y Hawai también fue increíble. Todo ha sido como un sueño. Toda mi vida ha quedado, en muchos

sentidos, patas arriba.

—Lo cual no necesariamente es malo, ¿verdad, Jack? Según Cal, te hacían falta unos cambios importantes —me dijo, en tono simpático.

—Es verdad, señora Welch —respondí ceremoniosamente. Me sentía un poco incómodo en ese ambiente elegante. Iba con pantalón corto y camiseta, con mis viejas sandalias y la mochila colgada al hombro.

—Por favor, llámame Tess —dijo, sonriendo—. Todos me llaman así. Estoy feliz de que lo hayas conseguido. Te reservé una habitación en el Morgan, un hotel de primera, uno de mis favoritos. No te preocupes por nada. Prometí a Cal que me ocuparía de ti y siempre cumplo mi palabra.

—¿Y qué haremos estas cuatro semanas, Tess?

—Seré tu entrenadora en liderazgo, en tu carrera y para el legado que puedas dejar en la vida. Te enseñaré todo sobre la tercera pregunta definitiva.

—¿Cómo servir?

—Sí. Te enseñaré cómo vivir una vida provechosa; cómo pasar de la simple lucha por el éxito a la creación de un *significado* perdurable; cómo manifestar los deseos de tu corazón en la dimensión física mientras construyes plenitud en tu dimensión psíquica, y cómo concretar tu potencial en tu carrera y crecer hacia la grandeza. Y te mostraré la importancia de la creación de valor y por qué el objetivo principal en el mundo empresarial es servir desinteresadamente.

—Eso es exactamente lo que necesito aprender en esta etapa del juego —contesté—. He aprendido mucho en las últimas semanas sobre el éxito interior y ahora me siento en condiciones de trasladar algunos de esos conceptos a mi carrera. Creo que mis elecciones han sido bastante pobres en mi vida profesional y no me siento satisfecho en el trabajo.

—Todo en la vida implica opciones, Jack. Como dijo Einstein: «¿Cuántas personas están atrapadas en sus hábitos cotidianos, cuántas están algo perplejas, algo asustadas y algo indiferentes? Para tener una vida mejor tenemos que estar eligiendo siempre cómo vivir».

—Una gran cita. Me gusta el final: «Tenemos que estar siempre

eligiendo cómo vivir». Creo que es lo que todos necesitamos hacer como seres humanos en cada momento de nuestra vida, elegir continuamente nuestro mejor pensamiento y nuestras mejores acciones —afirmé filosóficamente, impresionado con la sabiduría que había empezado a fluir de mí en las últimas semanas.

—Tienes toda la razón. Y las elecciones que hacemos en cada momento apuntan finalmente a la clase de vida que nos creamos —dijo Tess, señalándome una litografía elegantemente enmarcada que había en la sala de espera—. Y ésta es una cita todavía mejor del filósofo del mundo empresarial Peter Koestenbaum: «Hay algunas personas más talentosas que otras. Algunas han tenido una educación privilegiada. Pero todos tenemos la posibilidad de ser grandes. La grandeza proviene de reconocer que tu potencial sólo está limitado por cómo eliges, cómo usas tu libertad, cuán resuelto eres y cuán persistente; en una palabra, por tu actitud. Y todos tenemos la libertad de escoger nuestra actitud».

—Exacto —dije, asintiendo con la cabeza y también con la esperanza de que ella no advirtiera los granos de arena, felices recuerdos de mi estancia en Hawai, que mis sandalias estaban dejando en el resplandeciente suelo de madera.

Pero Tess continuó hablando.

—En verdad necesitamos elegir continuamente cómo vivimos cada momento del día —dijo—. Nos tenemos que preguntar constantemente «lo que estoy haciendo en este momento ¿es el mejor modo de usar mi tiempo y mis talentos?» Cada instante de nuestra vida es en cierto sentido un momento de la verdad. Según lo que escojas en cada momento o bien creces como ser humano o disminuyes. Lo que eres ahora, es la suma total de las elecciones que has hecho desde el día que naciste hasta este día. Tu destino se determina según tus elecciones.

—Una idea poderosa, Tess —comenté.

—Las opciones que han determinado los pensamientos que has pensado habitualmente, la gente con que te has rodeado, los libros que has leído y las acciones que has emprendido te han configurado y definido la vida. Has creado la vida que tienes ante tus ojos. Ninguna otra persona lo ha hecho.

—De acuerdo. Y debo asumir la responsabilidad —afirmé, confiado, repitiendo algo de la sabiduría del padre Mike—. Lo que

me recuerda algo que escribió Rudyard Kipling: «Tenemos cuarenta millones de razones para el fracaso, pero ninguna excusa».

—Una frase brillante, Jack. Si no aceptas ninguna responsabilidad por tu vida y culpas a los demás, estás entregando el poder a esa gente; estoy segura de que ya lo sabes. Al culpar a las cosas que te sucedieron en el pasado o a las cosas que empequeñecen tu vida, das poder a esos sucesos. Porque cuando culpas del estado de tu vida a otras personas y cosas, en realidad estás diciendo que ellas han modelado tu destino y son la causa de tu situación presente. Y ése no es el caso.

—*Yo soy* la causa de todo en mi vida —reconocí—. Lo he descubierto gracias a las reflexiones que he hecho las últimas ocho semanas. Supongo que mi desafío es reconocer esto, pero equilibrarlo con la necesidad de ser amable conmigo mismo. En realidad no deseo empezar a azotarme por los errores que he cometido en el sendero de la vida.

—Un punto de sabiduría. Se trata de equilibrio.

—Pero también necesito ser auténtico —comenté.

—Correcto. Y la autenticidad empieza por aceptar la responsabilidad. Las circunstancias no *definen* a una persona, Jack, pero sí la *revelan*. El punto es éste: creo que ya es tiempo de que recuperes la custodia de tu vida. Creo que estás en condiciones de exigirte más, de vivir según estándares más inspirados.

—¿Estándares más inspirados?

—Sí. Es tiempo de que Jack Valentine empiece a actuar como un ser humano impecable y *se convierta* en uno. Lee esto —dijo Tess y me alcanzó lo que parecía una tarjeta—. Siempre llevo esto en la cartera y lo leo cada vez que la abro. Me ayuda a mantenerme centrada en lo que quiero para mi vida. Adelante, lee en voz alta.

—«Una de las experiencias más tristes que le pueden ocurrir a un ser humano es despertar, con el pelo encanecido y la piel arrugada, próximo al final de una carrera improductiva, y descubrir que en el curso de los años sólo ha utilizado una parte pequeña de sí mismo. V. H. Burrows.» Miré asombrado a Tess, sintiendo el impacto de lo que acababa de leer.

—¿Ves lo que digo, Jack? La vida es verdaderamente breve. Ahora es el momento de elevar tus valores acerca de lo que significa ser una persona, de mostrar al mundo quién eres en realidad. Si no

es ahora, ¿cuándo?

La última pregunta sí que resonó en mí. Fue como si me golpeara la cabeza y la fuerza de la pregunta me lanzara contra la pared de vidrio de la sofisticada sala de espera de Tess. Siempre había postergado las cosas que necesitaba hacer para tener verdadero éxito en el mundo. Me decía que debía correr aún unos kilómetros antes de convertirme en una estrella en mi trabajo y que lo haría cuando tuviera más tiempo. Me decía que reconstruiría mis relaciones cuando me promovieran, que mejoraría mi vida cuando tuviera más dinero.

Pero ese pensamiento ya no iba más conmigo, no coincidía con mi nuevo estado de conciencia. De verdad necesitaba llevar mi vida a su más elevado nivel. No el año próximo. No el próximo mes. No la próxima semana. *Ahora*. Mi vida ya se había transformado durante la visita al padre Mike y mi estancia con Moe. Mi manera actual de pensar, sentir y actuar confirmaba que esencialmente ya era una nueva persona. Pero sabía que aún restaban cosas por descubrir en mí. Muchas. Tenía que elevar mis valores y comprometerme a llegar al final. Ya no podía seguir eludiendo mi grandeza. Se lo debía al padre Mike y a Moe. Recordé lo que dijo un día el filósofo Baltasar Gracián: «El sabio siempre hace de inmediato lo que el tonto posterga indefinidamente».

Tess interrumpió mis reflexiones.

—Ya sabes, Jack, que es tan fácil caer en la trampa de una vida mediocre. Si no nos hacemos cargo de nuestra vida y actuamos, la vida actúa por nosotros. Y entonces los días se convierten en semanas, las semanas en meses y los meses en años. Antes de que nos demos cuenta todo ha terminado. Creo que Nietzsche nos desafió a dejar de vivir la vida como si fuera un accidente. Necesitamos ser el capitán y dirigir la vida en nuevas direcciones si deseamos un éxito significativo. Necesitamos mejores hábitos y pensamientos más grandes.

—Últimamente he cambiado muchos hábitos.

—¡Estupendo! Los hábitos nos hacen. Y la consecuencia de los malos hábitos suelen manifestarse varios años después, así que perdemos de vista la conducción de nuestra vida. Los salmones siempre vuelven a casa a desovar.

—¿Qué?

—*Las acciones siempre tienen consecuencias*. Haz buenas acciones para ti y para otros y buenas cosas fluirán sin duda hacia ti. Trátate mal y cae en la trampa de los malos hábitos y pagarás el precio. No te vale que intentes engañarte pensando otra cosa, las maldiciones recaen sobre quien las pronuncia.

Tess no paraba de hablar mientras paseaba de un lado a otro del vestíbulo donde aún estábamos.

—El desempeño supremo en la carrera y en la vida consiste en la promoción de la responsabilidad personal. Consiste en mantener los compromisos que has hecho contigo mismo. Para vivir una vida honorable, es esencial que honres tus promesas. La grandeza de una persona depende sobre todo de decir lo que haremos como personas y después hacer lo que dijimos que haríamos. Parece muy sencillo, pero la mayoría de la gente lo olvida en este mundo de locos.

—Después de aceptar mi responsabilidad sobre mi vida y honrar lo que prometo, ¿en qué más debería pensar?

—En estar presente para la gente de tu vida, Jack. Es algo sumamente importante. Preocúpate genuinamente por la gente. Haz por ellos lo inesperado y entrégales algo de ti mismo. Todos nosotros, en el mundo empresarial, necesitamos dejar de preocuparnos tanto por el éxito, la prosperidad y el respeto; necesitamos preocuparnos mucho más por *ser buenos*. Esa es la actitud que nos llevará a nuestra vida ideal. Me entristece ver cómo actúa tanta gente en el mundo de los negocios. Todo parece consistir en «qué beneficio puedo sacar», lo que es una manera muy mezquina de plantearse una vida profesional.

—Así actuaba en el trabajo —confesé a Tess—. Pero ahora ya no. No volveré a hacer las cosas de ese modo cuando regrese a casa. También quiero ser más *humano* como hombre de empresa.

—Excelente. Tu vida alcanzará la máxima elevación sólo cuando te quites el traje, la armadura, que casi todos usamos todo el día y muestres alguna vulnerabilidad, apertura y afecto. Los mejores líderes dejan ver sus debilidades, son verdaderos y la gente los ama por eso. Ser abierto, decente y congruente en los negocios es una enorme ventaja competitiva en estos días. Te diferenciará de la competencia y cimentará la lealtad de tus clientes.

—¿Lo hará?

—Por supuesto. ¡Porque ya nadie es así! —dijo Tess,

apasionadamente—. Pero todos los grandes líderes lo saben. Serás mucho más feliz si aprendes a estar auténticamente con las personas de tu vida y construyes relaciones extraordinarias con ellas. Libérate de tus protecciones y entrégate *verdaderamente* a los demás. Será una de las mejores decisiones de tu vida, Jack.

—En realidad nunca he estado por la gente en mi vida, Tess. Me siento mal sólo al pensar en cómo he tratado a los demás.

—Si les muestras que los valoras, te van a valorar a ti. Muéstrales amor y buena disposición y te retribuirán con lo mismo. Pregúntales por sus esperanzas, sueños y deseos y harán lo mismo contigo. Las grandes vidas, en el trabajo y en casa, se construyen sobre grandes relaciones.

—Tiene sentido.

—¿Sabías que investigaciones científicas recientes han mostrado que el campo electromagnético que crea el corazón humano es en realidad cinco mil veces más poderoso que el que crea la mente?

—No tenía la menor idea —contesté, sorprendido por la amplitud de los conocimientos de esta mujer admirable.

—Lo que significa, según pruebas científicas, que la gente verdaderamente puede *sentir* ese campo a una distancia de dos a tres metros. ¿Te das cuenta de la importancia de este hallazgo?

—Los otros pueden sentir si te importan, pueden saber si consideras sus intereses con el corazón. Extraordinario.

—Exacto. Significa que por más hábil que seas no puedes fingir afecto. Puedes hablar lo que quieras, pero a menos que estés genuinamente dedicado a ayudar a tus clientes y a mejorarles la vida, no harán negocios contigo, pues sentirán que no eres genuino. El éxito en los negocios se resume en la confianza, Jack. La gente necesita confiar en que la quieres ayudar. Si hay confianza, tus servicios se venderán solos.

—¿Es tan importante la confianza? —pregunté—. Me refiero a que he oído que la calidad del producto, el nivel de servicios y la innovación son las cosas que conducen al éxito en los negocios.

—Todo empieza con la confianza. La gente hace negocios con quienes tiene confianza. Digamos que has tenido un ataque al corazón, que Dios no lo permita. ¿Acudirías al cirujano en quien confías o a uno que tiene una gran reputación pero no parece tan digno de confianza?

—Acudiría al que me inspira confianza.

—Por supuesto que sí —dijo Tess—. La confianza es la ventaja suprema que tiene el cirujano, y es la piedra de toque de toda fuerte relación de negocios. Sin confianza tus clientes no te comprarán, tus colegas no te escucharán y no te harán caso ni tu familia ni tus amigos.

—La clave es la confianza —confirmé.

—Y lo es de verdad, Jack. Sin ella, tus relaciones son sólo la cáscara de lo que podrían ser. Y mantienes una cuenta corriente de confianza con cada persona de tu vida. Cada vez que interactúas con alguien estás haciendo depósitos en esa cuenta o efectuando retiros. Cada vez que cumples con un compromiso que has contraído, cada vez que encuentras un momento para decir «gracias», cada vez que demuestras verdadero interés en alguien y cada vez que ayudas de verdad a alguien estás haciendo un depósito.

—Y cada vez que antepongo mis intereses por encima de todo estoy haciendo un retiro.

—Sí. Cada vez que no haces lo que dijiste que harías, olvidas responder una llamada, hablas mal de alguien a sus espaldas o no entregas un producto de calidad estás efectuando retiros. Los depósitos diarios profundizan la relación y los retiros diarios la disminuyen. Y lo interesante es que cuando has invertido mucho en esta cuenta de confianza, puedes efectuar algunos retiros sin muchos problemas.

—Casi como si contara con un crédito.

—O una protección suplementaria —dijo Tess, sonriendo amablemente—. Y esto también funciona así en tu vida personal. Digamos, por ejemplo, que has estado saliendo con una mujer. Siempre has sido puntual en las citas, siempre la has llamado cuando dijiste que lo harías, le has demostrado afecto y atención y la has ayudado cuando te ha pedido ayuda. En otras palabras, tienes un buen crédito en esa cuenta de confianza. Así que si tienes que cancelar un par de citas debido a una complicación inesperada en el trabajo, ¿qué crees que dirá?

—No se molestará. Pensaré que me va a apoyar si surge un problema. —Correcto, y debido a todos esos depósitos que has hecho. Pero alteremos el guión: supongamos que has establecido un

patrón de impuntualidades y faltas a las citas concertadas, que no las ha llamado cuando prometiste hacerlo y has olvidado más de una ocasión importante.

—Me voy formando el cuadro; he hecho muchos retiros.

—Sí. Y ahora la llamas para decirle que necesitas cancelar varias citas por algún problema en el trabajo. ¿Cuál crees que será su respuesta?

—Probablemente no me crea. De hecho, si lo toma a mal, puede que eso baste para que tire la toalla y dé por concluida la relación.

—Lo has comprendido. Ves bien la necesidad de hacer constantes depósitos en las cuentas de confianza de todo aquel con quien tenemos relaciones, y no sólo en nuestra vida de trabajo sino también en la vida personal.

—Sí. Y una manera excelente de hacer eso es ser amable y afectuoso, ¿correcto? —Así es, Jack. El afecto constante y la verdadera bondad son muy poderosos, especialmente en un contexto de negocios donde la gente está tan ocupada que ha olvidado cómo tratar a los demás. Aprovecho cada oportunidad que tengo para decir a mi equipo cuánto los quiero.

—¿Dices eso a tu equipo?

—Sí. De verdad lo hago. Pienso en ellos todo el tiempo. Esa gente ha dado algunos de los mejores años de su vida para ayudarme a crecer con esta empresa. Cumplo con ellos por eso. Sus éxitos son mi éxito y sus problemas, los míos.

Tess juntó entonces las manos al modo del saludo tradicional de la India. Estaba en el centro de la sala de espera. Ejecutivos de aspecto inteligente continuaban pasando de un lado a otro y yo podía ver el horizonte de Nueva York a través de los grandes ventanales. La postura de Tess no parecía compatible con el contexto, así que le pregunté qué estaba haciendo.

—Lo aprendí en un viaje al Sudeste asiático hace unos años. Así se saludan y felicitan los ciudadanos de la India, juntando las manos. «Namasté». —¿Y eso qué significa?

—Significa «honro lo mejor y más alto que hay en ti». Jack, ¿No es una manera maravillosa de saludar a alguien? ¿Puedes imaginarte cómo te sentirías acerca de tu vida y qué sentirían los otros de ti si cada vez que les encuentras honraras lo mejor y más alto que hay en ellos? No estoy diciendo que debas realizar este

ritual exteriormente, pero con facilidad puedes expresar ese sentimiento en silencio cada vez que alguien se topa contigo en tu camino. Como ha confirmado la ciencia, en un nivel profundo e invisible van a sentir tu buena voluntad. Y esto hará que te traten de una manera que refleje lo mejor que hay en ellos.

—Es fascinante cómo funciona esto —comenté, absorto en lo que esta superestrella de los negocios me estaba diciendo acerca de la conducta de una vida profesional extraordinaria.

—Así pues, cuando conozcas a alguien, concédete un segundo y recuerda honrar la bondad que hay en esa persona. Concéntrate en valorar la magnífica criatura que es. Esto afectará profundamente la manera como te responda. Y te sentirás más satisfecho en tu trabajo y en tu vida en general. Cuando me cruzo con mis colegas siempre valoro en silencio lo maravillosos que son. Y esto ha provocado un mundo de diferencia en términos de nuestras conexiones.

Una joven recepcionista se presentó.

—Tess, hay una llamada extremadamente importante desde Ginebra en la línea uno. Ya sé que pediste que no te interrumpieran mientras estuvieras con el señor Valentine, pero esto parece una urgencia.

—Ningún problema, Summer. Atenderé la llamada en la oficina —contestó Tess, amablemente—. Jack, estamos trabajando en un negocio enorme y las cosas se han salido un poco de madre. Dame quince minutos y estoy de vuelta. Mientras, relájate y ponte cómodo. Summer te traerá un zumo de naranja, si quieres. Lo siento.

Mientras Tess se alejaba por el pasillo, me senté para ordenar mis pensamientos. Tropecé con un libro titulado *Almanaque de sabiduría*. Era un tesoro de citas sagradas que había reunido el gran novelista ruso León Tolstoi. Abrí el libro y leí la primera cita que encontré. Era una afirmación sencilla, pero me habló profundamente:

> *«La vida es breve. No olvides las cosas más importantes en la vida: vivir para otros y hacerles el bien.»*

12

El amor como herramienta de negocios

«Guarda el oro y guarda la plata, pero danos sabiduría.»

Proverbio árabe

—Jack, un ser humano sólo puede estar en uno de dos estados en un momento dado: miedo o amor —me dijo Tess cuando volvió de su conferencia telefónica. —Eso me lo enseñó Moe en Hawai —comenté.

—Ya me lo imaginaba. Moe es un hombre extremadamente sabio. Confía en lo que te enseñó.

Me quedé sorprendido.

—¿Conoces a Moe?

Asintió.

—Es muy amigo mío. En todo caso, es verdad que, en cualquier momento, o bien vives con miedo o bien vives con amor. Y prefiero no vivir mi vida con miedo, porque eso me limita y limita la vida que estoy dedicada a crear. Cada momento de cada día elijo conscientemente el amor. Y ese es uno de los secretos más profundos de mi éxito.

—El amor como estrategia de negocios. Muy interesante, Tess, mucho. —Jack, puedes obtener todo lo que desees de la vida cuando te concentras en ayudar a que quienes te rodean obtengan todo lo que *ellos* desean de la vida. —Esto me gusta.

—Mi vida cambió cuando tomé una sencilla decisión y me impuse un nuevo valor: *ser la persona más bondadosa que conocía*. Trata tú también de adoptar ese inspirado valor y observa qué sucede. Es la única cosa en mi vida que se rige por una «política de no-excepción». Sin que importe lo que ocurra, siempre sitúo en

primer lugar ese valor. Estoy dedicada profundamente a ser la persona más bondadosa que conozco. Es como si me lo hubiera escrito en el corazón.

Tess respiró hondo y continuó.

—Esta empresa generó ingresos por mil millones de dólares el año pasado. Pero lo que me hizo más feliz fue el éxito de los hombres y mujeres que trabajan en ella. Cuando gracias al trabajo que hacen, crecen como seres humanos, yo crezco como persona. Lo que de verdad me satisface, más que casi cualquier otra cosa, es ver que mis empleados se vuelven líderes y personas felices que sienten que contribuyen y hacen su parte para que el mundo sea un lugar mejor. Lo que realmente me inspira es observar que la cultura de nuestra compañía se ha convertido en una cultura en la que las personas son prioritarias, y crea un espacio de trabajo donde es posible volver a ser humano. Me satisface mucho más la calidad de mis relaciones con empleados, clientes y proveedores que la cantidad de dinero en mi cuenta corriente.

—¡Caramba! ¡Tus valores empresariales sí que son distintos! —comenté, con genuino respeto.

—Lo sé —respondió Tess.

Sacó entonces una caja de oro del bolsillo de su chaqueta y la abrió. —Toma —me dijo, y me alcanzó una tarjeta—. Lee esto. Mi cargo muestra a la gente lo que defiendo.

La tarjeta de Tess, tenía letras plateadas y era obviamente muy cara. Su nombre estaba grabado arriba. Abajo el cargo que ocupaba en la empresa. Decía: «C.D.A.». —¿Qué significa C.D.A., Tess? Esperaba otra sigla —observé.

—C.D.A. significa Consejera Delegada del Amor —dijo, riendo —. Por supuesto, sólo utilizo esta tarjeta en situaciones especiales. Tengo tarjetas más convencionales en mi despacho. Pero en esta firma considero que mi papel es el de Consejera Delegada del Amor. Estoy aquí para demostrar a mi equipo que me ocupo de ellos y que los amo.

—Algo singular —fue todo lo que pude decir.

—Ya lo sé. Y quizá por eso soy la persona más feliz que conozco en un mercado donde la mayoría de los ejecutivos de alto nivel son infelices, están insatisfechos y vacíos. ¿Sabías que una de las curas más poderosas que los psiquiatras recetan a los ejecutivos que

acuden a ellos aquejados de depresión es una dosis diaria de amistad?

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Jack, la mayoría de estos ejecutivos vive en torres de marfil. Pasan aislados cada día. A consecuencia de lo cual la necesidad, que todos los humanos tenemos, de vincularnos a una comunidad no está satisfecha.

—¿Así que los psiquiatras les dicen que salgan y que hagan de amigos? —Algo muy parecido. Recomiendan a los ejecutivos que salgan y busquen amigos, que se ocupen del bienestar de otras personas, que se rían y compartan historias con las personas con quienes trabajan y viven, que abran el corazón a los demás. Y funciona. Lo puedes leer en un artículo extraordinario titulado «El momento humano en el trabajo», que apareció en la *Harvard Business Review*.

—Impresionante, Tess. Y la idea es tan simple.

—Sí que lo es. Así pues, en lo que respecta a tu propia carrera, te sugiero que *seas* verdaderamente para la gente. Ocúpate mucho más de profundizar tus relaciones que de cerrar la venta… y las ventas se cerrarán automáticamente. En realidad el éxito en los negocios sólo es asunto de conexiones humanas.

—¿Qué son exactamente las conexiones humanas?

—Son los lazos que nos vinculan persona a persona. Ocurren conexiones humanas cuando tratamos genuinamente de servir a otras personas y dejar huella en su vida, cuando aprendemos a comunicarnos desde el corazón, a decir nuestra verdad y nos convertimos en personas que escuchan empáticamente y atravesamos las pupilas de los que escuchamos esforzándonos por entenderlos. La comunicación es esencial para demostrar liderazgo en tu carrera.

—Interesante, Tess. Una de mis nuevas metas es ser un excelente comunicador. De verdad quiero hacer un esfuerzo especial por demostrar a la gente que la estimo y la comprendo. Sé que esto me va a ayudar en mi carrera.

—Sí. Es lo que hay que hacer. Ya sabes que no estaremos para siempre en el planeta. ¿Por qué no gozar de nuestro tiempo y alegrar a quienes nos rodean? Mejora tus habilidades comunicativas.

—¿Qué me quieres decir?

—Una de las lecciones esenciales que he aprendido es que una vida grande sólo es una serie de grandes conversaciones. El éxito en los negocios proviene de conversaciones sustanciosas con nuestros colegas, clientes y posibles clientes. Si dejamos de conversar, perdemos negocios. El éxito familiar proviene de tener conversaciones significativas con nuestro cónyuge y con nuestros hijos. Si pierdes esas conversaciones, pierdes la familia. Y el éxito interior, el éxito como ser humano, implica, en muchos sentidos, nada menos que una conversación y conexión continua con tu mejor persona. Si pierdes esa conversación, te pierdes.

—Una idea brillante.

—Gracias, Jack. En nuestro mundo hay tanta gente que está divorciada de sí misma. Se ocupan tanto en buscar la fama, que han cesado de conversar consigo mismos en un nivel interior profundo. Y una de las cosas más importantes que puede hacer un líder es profundizar en sí mismo. Mientras más profundices, más despertarás al sentido de tu viaje por la vida. Y mientras más despiertes, más advertirás que el éxito es dejar huella en el mundo. Y esto me conduce a otro punto importante —agregó Tess—. Si esperas tener abundancia en la vida y éxito en tu carrera, es esencial que seas un constructor de valor.

—¿Y eso qué es?

—Las personas que mejor se desempeñan en la vida dedican su tiempo a crear y construir valor antes que a hacer dinero. Buscan maneras de enriquecer a otros y viven para mejorar la suerte de aquellos que tienen el privilegio de hacer negocios con ellos. Rompen los moldes y viven, en muchos sentidos, para los demás. Irónicamente, son quienes cosechan más éxito y mayor riqueza.

—¿De verdad? —pregunté.

—Sí, así es. Para tener más en el mundo, debes dar más a los demás. Es una de las leyes intemporales de la vida.

—Últimamente he oído mucho al respecto.

—Bueno, eso está muy bien —dijo Tess, y sonreía—. Pregúntate siempre: ¿Cómo puedo agregar valor a esta persona? ¿Cómo puedo servir hoy al mundo? Como recompensa tendrás una extraordinaria abundancia. Martin Luther King, Jr. lo dijo muy bien: «La pregunta más persistente y apremiante es qué haces por los demás».

—Poderosas palabras —comenté.

Tess empezó a caminar por el pasillo.

—Jack —dijo—, sígueme, por favor.

Me condujo a una gran habitación con un brillante suelo de madera y sillas de cuero junto a mesas de cristal. En las paredes había estantes llenos de libros. Observé los títulos: *El arte de vivir*, de Epicteto; *Meditaciones*, de Marco Aurelio; *Piensa y enriquécete*, de Napoleón Hill. Había también un libro de curioso título, *El monje que vendió su Ferrari*, lo que me hizo sonreír.

—Esta es la sala de aprendizaje de nuestra empresa —me dijo Tess, que se sirvió una infusión de hierbas—. ¿Quieres? Es muy bueno con miel.

—Sí, por favor.

—A esta habitación venimos a pensar. Las personas que más triunfan en los negocios dedican mucho tiempo a reflexionar. Y una de las cosas que más piensan es cómo crear valor para la gente que sirven. Sabes, la mayor parte de la gente está muy equivocada —observó Tess.

—¿Equivocada?

—Sí. El propósito de la vida no es ser feliz. Ésa es una de las ideas más egocéntricas que puedas imaginar y la fuente de infinidad de problemas en el mundo actual. La comunidad global cambiaría si dejáramos de pensar en nuestra felicidad individual y empezáramos a pensar en servir a la colectividad. En otras palabras, el mundo cambiaría si en vez de entregarnos a ser más felices nos dedicáramos a ser más valiosos. Para pasar al próximo nivel de nuestra vida, Jack, la pregunta no es «¿cómo puedo tener más?», sino «¿cómo puedo *ser* más?» Deja de desear que la vida puede ser más fácil y desea que *tú* seas mejor, más afectuoso y amable. Deja de desear tener menos problemas y desea más sabiduría. La felicidad es un añadido y llega a quienes no la buscan. —Una paradoja, ¿verdad?

—Sí, en muchos sentidos. De verdad creo que mientras más buscas el éxito y la felicidad, menos se acercarán a ti. La felicidad y el éxito son los añadidos involuntarios pero inevitables de una vida dedicada a crear valor para otros seres humanos. Haz eso y todo lo demás sucederá exactamente como debe.

—Así que muchas empresas actuales están equivocadas. La meta

no es ganar dinero…

—Es hallar sentido —me interrumpió Tess—. El objetivo primordial de la empresa es ayudar a que la gente a quien sirve encuentre un sentido superior, alegría y éxito en la vida gracias a los productos y servicios que le ofrece. Hacer dinero es muy importante, por supuesto, pero no debería ser el motor primario si estás buscando verdadero éxito. Las buenas empresas se centran sólo en las ganancias; las *grandes* compañías se centran en sus propósitos más altos: crear grandes resultados para sus clientes y dejar huella en su vida.

—Es la primera vez que escucho una cosa así.

—Mira, estoy en los negocios para hacer dinero. Por favor no me entiendas mal. No soy ninguna idealista que desconoce cómo funciona el mundo real. Tengo una licenciatura de la Harvard Business School y un doctorado de Stanford. He pasado la mayor parte de mi vida adulta aquí, en Wall Street y participo de este juego en el nivel más alto. El dinero compra cierto grado de libertad, lo sé. Lo mejor que puedes hacer para ayudar a los pobres de este mundo es asegurarte de no ser uno de ellos. Y, hablando con toda honestidad, Jack, he ganado unos cuantos millones. Llega un punto en que ya no sabes cuánto dinero tienes; eso ya no te interesa. Puedo tener lo que quiera cuando quiera. Pero, bien mirado, el dinero ha sido para mí una manera de mantenerme alerta, una especie de indicador.

—¿Mantenerse alerta de qué?

—De la cantidad de valor que creo. He descubierto que mientras más valor creo en el mundo, más dinero parece acudir a mi vida. El dinero no tiene valor por sí mismo, ¿comprendes?

—Creo que tienes razón. Sólo es papel.

—Sí. Todo el dinero es un símbolo de intercambio de valor. Para mí, sólo tiene valor cuando *entrego* mi valor. Me parece una vara de medir, nada más y nada menos. Mi punto es éste: el dinero es importante, pero definitivamente no es lo que me motiva primordialmente. El dinero no es lo que me hace salir de la cama a las cinco de la mañana ni lo que me empuja a innovar y a ser la mejor del mundo en todo lo que hago.

Prefiero que me paguen con recompensas espirituales y no con recompensas en dinero, porque me hacen sentir bien como ser

humano. Encuentro el sentido en la vida por los servicios que presto y no por el dinero. Vivo para ayudar a otros. Eso es lo que verdaderamente me motiva, una sensación de misión y de sentido, no el dinero y las recompensas materiales. Y por eso se equivocan otras empresas; se centran más en atesorar riqueza que en ayudar a que otros cumplan sus sueños.

Tess me llevó entonces a su despacho. Era elegante, impecable, amueblado con toques modernos y minimalistas. La vista, espléndida, daba sobre toda la ciudad. Había fotografías de su marido y de sus tres hijos por todas partes.

—Jack, trata de vivir según estas palabras de Woodrow Wilson: «No estás aquí para ganarte la vida. Estás aquí para ayudar a que el mundo viva de manera más amplia, con una visión mayor, con mejor espíritu y esperanza de logro. Estás aquí para enriquecer el mundo y te empobreces si olvidas esa dirección».

—Qué profundidad.

—Y cuando prestas un servicio hazlo sin esperar recompensa. Si ayudas a otra persona en el trabajo, se trate de colaborar con un colega que está aprendiendo un nuevo programa informático o de ayudar a un cliente esforzándote con tu mejor buena voluntad para asegurarle que tu producto es exactamente el que necesita, hazlo todo por el mero gozo de dar. Dar con la intención de recibir, en realidad no es dar, es comerciar, y la gente se da cuenta. Da para ayudar genuinamente y actúa como un líder con vocación de servicio. Así alcanzarás la grandeza.

—¿Qué es un líder con vocación de servicio?

—Los mejores líderes son líderes con vocación de servicio. Se ocupan fundamentalmente de servir a las personas que dependen de ellos. En su vida manifiestan una misión que impulsa y alimenta sus días.

—¡Es una manera fantástica de vivir! —dije, entusiasmado—. Hallar una misión a la que te puedas entregar y después ocupar tus días haciendo que esa misión se concrete. —Exactamente —continuó Tess—. Piensa en Mahatma Gandhi, en Nelson Mandela, en la madre Teresa y también en los grandes líderes religiosos de la historia. Todos han sido líderes con vocación de servicio y todos se han entregado a una causa mayor que ellos mismos, a una misión.

—Y esta misión debe ser servir a otros, ¿verdad?

—Así debe ser. Pero no debes proponerte transformar el mundo para vivir con un sentido de misión. Tu llamada puede ser servir a tus clientes en el trabajo, con amor, decencia y entrega para crear valor en sus negocios. Ese objetivo no es menos noble que cambiar el mundo. Incluso si tu trabajo fuera barrer las calles o recoger la basura, tienes la opción de trabajar con un sentido de misión y una ética de servicio si ves en ello una oportunidad para hacer de tu comunidad un lugar mejor. No hay trabajos pequeños, Jack. Mahatma Gandhi lo dice muy bien: «Por más insignificante que sea lo que tienes que hacer, hazlo tan bien como puedas, entrega a ello tanto cuidado y atención como el que entregarías a lo que consideras más importante. Porque serás juzgado por esas pequeñas cosas».

—Muy hermoso, Tess.

—Y madre Teresa dijo: «Que nadie que haya acudido a ti se marche sin ser mejor y más feliz».

—Asombroso.

—También me gusta lo que dijo William Penn: «Sólo espero pasar una vez por la vida. Por lo tanto, si hay una bondad que puedo mostrar o algo bueno que puedo hacer a cualquier ser humano, permitidme que lo haga ahora y que no lo postergue o lo desdeñe, ya que no voy a pasar por eso otra vez». Cuando esta filosofía guía tu vida, vas a cambiar radicalmente para mejor. Eso te lo puedo asegurar —dijo Tess, con entusiasmo.

—Y es una de las razones por las que me gusta trabajar —continuó—. Mi manera de trabajar me permite satisfacer una de las necesidades más profundas del ser humano. —¿Y cuál es?

—La necesidad de trascendencia personal. Todos tenemos un profundo anhelo, en el nivel más primordial: dejar una huella en el mundo. Creo que todos hemos sido programados para aportar al mundo a nuestro modo, creo que eso está en nuestro mapa genético. Para algunos, eso significará conducir países a la libertad y tocará la vida de millones; para otros será barrer las calles o ser cajero de una tienda. Como te digo, ninguna tarea es mejor o más digna de respeto que otra si la realizamos de corazón y según el sentido del deber. Como dice John Ruskin: «El más débil de nosotros tiene un don, por más trivial que parezca, que es propio de él y que, bien utilizado, será un don para toda su raza».

—Siento esas bellas palabras en mi corazón —dije, sinceramente.

—Porque hablan a lo mejor que hay en ti, Jack. La verdad de esas palabras resuena en el lugar del *conocimiento* que hay en ti. La necesidad más profunda del corazón humano, cuando llegas a él, es la necesidad de vivir por algo más importante que nosotros. Puede que ahora no lo adviertas. Puede que te inquiete escuchar esto porque tu sueño es ganar mucho dinero y comprarte una casa en las Caimán. O puedes desdeñar este punto en un mundo centrado en la «búsqueda del número uno». Pero Jack, tengo que decirte que mientras más te acerques a la verdad de lo que es la vida y mientras más profundices en tu sabiduría natural, menos podrás eludir esta verdad: *se crea una vida impecable cuando sirves de manera impecable*. Mientras más trabajo realices en ti mismo como ser humano, más verás el mundo de un modo diferente. No estarás amarrado por la necesidad de ganar mucho dinero para que la gente te respete. Estarás tan centrado en tu misión más alta que el respeto de ti mismo surgirá por añadidura. Todos estamos destinados a ser líderes en el planeta. Es tu derecho por haber nacido.

Tess me señaló entonces una cita que un hábil artesano había tallado directamente en la cubierta de su escritorio.

—Lee esto —me dijo—. Me ayuda a no perder de vista lo esencial cada mañana. A veces leo estas palabras y después cierro los ojos y las siento entrar en mi corazón. Medito y me impacta de manera maravillosa en el día que voy a vivir. Las palabras eran las siguientes:

«Serás feliz en la vida en proporción directa a la magnitud de tu ayuda al mundo.»

13

El verdadero camino del éxito

> *«La muerte no es la mayor pérdida en la vida. La mayor pérdida es lo que muere dentro de nosotros mientras vivimos.»*
>
> Norman Cousins

Estábamos sentados en el sofá de cuero de su despacho. Tess me dijo: —Lo importante no es dónde terminas en tu carrera, sino en lo que te convierte como ser humano el viaje que has hecho hasta ese lugar. La verdadera recompensa de una vida bien vivida no reside en lo que obtienes al final del sendero, sino en lo que eres cuando llegas allí.

—Asombroso—comenté.

—El *proceso* de tu vida es la clave de tu vida y no el lugar donde descanses al final del día. El éxito no consiste en realidad en alcanzar tus metas. Consiste en las transformaciones personales y en los desplazamientos interiores de la conciencia que ocurren como necesaria consecuencia del progreso hacia tus metas. El don no es hacer que las metas se concreten, sino en lo que te convierte como persona la búsqueda de esa meta particular. Y francamente, creo que sólo hay dos razones para dedicarse a los negocios.

Esperé que continuara.

—En primer lugar, como te he mencionado, crear valor para otros y en beneficio de un bien mayor, y en segundo lugar, crecer como persona. Realizar lo que verdaderamente somos y, al hacerlo, alcanzar la paz con nosotros mismos —dijo.

—¿Cuando finalmente descubrimos quiénes somos verdaderamente alcanzamos la paz con nosotros mismos?

—Sí. Es el mejor modo de vivir una vida rica y tranquila.

—Lo que dices tiene tanto sentido, Tess. Quizá muchas de

nuestras luchas suceden porque la parte más profunda de nosotros sabe que nos estamos traicionando al no vivir la vida según su máximo potencial.

—Exacto. Perdemos una enorme cantidad de respeto por nosotros mismos cuando no concretamos nuestro mayor potencial. Creemos que implica mucha energía realizar el trabajo interior que se requiere para vivir nuestra vida mejor tanto en el trabajo como en casa, y la realidad es que supone mucha más energía permanecer en la mediocridad.

—Estoy de acuerdo.

—No hay duda de que es extremadamente agotador negar nuestros sueños y desdeñar el camino de nuestra vida mejor. Cuesta mucha energía no ser fiel a uno mismo. —De acuerdo. Ya veo a dónde apuntas. Esta conversación me resulta muy inspiradora, Tess. De verdad aprecio la importancia de amar a los demás y establecer conexiones humanas. Me comprometo, aquí y ahora, a ser un hombre que viva mucho más por los demás. Y también te prometo que empezaré a considerarme un creador de valor. No voy a edificar mi carrera según lo que puedo obtener de otros sino según lo que puedo ser para los demás. Y te tengo que decir que el mero hecho de decirte todo esto me hace sentir mucho mejor. Y también empezaré a vivir en un nivel más elevado. —Maravilloso —contestó, obviamente complacida por mis comentarios. —Pero permíteme que haga de abogado del diablo en el tema de darse a los otros. Estoy seguro de que estás de acuerdo en que en el mundo hay algunas personas groseras y miserables.

—Estoy de acuerdo en que hay gente cuya *conducta* es grosera y miserable. —Está bien, entiendo la distinción. Pero cuando tratas con esas personas seguramente no siempre puedes ser muy amable.

—*Siempre* opto por ser amable, Jack. Vivo según ese valor y me funciona. Pero —y este es un punto muy importante— ser amable no significa ser débil. Un ser humano sabio mezcla compasión y valor.

—¿Cómo?

—Sí. Vivo conforme a ese principio. Algunas veces las circunstancias indican que exprese mi amor por medio de la compasión, y otras veces me llaman a ser valerosa. La gente comete el error de creer que ser amable significa ceder ante los demás y

dejar que te pasen por encima. No es el caso. Me amo a mí misma demasiado como para dejar que eso suceda. Si alguien me falta el respeto, se lo hago saber de una manera amable pero firme. Sin herirlo, pero dejándole ver que no me dejo maltratar. Y así mezclo compasión y valor. Jack, somos nosotros quienes enseñamos a la gente a tratarnos.

—¿Nosotros?

—Por supuesto. Si alguien te trata mal, sin respetarte como mereces, quiere decir que de algún modo has permitido que eso suceda. Quizá la primera vez que te trataron mal no supiste trazar un límite ni manifestaste que no aceptabas esa conducta. Y ese fallo dio pie a que alguien pensara que te podía faltar el respeto.

—¿Así que las personas con las que me he relacionado en la vida han aprendido a tratarme según la manera como dejé que me trataran?

—Exacto. Espera y asegúrate que te traten con cortesía, respeto y amor y lo obtendrás. Permite que la gente te pase por encima y contribuirás a mantenerla en ese bajo nivel.

—Comprendo —dije y durante un momento reflexioné—. ¿Pero que piensas de la competencia? Trabajas en una de las ramas del mundo de los negocios más competitivas —los servicios financieros — y es evidente que tienes mucho éxito. ¿Cómo puede prosperar en ese mundo una persona que tanto ama? ¿Puedo tener éxito si no trato de ganar?

—En realidad, si sólo tratas de ganar, te garantizo que no tendrás el menor éxito — dijo Tess, riendo—. Como directora general de esta organización tengo que velar por la cuota de mercado de la empresa y jamás debo perder de vista a nuestros competidores. Es una realidad de la economía en la que nos desenvolvemos. Pero hace muchos años, después de un largo período sabático que aproveché para recorrer el mundo navegando con mi familia, empecé a abrir el diafragma a través del cual veo ahora el mundo. Mi visión del mismo cambió drásticamente durante ese exilio que me impuse.

Tess sonreía.

—Jack, ya conoces algunos de los principios de organización sobre los que he construido mi nueva vida. Comparto ahora contigo otro, que se relaciona con tu pregunta por la competencia: *Para que*

ganes, nadie necesita perder. Es un principio que resulta bastante difícil de aceptar en el mundo de los negocios. Después de todo, desde niños nos han enseñado a competir por recursos escasos. Nos han dicho que debemos ser los primeros del curso y los mejores en los deportes que practicamos. Constantemente nos comparan con otros que nos dicen que son mejores, más inteligentes o más rápidos. Esto crea una mentalidad de escasez y empezamos a creer que el mundo es realmente un lugar con recursos limitados. Si no nos graduamos entre los diez primeros de nuestra promoción no tendremos éxito en nuestra carrera. Si no triunfamos en los deportes, nunca saborearemos la victoria. Ahora bien, todo eso es una manera falsa de pensar, nada más lejos de la verdad. El filósofo Rumi lo resume con exactitud: «Abandona la gota. Sé el océano».

—Esas palabras me hacen estremecer, Tess.

—Y esta manera falsa de pensar —continuó— origina miedos, miedo de que no haya lo suficiente en el mundo para que cada uno pueda tener todo el éxito con que sueña; miedo de perder lo que tanto hemos luchado por acumular; miedo de no merecer lo que tenemos. Y este miedo crea una situación interesante: mientras más tememos perder si ayudamos a ganar a los otros, menos terminamos teniendo. Mientras más tratamos de atesorar, más alejamos la abundancia que nos corresponde.

—¿Y a qué se debe eso?

—A que nuestra manera de pensar define nuestra realidad, nuestra percepción determina nuestra experiencia. Si sólo piensas en tenerlo todo para ti y no ayudas a nadie a conseguir sus sueños, estás proyectando tus miedos en el mundo. Y estos pensamientos llenos de miedo van a crear tu realidad y vivirás una vida de carencias.

—¿Me estás diciendo que si sólo pensamos en nosotros y tratamos de poseerlo todo en realidad perdemos?

—Sí. Difícil de creer, ¿verdad? Esta es la clave: quienes habitamos este planeta estamos conectados. Lo único que consigue la competencia es alimentar la ilusión de que estamos separados, lo que no nos permite crecer. Ganamos si actuamos en un nivel más elevado y empezamos a apreciar la interconexión de todo. El mundo gana entonces. Si tu objetivo principal es enriquecer a otros y apoyarlos mientras crecen para obtener lo que les está destinado,

envías entonces al mundo pensamientos de abundancia y no proyectas miedos.

—Y de esta forma el mundo nos inunda con abundancia —comenté. —Exactamente. El hecho es que el mundo, nunca como ahora, ha ofrecido tantas oportunidades para quienes las buscan. Todos podemos ganar. Y si trabajamos juntos, en un estado de cooperación y armonía, el mundo será un lugar mejor para estar en él. Pero la verdad es que la lucha constante para derrotar a la competencia genera una enorme tensión, caes en la trampa del desempeño y empiezas a creer que sólo serás admirado si triunfas. Eso establece una interesante pauta de acción en nuestra vida. —¿Cuál?

—Nos obsesionamos por superar a los demás. Nos convertimos en verdaderos animales de circo, actuamos con la esperanza de que nos aplaudan. Fundamos nuestra autoestima en la recepción de alabanzas de quienes nos importan y, por lo tanto, continuamos exigiéndonos más de manera implacable. Pero *nada* nunca será suficiente si vivimos así. Alcanzamos la meta, pero estamos tan ocupados ascendiendo la imaginaria escalera del éxito que somos incapaces de gozar del logro. Nada es nunca suficiente para nosotros cuando tenemos esta disposición mental. Nada es bastante bueno porque siempre tenemos que ser los primeros.

—Casi parece perfeccionismo.

—Y eso es, exactamente. Tratamos de ser perfectos. Y nos destruimos durante el proceso.

—De acuerdo. ¿Y cuál es la solución?

—Confiar y relajarse.

El padre Mike me había hablado de la confianza y también Moe. Los dos creían que el universo es un lugar amistoso e, independientemente de lo que nos sucediera durante el viaje de la vida, siempre funcionaría para nosotros de una manera hermosa. Y, por cierto, ya me parecía que mientras más disminuía mi lucha frenética y confiaba en que el mundo trabajaba en beneficio de mi éxito, más recompensas me entregaba el mundo. Interesante… Mientras menos luchaba, más conseguía. En muchos sentidos, deseaba que quedaran demostradas las leyes del mundo que el padre Mike y Moe me habían enseñado antes de aceptarlas. No me daba cuenta de que primero debía aceptarlas por completo y sólo

entonces me demostrarían sus efectos.

Todo consistía en confiar. Confiar en el exquisito diseño del mundo y en el plan tan inteligente para nuestra vida. Nuestra vida, empezaba a comprenderlo, estaba diseñada para funcionar. Sólo necesitábamos entrar en nuestro propio camino. Mientras más lo pensaba, más advertía que todo esto era asombroso.

—Temer la competencia nos hace desconfiar de los demás, Jack. No es manera de trabajar ni de vivir. Tener miedo a perder inhibe nuestra creatividad, limita las posibilidades de nuestra vida, crea enormes cantidades de presión y nos provoca tensión en el cuerpo. Así pues, irónicamente, combatir la competencia en realidad disminuye el nivel de nuestro desempeño en lugar de elevarlo. La solución es simple: céntrate en ser el mejor que *tú* puedes ser. Lo único con lo que tienes que compararte es con la persona que solías ser, con tu persona anterior. Examina quién eras y dónde querías estar. No dejes de avanzar en la odisea personal que es la vida.

—Tess, debo ser honesto contigo. Temo que si no compito y aprovecho cada oportunidad para ganar en los negocios voy a terminar como un gran perdedor. La filosofía que me estás presentando parece estupenda, pero, francamente, me parece bastante idealista.

—Gracias por ser tan honesto, Jack. He construido toda esta empresa, desde la nada, fundada en esta filosofía de «todos ganamos». Y hoy la empresa vale millones. Tienes que confiar en mí; esto funciona. Recuerda, también, que durante cientos, si no miles de años la gente que se dedica a los negocios se ha guiado por esa actitud mental competitiva basada en el miedo. Y mira dónde hemos llegado como comunidad global, mira el aspecto del mundo y la falta de cuidado y amor que hay en él. Si continuamos haciendo las cosas del mismo modo sólo vamos a seguir viendo los mismos resultados.

—Es verdad.

—Así pues, para cambiar el mundo, cada uno de nosotros debe ejercer una forma más alta de liderazgo y hacer las cosas de otro modo. Esta es una *enorme* oportunidad para ti, Jack. Puedes ser un líder en el mundo, a tu propio modo, negándote a seguir a la multitud y actuando desde una posición de amor contra una posición de miedo. Si en tu esfera de actividad te dedicas a prestar

un genuino servicio, a crear valor, construir relaciones y a promover resultados donde todos ganan, tu vida no podrá menos que cambiar. Las leyes de la naturaleza siempre han gobernado el modo cómo funciona la vida. Observa la naturaleza y verás una gran confirmación de lo que te estoy diciendo. *Cuando trabajamos armónicamente hay más para todos*. Esta es hoy la mayor lección para las personas que se dedican al mundo de los negocios. Y si no conseguimos que se comprenda, el mundo será un lugar aún más desordenado.

Tess cogió un gajo de limón que había en un plato sobre una bandeja de plata y lo puso en un vaso de agua.

—Esto es para ti. El agua es buena para el cerebro.

—¿Ah sí?

—Por supuesto. En realidad te ayuda a pensar con mayor claridad, especialmente en tiempos de estrés. También es uno de los medios más eficaces para mantener altos los niveles de energía —dijo, y bebió un sorbo de su vaso—. Y antes de marcharme a una reunión quiero exponerte unos cuantos puntos rápidos.

—De verdad ha sido una mañana sumamente productiva. Te agradezco mucho tu tiempo, Tess.

—Me gusta ayudar —contestó—. Pero asegúrate de compartir con otros lo que te estoy enseñando. Nuestro mundo necesita cambiar, y puedes ser un poderoso catalítico para la transformación de otros.

—De acuerdo.

—Mi posesión más valiosa no es material —agregó Tess.

—No me sorprende.

—Mi bien más valioso es mi reputación. Nunca deja de asombrarme que gente que ha trabajado décadas para construirse un buen nombre hace de pronto algo tonto y en unos instantes pierde su reputación. Y al hacerlo, en muchos sentidos pierden la capacidad para dirigir empresas. Jack, responder las llamadas telefónicas no tiene precio. Cuida tu buen nombre. Nunca hagas algo que manche tu reputación. Vive y trabaja con un alto grado de integridad.

El piloto de una de las líneas de teléfono del ordenadísimo escritorio de Tess se encendió.

—Debe ser mi reunión. Lo siento, Jack, pero hace más de un

mes que estaba programada y no la pude cancelar. Coge esa tarjeta —agregó rápidamente—. Es del hotel donde te vas a hospedar. Mi chófer te llevará. Sé que debes estar un poco cansado por el viaje. Hemos avanzado mucho en poco tiempo, así que los próximos días serán relajados y entretenidos. He organizado que uno de los mejores guías te muestre la ciudad. Te llamaré dentro de unos días. El número de casa está al dorso de la tarjeta.

Llámame si necesitas algo.

Tess se levantó de su silla y me abrazó.

—Lo estás haciendo muy bien, Jack. Sé que éste es un tiempo de cambio para ti, pero no te preocupes por nada. Mi intuición me dice que estás exactamente donde necesitas estar en el sendero de tu vida. Mantén el rumbo y todo irá bien.

Y diciendo esto, Tess Welch, la ejecutiva superestrella salió de la habitación y se marchó por el pasillo.

14

Sobre deseos y sueños

«La persona más patética del mundo es la que tiene vista y carece de visión.»

Helen Keller

Los días siguientes fueron hermosos, una especie de celebración. Había aprendido tanto en las últimas semanas que sabía que era importante destinar un tiempo a honrar mi propio crecimiento. Visité galerías de arte y museos, cené en restaurantes de gran categoría y conseguí localidades inmejorables para ver dos obras en Broadway. Tess Welch se ocupó de todo y ordenó las cosas para que me trataran como a un príncipe. Era una mujer muy amable.

Me llamó por teléfono cuatro días después de nuestro primer encuentro. —Hola, Jack —dijo—. Me encontraré contigo en el Central Park para que podamos caminar unas horas. Hay algunas lecciones que quiero compartir contigo y creo que te serán muy útiles.

Una hora más tarde, caminábamos por el parque, que estaba lleno de neoyorquinos gozando de ese lugar especial. Los rayos de sol nos acariciaban la cara. Tess retomó la conversación en el punto en que la había dejado unos días antes.

—Jack, si de verdad quieres que se manifiesten los deseos de tu corazón, hay cinco pasos muy sencillos que te facilitarán las cosas. Ten confianza en mí, estos pasos funcionan de forma mágica —me aseguró.

—Me encantaría conocerlos —me apresuré a contestar.

—El primero es articular una visión. Antes de proclamar lo que deseas en la vida, debes poner *nombre* a lo que deseas en la vida.

—Un buen modo de decirlo.

—Mientras mayor sea la claridad, el color, la emoción y la

definición que puedas aportar a la meta que te representas imaginariamente, mayores son las posibilidades de que se concrete en tu mundo exterior. Tienes que definir tus metas. No son más que intenciones, y tus intenciones determinan la realidad que creas. Y, por cierto, he descubierto que es sumamente útil articular esa visión en un papel. Agregar palabras visibles a tus deseos les llena de fuerza vital.

—¿De veras?

—Sin la menor duda —fue su confiada respuesta.

—De acuerdo, eso es fácil. ¿Qué viene después?

—El paso número dos es desarrollar tu estrategia. Las empresas de nivel mundial son las que poseen una estrategia de primer orden. Tienes que aprender a moverte estratégicamente en la vida. Piensa siempre en el aspecto que tiene tu vida mejor y en qué deseas para tu futuro ideal. Y convierte esa visión en una estrategia que te permita realizarla.

—Me encantaría tener un futuro ideal.

—Así será, Jack. Tu estrategia es tu plan de acción para cerrar la brecha entre visión y resultados. Es la fórmula ganadora para crear un puente entre tus sueños y tus actos. El deseo que anhelas que se manifieste en tu vida no es más que una visión que aparece en tu imaginación. Es algo hermoso, pero que tu objetivo se traduzca en un resultado tangible; de otro modo, ¿para qué serviría?

—De acuerdo. Hacerse ilusiones nunca nos lleva a ninguna parte.

—Correcto. Ser líder implica ser proactivo. Así que es vital que desarrolles una estrategia semanal para saber qué harás para cerrar la brecha entre la visión y los resultados a que aspiras. Es mucho más fácil concretar un gran sueño si lo fragmentas en segmentos manejables.

—E intimida menos —dije—. He notado que si una meta es demasiado grande a veces inspira tanto miedo que no se da el primer paso.

Tess asintió.

—He pasado por eso en mi vida. Así que separé la intención macro en porciones micro. Si lo haces, tu progreso será más suave y experimentarás menos dificultades. —Comprendo, ¿Cuál es el tercer paso?

—Establece un contrato contigo mismo. Y en él establece qué planeas hacer y cuándo. Imprímelo y ponle un sello para que parezca oficial. El mío incluso lo he firmado como si se tratara de un gran contrato de negocios.

—¿Y sirve verdaderamente ese contrato con uno mismo?

—Sin duda. Pone en su lugar una estructura importante de responsabilidades. Jack, si no hay control de tus responsabilidades, es fácil eludir el compromiso de hacer realidad los sueños. Sin una estructura que te recuerde que eres responsable de mantener las promesas que has hecho sobre la manifestación de tus deseos, es fácil que las cosas se desvanezcan. Son demasiados los sueños que mueren sin pasar de ser proyectos debido a la Ley de la Intención Menguante.

—¿Qué es eso?

—La Ley de la Intención Menguante postula que mientras más tiempo pase después que estableces una meta, es menos probable que le insufles vida y la concretes. Cuando establecemos una meta tendemos a sentir entusiasmo y esperanzas por las posibilidades futuras. Pero a medida que pasan los días, la vida sigue su camino y también nuestras creencias limitadoras. Nuestro crítico interior empieza a trabajar y nos propone una serie de excusas sobre por qué esa meta nunca se va a concretar. Mientras más tiempo pasa, más nos distraen los asuntos urgentes que debemos encarar. Y el sueño fallece de muerte súbita. Imagina tan solo que concretas el cinco por ciento de las ideas brillantes que has tenido en el curso de la vida y lo que esto significaría para tu éxito en los negocios y en la vida.

—Estaría viviendo en otro nivel —admití, casi avergonzado.

—Ese es el punto, exactamente. Siempre he creído que las personas que destacan por obtener resultados insuperables nunca abandonan una idea nueva sin intentar alguna acción para concretarla. Así pues, para evitar que la Ley de la Intención Menguante te paralice los deseos del corazón, debes construir una estructura para medir la responsabilidad en el proceso que estoy compartiendo contigo. Debes poner en marcha algunos medios por los cuales te hagas personalmente responsable de seguir los planes que has establecido. El mejor modo que conozco es contratar los servicios de un entrenador.

—En estos días he oído hablar bastante de entrenadores.

—Estoy segura —dijo Tess—. Durante los dos últimos años he trabajado todas las semanas con un entrenador profesional y me ha ayudado a efectuar profundos cambios en mi vida. No sólo celebra con entusiasmo mis éxitos, también es una especie de estricto profesor que me obliga a cumplir mi palabra, que se asegura que haré lo que he dicho que haré y cuando dije que lo haría. Los resultados que he visto en mi vida compensan sobradamente la inversión que he hecho al contratar sus servicios.

—¿Y si no puedo pagar un entrenador?

—Bueno, lo mejor que puedes hacer en ese caso es forjar una alianza de dirección. —No conozco esa expresión —confesé.

—Una alianza de dirección es una asociación ganadora que estableces con una o más personas que piensen más o menos lo mismo y deseen que los sueños se hagan realidad. —Parece interesante.

—Te recomiendo poner en práctica esa idea de este modo. Fija una hora para una reunión semanal y júntate con los miembros de tu alianza lo más temprano posible. Reunirse temprano es importante, pues demuestra compromiso. Empezad la reunión revisando los deseos y metas que cada uno ha declarado. Discutid después qué ha estado funcionando y qué no. Y lo más importante: revisad los contratos que habéis hecho con vosotros mismos y rendid cuenta de las responsabilidades que cada uno ha asumido y de los progresos que cada uno ha prometido. Para que esto funcione, importa que cada miembro del grupo sepa que puede decir con tranquilidad y seguridad la verdad y ser profundamente honesto. Si habías dicho que ibas a hacer algo la semana pasada y no lo has hecho, los miembros de la alianza deberían exigirte el cumplimiento. Esto se puede hacer de manera amable y valiente.

—Me parece una gran idea; sencilla y poderosa.

—Creo que hacer manifiestos los deseos del corazón es asunto serio. No juego cuando me esfuerzo por crear resultados extraordinarios en mi vida. Quiero vivir mi vida mejor, así que juego a ganar. Y este proceso de cinco pasos funciona muy bien.

—De acuerdo, el paso uno es definir mi visión, el paso dos supone crear una estrategia, el paso tres requiere que haga un contrato conmigo mismo y establezca una estructura de rendición

de cuentas para asegurarme de que hago lo que digo que voy a hacer. ¿Cuál es el próximo paso?

—El cuarto paso se refiere a la medición. Siempre he creído que, en los negocios y en la vida, lo que no se puede medir nunca será dominado. Nuestro negocio recurre a una increíble cantidad de mediciones para hacer el seguimiento de nuestro avance. Cuando empecé esta compañía tenía una filosofía muy sencilla. Apunté a las mejores empresas del planeta y conseguí hacerme un cuadro muy claro de su manera de operar. Y después, aunque empezamos siendo muy pequeños, nos dedicamos a operar, cada día, como una de esas compañías. Por la mañana teníamos una breve reunión para recordar el aspecto de la empresa que queríamos construir. Y al terminar el día, medíamos lo que habíamos hecho, en términos de resultados, comparándolo con esa idea. ¿Te imaginas lo que puede suceder si llevas esta estrategia operativa a tu propia *vida*? ¿Qué te parece dedicar todos los días un tiempo de diez o quince minutos para medir lo que has vivido confrontado con la visión que tienes para ti? Ben Franklin, en su maravillosa autobiografía, escribe sobre el empleo de esta práctica todas las noches; debes leer esa autobiografía. Franklin se prometió que conduciría su vida según trece virtudes, trece leyes de la vida si te parece. Todas las noches se retiraba a un lugar tranquilo y reflexionaba profundamente sobre cómo había actuado en relación con esas trece virtudes.

—En otras palabras, medía diariamente sus resultados en relación con su visión. —Correcto. Y de este modo tuvo clara conciencia de lo que iba resultando y de lo que no le funcionaba. Este momento de deliberación hizo de él un hombre mucho más consciente y decidido. Este ritual nocturno de mediciones resultaba cada día mejor que el anterior y así pudo construirse una vida grande.

—Muy interesante.

—Jack, no hay nada malo en equivocarse en la vida. Los errores son profesores estupendos. Nos proponen el terreno más fértil para el crecimiento personal. Pero hay algo mal si se cometen los mismos errores una y otra vez en la vida. Eso indica una falta completa de conciencia de uno mismo y un porfiado rechazo a aprender de la propia historia. Toda la idea del juego es aprender de tu pasado. Quizás una manera mejor de decirlo sea ésta: *que tu pasado sea tu*

servidor. Aprovecha los fracasos del pasado para tus triunfos futuros. Si mides constantemente lo que estás haciendo en relación con las metas que te has propuesto, entonces esas importantes correcciones del rumbo te llevarán a tu mejor vida muy pronto. Lo que me conduce al quinto paso de este modelo para la plenitud de los deseos de tu corazón.

—Tess, soy todo oídos.

—Festeja sus Momentos de Orgullo.

—¿Y cuáles son?

—Los Momentos de Orgullo son aquellos en que has conseguido un triunfo en la semana, en términos de progreso del deseo particular en que estás trabajando. Una de las razones primordiales por las que perdemos inspiración y pasión en la consecución de nuestras metas es que pasamos más tiempo centrados en lo que *no* funciona que en lo que ha resultado.

—Me suele pasar en general en la vida —reconocí, mientras caminábamos por un sendero arbolado.

—Sé que así es, Jack, pero importa mucho alabar el progreso. Cada semana dedica un tiempo a registrar tus Momentos de Orgullo. Compártelos con los miembros de tu alianza. Dedica un tiempo a jactarte de ellos. Eso te mantendrá motivado y con energías mientras avanzas confiado en dirección a tu sueño. Y este punto es verdaderamente importante: goza del viaje mientras progresas hacia tu meta. Festeja los pequeños éxitos: te llenarán el corazón de entusiasmo y alegría pensando en los dones por venir. Si reconoces y aprecias tus pequeños triunfos, se creará un enorme impulso que te concederá mayor poder y entrega para tu sueño personal definitivo. Harold Melchert lo expresa así: «Vive cada día tu vida como si pudieras subir montañas. Basta una mirada ocasional a la cima para mantener presente la meta. Muchas escenas hermosas se pueden avistar desde cada punto del ascenso. Sube sin pausa, lentamente, gozando cada momento, y la vista desde la cima será un clímax adecuado de la jornada».

—Hermosas palabras.

—Sí —concedió Tess—. Jack, habla a menudo de tus intenciones y de tus deseos. Decláralos al mundo. Cuenta a tu familia y a tus amigos lo que quieres tener, hacer y ser. Mientras más *hables acerca* de lo que quieres, más podrás tener lo que quieres.

—¿Por qué?

—Porque mientras más hables de los deseos de tu corazón, más entrarán en tu conciencia. Empezarás a ver oportunidades que antes no veías. Formarás nuevas conexiones en la mente y verás las posibilidades de tu vida desde un mejor punto de vista.

—De acuerdo. ¿Y qué viene ahora? —pregunté.

—Para que todo este proceso funcione, tienes que recordar que el éxito depende de la ejecución —dijo Tess.

—¿De la ejecución?

—Sí. La razón por la cual fracasan tantas empresas es la debilidad de la ejecución. No han elaborado una disciplina para concretar las cosas y que éstas efectivamente se hagan. Puede que tengan una estrategia brillante, pero la *implementación* de esa estrategia es pobre. Nuestra empresa es líder en el mercado porque hacemos algo más que soñar grandes sueños: damos grandes pasos. Somos fantásticos en lograr que las cosas se hagan. Y debo agregar que no nos limitamos a que las cosas efectivamente se hagan: hacemos las cosas adecuadas. Como el gurú de la administración de empresas Peter Drucker ha observado: «Nada hay más inútil que hacer con eficiencia lo que nunca debió hacerse».

—Un gran punto —dije, sonriendo.

—Nos centramos en lo esencial, en las actividades que nuestra investigación nos ha mostrado que nos conducirán donde queremos llegar.

Sonó el teléfono de Tess.

—Lo siento, Jack —se excusó—, pero estaba esperando esta llamada de Tokio. ¿Te importa si la atiendo?

—De ningún modo. Adelante.

Dijo rápidamente al que la llamaba que le devolvería la llamada lo antes posible y volvió donde la esperaba.

—Jack, necesito regresar a la oficina. Estamos trabajando en otra oferta pública y debo reunir al equipo para establecer la estrategia.

—Y la ejecución —comenté.

—Exacto. En todo caso, hemos revisado todo lo que teníamos que ver hoy. ¿Por qué no disfrutas de este lugar y nos vemos mañana? Eres un gran estudiante y ya sé que conseguirás grandes cosas. Cal habría estado inmensamente orgulloso de ti. Quiero que

lo sepas.

—Gracias, Tess.

Después de que Tess se marchó, me senté bajo un árbol y pensé en lo que me había enseñado. Reflexioné sobre la importancia de lograr que las cosas sucedan y traté de conciliar esto con la lección de Moe sobre vivir en el misterio y permanecer abierto a todas las posibilidades.

Comprendí que el éxito en la vida proviene de un equilibrio. Vivir en el misterio sin ser práctico ni dar los pasos para planificar y concretar los sueños no es más que «apatía espiritual», una especie de evasión. Y sin embargo, pasar el día planificando, organizando y concentrándose era equivalente a tratar de controlarlo todo. Si se trabajaba y vivía de ese modo no quedaba espacio para las posibilidades que la vida puede ofrecer y teje por sí misma en nuestra existencia.

Una vez más sólo podía advertir el hecho: la vida entera es equilibrio.

15

Accesos a una vida hermosa

«Que cada uno barra la puerta de su casa y el mundo entero estará limpio.»

Madre Teresa

Las semanas con Tess pasaron muy rápido. Como el padre Mike y Moe, no sólo demostró que era muy inteligente e insólitamente creativa en su forma de pensar, sino que también era, genuinamente, una persona buena. *La gente buena también puede tener éxito en los negocios*, comprobé.

Durante las semanas que pasamos juntos, Tess reforzó la necesidad de ser amable y afectuoso en los negocios. Destacó que la construcción de relaciones era esencial y que debía dedicarme a crear valor para los demás, y para el mundo en general, si deseaba que mi destino se manifestara y disfrutar de un éxito auténtico. Me habló de la importancia de las buenas maneras, de la puntualidad y de la decencia como ventajas estratégicas y habló apasionadamente de la necesidad que todo hombre de negocios mostrara liderazgo si esperaba mejorar el estado del mundo alguna vez.

Mientras descansábamos una tarde en su oficina iluminada por el sol, me dio un sobre. Disfruté abriéndolo, pero me decepcionó encontrar dentro solamente una hoja de papel color marfil.

—No lo entiendo, Tess. El papel está en blanco.

—Jack, hoy es nuestro último día. Acabo de hacerte un regalo especial para agradecerte estas semanas conmigo.

—Pero sigo sin entender el significado de este papel en blanco.

—Más tarde, esta noche, antes de que te duermas, me gustaría que realices un rito sagrado. Coge esta página y escribe en ella la historia de tu vida. Escribe, de la manera más sucinta posible, cómo

te gustaría que cambiara tu vida. Define la intención y ponla en el papel. Escribe sobre los deseos de tu corazón y de la huella que esperas dejar en el mundo como resultado de la persona en que te estás convirtiendo. Y después escribe sobre tu legado.

—¿Qué me quieres decir exactamente con legado?

—La más profunda de todas las necesidades humanas es la de vivir algo más importante que nosotros mismos. La grandeza de un ser humano llega cuando se dedica a una cosa: vivir por una causa más elevada que él. En los momentos de silencio de esta noche, me gustaría que te preguntaras qué quieres defender con tu vida y que escribas la respuesta. Observa la huella que dejarás detrás y piensa en cómo te recordarán las generaciones que vengan después. Necesitas tener alguna especie de visión y de sueño acerca de tu legado. Puedes creerme, Jack, eso te mantendrá muy centrado en tus días y te llenará el corazón de inmensa esperanza.

—De acuerdo, haré ese ejercicio esta noche.

Tess me rodeó con sus brazos cariñosamente y me besó en la mejilla. —Tengo que reunirme abajo con un par de colegas —me dijo—. ¿Te importaría acompañarme?

—Me encantaría, Tess. De verdad que he disfrutado mucho de este tiempo contigo. Me has comunicado algunas percepciones extraordinarias que estoy seguro que me van a ayudar en mi carrera y en la vida. Te lo agradezco mucho.

—A tu disposición, Jack. Pero asegúrate de comunicar todo esto. Sé una luz en el mundo, un faro de sabiduría en un lugar incierto, un misionero del cambio y del amor donde quiera que vayas. Si influyes en la vida de otros y eres un líder por la manera como vives la vida, entonces habré ocupado muy bien mi tiempo contigo.

—Gracias —dije, emocionado.

Bajamos en silencio hasta la planta baja. Tenía la impresión de que los dos sentíamos separarnos.

Al salir con Tess al estrépito de la calle me encontré con un curioso espectáculo. Un vehículo cuatro por cuatro amarillo brillante se dirigía hacia donde estábamos. Tocaba la bocina y llevaba una vieja tabla de surf atada en la baca. Se detuvo frenando ruidosamente justo ante nosotros y quedé atónito al ver quién estaba dentro.

Eran Moe Jackson y el padre Mike.

—¡Hola, Jack! —gritaron los dos, al unísono, riendo como dos

niños en una fiesta de cumpleaños.

—¡Se te ve muy bien! —exclamó Moe.

—¡Sois las dos personas que menos habría esperado ver en Nueva York! —dije. Bajaron rápidamente del vehículo y me abrazaron cariñosamente. Se volvieron hacia Tess.

—Hola, cariño —le dijo Moe, afectuosamente. —¿Lista para un paseo? —¿Adónde vais? —pregunté, ardiendo de curiosidad.

—Tenemos una especie de reunión, Jack —dijo mi amigo surfista—. Vamos a celebrar nuestro éxito. Es una especie de rito que realizamos cada vez que hacemos una transformación.

—¿Una transformación?

—¡Claro que sí! Los tres trabajamos juntos para enseñarte lo que necesitabas aprender. Tu padre era amigo nuestro y hemos gozado trabajando contigo. Eres un ser humano muy especial —dijo Moe, que hizo una pausa y me miró amablemente—. Pero, Jack, hemos hecho esto con otras personas. Y creemos que *todos* son especiales. Todos los años nos envían un estudiante. Y cada año compartimos nuestra filosofía y saber con una persona y la vemos transformarse ante nuestros ojos.

—¡Es lo mejor que nos puede suceder! —dijo el padre Mike, sentado al volante con aire de un piloto de carreras—. Cuando nuestros estudiantes tienen éxito, nosotros también. Influimos en el mundo cuando ayudamos a otros a crecer en dirección a su mejor persona y después a salir a influir en el mundo.

—Es nuestro legado —agregó Tess.

Y entonces, con los tres maestros modernos cómodamente sentados en el coche, se produjo un breve silencio.

Finalmente habló el padre Mike.

—Te bendigo, Jack.

—Te quiero —dijo Moe.

—Deja un legado —me indicó Tess.

Moe se inclinó entonces y encendió la radio. Una vieja melodía de los Beach Boys surgió de los altavoces.

—Ah, esto me gusta —le oí decir mientras el coche empezaba a moverse. Los tres me hacían señas, sonriendo y tarareando la melodía de la radio.

De pronto se detuvieron. El coche retrocedió.

—Casi me olvido. Esto es para ti, Jack. Los tres hemos trabajado

en esto —dijo Tess y me pasó una caja elegantemente empaquetada —. Esperamos que te sirva en el camino de tu vida. Y cuando necesites algo de apoyo en tiempos difíciles, esperamos que pienses en nosotros y recuerdes estos tres meses. La vida no es más que una hermosa aventura. Y la tuya, amigo mío, está empezando.

El vehículo arrancó de nuevo y esos tres admirables maestros se perdieron en la distancia, agitando las manos. Creía estar soñando.

Caminé hasta un parque cercano y me senté junto a un rosal. Los rayos solares me calentaban la cara y la fragancia me infundía ánimo. Empezaba a sentirme triste. La notable jornada con mis tres asombrosos guías había terminado y ahora estaba solo y debía aplicar lo que había aprendido y comunicar el mensaje a mi modo. De verdad deseaba concretar lo que verdaderamente era y me sentí profundamente comprometido a vivir la vida según sus enseñanzas. Y lo más importante: sentía la necesidad, más que nunca, de dejar una huella y contribuir con mi parte para ayudar a construir un mundo más feliz y sano.

Me incliné y abrí la caja. Dentro había un diario encuadernado en cuero, un duplicado exacto del que el padre Mike me dio el primer día. Lo abrí en la primera página. La cabeza me dio vueltas apenas leí lo que allí estaba escrito. Decía lo siguiente:

ACCESOS A UNA VIDA HERMOSA

1. *El trabajo principal de todo ser humano es el trabajo interior. Haz cada día algo significativo para ahondar en ti mismo. Para tener más de la vida que verdaderamente deseas, primero debes ser más lo que verdaderamente eres.*
2. *Considera que tu vida es una fantástica escuela de crecimiento. Cada cosa que experimentas, tanto las buenas como las difíciles, ha llegado a ti para enseñarte una lección que necesitas aprender en ese período particular de tu evolución como persona. Comprende esta verdad y no dejes de preguntarte qué oportunidad de crecimiento personal representa una determinada persona o esta situación. Esto es una gran fuente de paz interior.*
3. *Sé fiel a ti mismo. La mejor vida es la vida auténtica. Nunca te traiciones. Quítate la máscara social y ten el coraje personal de presentarte al mundo tal cual eres. El mundo se enriquecerá.*
4. *Recuerda que cosechamos lo que proyectamos. Nuestra vida*

exterior sólo es una imagen que refleja nuestra vida interior. Vierte luz en tu costado oscuro. Sé consciente de las suposiciones falsas, de las creencias limitadoras y de los miedos que te impiden crecer. Y cambiará tu mundo exterior.

5. *No vemos el mundo como es, sino como somos nosotros. Sabes que la verdad, en cualquier circunstancia, está filtrada por tu vitral personal, por tu contexto personal. Limpia los cristales y limpiarás tu vida. Y verás entonces la verdad.*
6. *Vive en el corazón. Su sabiduría nunca miente. Sigue los silenciosos impulsos del corazón y te encaminarán en la dirección de tu destino.*
7. *Mantente en la curiosidad acerca de la vida. Si entregas el control, crearás un espacio para que entren las posibilidades y fluyan los tesoros.*
8. *Cuídate. Haz cada día algo que te alimente la mente, el cuerpo y el espíritu. Son actos esenciales de respeto y de amor por uno mismo.*
9. *Construye conexiones humanas. Dedícate a profundizar los lazos con la gente que te rodea. Concéntrate en ayudar a que otros cumplan sus sueños y ocúpate de servir desinteresadamente más que a buscar tu satisfacción. Estás aquí para enriquecer el mundo y te traicionas en cuanto olvidas esta verdad.*
10. *Deja un legado. El anhelo más profundo del corazón humano es la necesidad de vivir por una causa mayor que uno mismo.*

Cerré los ojos y absorbí la sabiduría que acababa de leer. Una inmensa sensación de paz y después una enorme alegría me embargaron. Me sentía muy agradecido por ese momento y permanecí sentado unos minutos saboreándolo.

Después guardé el diario y me puse de pie. Alcé las manos al cielo. Era un día glorioso para estar vivo.

Acerca de
Robin S. Sharma

Robin Sharma es uno de los principales pensadores del mundo acerca del liderazgo en los negocios y en la vida. Ha escrito numerosos libros, entre los cuales está el *best seller* internacional *El monje que vendió su Ferrari.* También fueron *best seller* sus continuaciones: *Leadership Wisdom from the Monk Who Sold His Ferrari, Family Wisdom from the Monk Who Sold His Ferrari* y *Begin Within*. Desde todo el mundo solicitan continuamente a Sharma como conferenciante para organizaciones dedicadas al desarrollo de líderes en todos los niveles. Sus clientes incluyen empresas de Fortune 500 como Microsoft, General Motors, IBM, FedEx y Nortel Networks, e importantes asociaciones de comercio.

Abogado con dos titulaciones en derecho, Robin Sharma es el presidente de Sharma Leadership International (SLI), una muy respetada firma de entrenamiento que ofrece un amplio rango de servicios y productos para ayudar a los empleados a concretar su más alto potencial para una carrera profesional y resultados personales extraordinarios en medio del cambio implacable. SLI también dirige el famoso *Robin Sharma Life Coaching Program*™, un proceso de entrenamiento sorprendentemente eficaz que muestra a los individuos y a los equipos corporativos cómo crear la vida personal que desean y ser al mismo tiempo estrellas en su trabajo. SLI también ofrece el programa *The Monthly Coach,* el exitoso club del libro y del CD donde Robin selecciona personalmente una obra capaz de cambiar la vida que potenciará el crecimiento personal y enriquecerá la vida. Lo envía mensualmente para un mejoramiento personal continuo.

Para obtener mayor información sobre estos y otros servicios o ver nuestro catálogo completo de productos de aprendizaje, puede

visitar www.robinsharma.com.

Robin Shilp Sharma, más conocido como **Robin Sharma**, nació en Mbale (Uganda) y creció en Canadá.

De padres indios, se licenció en Derecho y obtuvo un master en la Dalhousie Law School, en Canadá. Durante un tiempo fue profesor de Derecho y también ejerció como abogado.

Es el fundador y director de Sharma Leadership Internacional Inc., una empresa de formación de dirigentes que tiene como clientes a importantes empresas y autor de libros de autoayuda, liderazgo y desarrollo personal.

En la actualidad viaja con frecuencia como conferenciante por diferentes países del mundo promoviendo el mensaje de 'Lidera sin título', una de sus frases más conocidas. Su libro más famoso, *El monje que vendió su Ferrari*, escrito en modo de fábula, ha sido publicado en docenas de países en docenas de idiomas.